MARIO ESCOBAR

UTOPÍA II

UN THRILLER SOBRE EL FUTURO DE LA TIERRA

UTOPÍA II

El Gran Reinicio

Mario Escobar

Copyright © 2023 Mario Escobar
Todos los derechos reservados.

«Yo creo que todavía no es demasiado tarde para construir una utopía que nos permita compartir la tierra».

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

«La utopía está en el horizonte. Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. ¿Entonces para qué sirve la utopía? Para eso, sirve para caminar».

EDUARDO GALEANO

«¿No es acaso injusta e ingrata una sociedad que prodiga tanto obsequio a esos que llaman nobles, y a los orfebres y demás congéneres, gente ociosa que vive tan solo de la adulación y de fomentar vanos placeres? En cambio, ¿qué benévolas prevenciones se hacen a favor de labradores, carboneros, braceros, carreteros y carpinteros, sin los cuales sería imposible que subsistiera el Estado? Porque, una vez que han consumido su edad viril en el trabajo […], se les paga, desgraciadamente, con la más mísera de las muertes».

TOMAS MORO, *UTOPÍA*

UTOPÍA:
«Plan, proyecto, doctrina o sistema deseables que parecen de muy difícil realización».
Definición del diccionario de la Real Academia Española.

CONTENIDO

UTOPÍA II

Introducción

Prólogo

1ª PARTE: GRAN REINICIO

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18

2ª PARTE: FALSO PROFETA

19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40

41

3ª PARTE: VIRUS

42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
Epílogo

Introducción

El creador de la idea de utopía fue Tomás Moro, un conocido intelectual inglés, escritor y Lord canciller de Enrique VIII. En el año 1535 fue ejecutado por orden del rey, pero antes nos dejó su fascinante obra *Utopía.*

El libro fue publicado en 1516 y se divide en dos partes. La primera es un diálogo sobre temas políticos económicos filosóficos y civiles, entre varios amigos en Flandes. La segunda parte describe el viaje a la isla de Utopía de uno de los personajes ficticios del libro, un portugués que acompañó a Américo Vespucio en su viaje a América. Tomás Moro reflexionó sobre una comunidad ficticia, regida por principios filosóficos como: la tolerancia, la igualdad económica y social. La obra de Tomás Moro fue empleada posteriormente para crear el socialismo utópico y sobre él la ideología marxista.

Utopía II es una obra de ficción, pero se basa en algunos temas de actualidad como: el cambio climático, los estudios para prolongar la vida, la tecnología avanzada, la inteligencia artificial o el problema de la superpoblación de la tierra. La novela especula sobre cómo sería un mundo regido por el planteamiento filosófico de Tomás Moro. Algunos datos son reales y otros han sido modificados para desarrollar la trama de este libro.

Prólogo

Thomas Franklin miró por un instante el micrófono que tenía en la solapa, después sonrió a la presentadora y cuando los focos se encendieron sintió que una fuerza interior inexplicable comenzaba a fluir, como si toda la adrenalina de su cuerpo se concentrara en su cabeza.

—Buenas noches, estamos en directo con el hombre del momento. Nadie es tan conocido y amado como Thomas Franklin, sobre todo ahora que ha accedido al puesto de presidente a nivel global. Bienvenido.

—Querida Agatha —respondió Thomas Franklin—, gracias por tu amable presentación. Me temo que también soy muy odiado; ninguno de nosotros puede pretender agradar a todo el mundo todo el tiempo. Mis primeras medidas serán polémicas, te lo aseguro, pero ¿qué tiene que hacer un cirujano para atajar un tumor maligno que pude extenderse rápidamente? Cortar y eliminar el problema. A pesar de que la humanidad ha avanzado mucho en los últimos cien años y que, gracias a Dios, no hemos tenido una nueva guerra mundial, en lo que llevamos de siglo los problemas se acentúan y en muchos casos se están agrandando. El extremismo religioso, el fanatismo político, la desigualdad, el desprecio por el diferente son el pan nuestro de cada día. A estos problemas sociales, debemos añadir el cambio medioambiental producido por nuestro estilo de vida, los conflictos y tensiones entre naciones que están acrecentándose, los problemas regionales y la adaptación de las sociedades a las nuevas tecnologías. Por último, pero no por ello menos importante, también se debe regular el uso de las redes sociales, cuidar el acceso a la información y defender la libertad de expresión desde la responsabilidad. No podemos dar voz a los fanáticos, los extremistas y los inmovilistas.

La periodista se inclinó hacia delante, como si con aquel gesto intentara mostrar su preocupación.

—El control de la libertad de expresión nunca es una buena noticia —dijo la presentadora.

—Es cierto —respondió el señor Franklin—, pero Adolf Hitler o Mussolini lograron torcer el brazo de la democracia gracias a sus dominios de los medios de comunicación, en aquel entonces la radio, la prensa escrita y el cine. Las mentiras, las medias verdades y las calumnias no deben campar a sus anchas.

Agatha lo señaló con el índice y contestó:

—¿Quién puede medir y determinar lo que es aceptable y lo que no lo es?

—Sin duda la ley —respondió el señor Franklin—, pero también el sentido común. A los que no saben jugar en un ambiente

parlamentario y democrático no se lo podemos poner todo tan fácil.

—Usted no ha sido elegido por las urnas —insistió la periodista—. Además, Rusia y China, por mencionar únicamente a los países más poderosos, no han reconocido su liderazgo global.

Thomas Franklin sonrió. Su rostro era cautivador, pero aún más su capacidad para convertir los problemas en oportunidades.

—He sido elegido por los representantes de más de 180 países de los 193 que hay actualmente en el mundo. Creo que eso me hace tan legítimo como el gobernante más votado de la historia. Además, querida, yo no soy un político; podríamos decir que en el fondo soy un asesor a nivel mundial. A muchos países les faltan nuestros avances y tecnología; en muy poco tiempo hemos conseguido que Utopía sea el territorio más feliz del planeta.

La presentadora sonrió, como si hubiera estado esperando los comentarios del filántropo para desconcertar a Thomas Franklin.

—Entonces, ¿qué me dice de los rumores que se han extendido contra usted y su proyecto? Entre las acusaciones están las de sectarismo, explotación de seres humanos, transfusiones de sangre joven para millonarios octogenarios o experimentos con seres humanos.

Thomas Franklin cruzó las piernas. En lugar de su habitual indumentaria desenfadada al estilo Steve Jobs, vestía un traje de buen corte, pero con cuello estilo mao.

—Los rumores son noticias falsas, uno de los males con los que tenemos que lidiar en este siglo XXI. Las noticias falsas siempre han existido, pero antes no había redes sociales para extenderlas tan rápidamente. Desde el gobierno mundial vamos a implementar una serie de mecanismos para frenar este mal endémico y muy peligroso. Algunas noticias de este tipo han derrumbado regímenes o han provocado graves disturbios.

La mujer abrió los ojos como platos.

—De nuevo observo su tendencia al totalitarismo —dijo la presentadora—, aunque después lo critique en gobiernos como el de China o Rusia.

—Ellos cierran plataformas o redes sociales —insistió el señor Franklin—, nosotros vamos a utilizar un sofisticado software que detecta a los robots que difunden noticias falsas y a los ciberterroristas. Los ciudadanos de a pie seguirán disfrutando de las mismas libertades, si no de más, ya que no tendrán que escuchar, leer o ver tantas sandeces o mentiras.

—Parece que usted todo lo soluciona con las máquinas —dijo la mujer—, pero a esos ordenadores alguien los programa; siempre hay una ideología detrás.

Thomas Franklin sonrió. Sabía que la periodista estaba usando sus

mejores armas, pero era incapaz de pillarlo en un renuncio.

—Naturalmente, pero los principios y valores de Utopía son conocidos por todos: igualdad, libertad, fraternidad, respeto a los derechos humanos y la lucha por un planeta sostenible. Estoy seguro de que todos los que nos están viendo en todo el mundo estarán de acuerdo con nosotros.

—¿Cómo es posible —insistió ella— que, siendo su programa tan razonable y humanista, su colaboradora más estrecha y que comenzó con usted, Amanda Red, intentase atentar contra su vida?

Thomas Franklin cambió el gesto, su rostro se apagó, como si le hubiera dolido aquel comentario.

—Lamento mucho lo que le sucedió a Amanda. Ella hizo mucho por Utopía, pero su hermana Sally la manipuló. Ya sabe que la lealtad a la familia muchas veces es mal interpretada. El estado mundial que estamos creando será mucho más, cómo lo diría, eficaz a la hora de educar a los niños. No podemos dejar en manos de personas inexpertas las mentes frágiles de los más pequeños. En muchas familias el fanatismo religioso, que no deja de ser una vulgar superstición, fomenta la violencia y la intolerancia; todo eso tiene que terminar. El mundo no puede permitirse cientos de credos que contradicen a la ciencia, religiones que se oponen al avance de la humanidad, para defender doctrinas creadas hace dos mil años. En eso estamos en estrecha colaboración con el Vaticano. El papa es un hombre razonable, culto y progresista. La religión no tiene por qué ser mala, pero debe adaptarse al mundo en el que vivimos. Queremos crear una unión efectiva de todos los credos, tomando lo mejor de cada uno.

La presentadora parecía noqueada, como si no supiera qué más preguntar.

—¿No es eso una injerencia? Uno de los principios básicos de la humanidad es la libertad de conciencia.

—La conciencia es un invento —respondió el señor Franklin—, como el sentido de culpa o esa idea ancestral sobre el bien y el mal. Créame, Utopía es lo que necesita la gente. Seguridad, paz, prosperidad y oportunidades para todos. La verdadera libertad no se encuentra en la elección, la verdadera y única libertad es poder dar de comer a tus hijos, poder mirar al futuro con tranquilidad y asegurar a nuestros descendientes un planeta habitable.

1ª PARTE: GRAN REINICIO

1

Proximidades de White Haven, Montana

La Ciudad de la Luz se encontraba apenas a una hora en coche de White Haven, una localidad de poco más de quinientas almas situada al sur del Kootenai National Forest. Los utopienses lo habían logrado organizar y montar en apenas un año. Al principio el gobernador del Estado y el presidente se habían opuesto, pero Thomas Franklin había conseguido convencerlos de que los estudios sobre el comportamiento que se iban a realizar en sus instalaciones terminarían con el gen de la violencia que estaba asolando el mundo entero, pero en especial a los Estados Unidos en las últimas décadas. La Ciudad de la Luz estaba compuesta en su mayoría por un millar de voluntarios de todas las partes del planeta con una edad media de veinticinco años. Thomas siempre decía que no se podía llenar con vino nuevo los odres viejos, que la mayoría de la gente mayor de aquella edad no entendería jamás la gran revolución que estaba a punto de comenzar.

Al frente del proyecto y la pequeña ciudad, diseñada con los últimos avances tecnológicos, autosostenible y que demostraba cómo se podía vivir en la tierra sin dejar ninguna huella ecológica, se encontraba Anna White. Una joven afroamericana que había sido la estudiante más brillante de la Universidad de Yale. Era la presidenta del consejo de la ciudad, que estaba compuesto por cinco jóvenes de diferentes etnias y sexos.

Aquella mañana de primavera el sol brillaba de una forma magistral sobre el lago cercano a la ciudad. Justo en aquel lugar había una cabaña encantadora con un pequeño embarcadero, desde la que se podían ver los bosques cercanos. Anna estaba sentada en una mecedora, llevaba una tablet en la mano, conectada a sus gafas digitales. Un joven llamado Mike se acercó hasta ella, a pesar de que sabía que la presidenta odiaba que interrumpieran aquel momento de paz y tranquilidad.

—¿Qué sucede? —preguntó al escuchar los pasos sobre el suelo de madera.

—Lo siento, presidenta, pero quería informarle de que ya han llegado los invitados.

Anna apuró el té, se quemó los labios, maldijo por lo bajo y caminó descalza hasta la casa. El joven le abrió la puerta. El interior de la cabaña era tan encantador como el exterior, parecía recién sacado de una revista de decoración rústica.

—Vamos allá.

Anna había conocido a la hermana de la invitada: prácticamente había sido su mentora y la que la había captado en la Universidad de

Yale tras una charla. Por ella había dejado su último año de carrera de Ciencias Políticas y dedicado su vida a Utopía.

Mike apretó un botón junto a la viga de madera, y el suelo se abrió, dejando al descubierto una escalera de veinte peldaños que parecía conducir al infierno. A medida que bajaban, los escalones se iban iluminando. Un minuto más tarde se encontraban en el laboratorio secreto de la Ciudad de la Luz, donde se realizaban la mayoría de las pruebas sobre comportamiento y cambio de conducta. A pesar de que las instalaciones se habían construido bajo tierra, las paredes de hormigón estaban paneladas por planchas que simulaban paisajes idílicos, convirtiendo el laboratorio en una mezcla de parque temático e infierno dantesco.

Llegaron a una de las salas más pequeñas. Allí se encontraban encadenados con unas pulseras electrónicas Sally Red y su amigo Philip.

—Bienvenidos a la Ciudad de la Luz. Lamentamos el incómodo viaje y las esposas. ¿Puedes liberarlos? —pidió a uno de los guardas.

—¿Incómodo viaje? —protestó Sally—. Nos habéis secuestrado, metido en un avión y traído hasta aquí. Llevamos más de veinticuatro horas sin comer ni dormir. Queremos que nos soltéis de inmediato.

Sus palabras sonaron tan determinantes que hasta la propia Anna se mostró dubitativa.

—Esto no son unas vacaciones, pero el señor Franklin nos ha pedido que os tratemos de la mejor manera posible. En unas semanas entenderéis mejor el gran plan en que estamos inmersos. Los utopienses queremos que se produzca el Gran Reinicio de la humanidad. Apenas nos queda tiempo para revertir el cambio climático, evitar nuevas pandemias y terminar de una vez por todas con las guerras y los conflictos armados. Algunos idealistas como vosotros piensan que debemos convencer a todos los habitantes del planeta, pero además de ser una misión imposible, sería completamente ineficaz. Millones de adultos se negarían a modificar su estilo de vida. ¿Sabéis cuanta energía consume una familia media en nuestro país? Casi once mil kilovatios al año, la mayor parte de esta energía se obtiene de fuentes contaminantes. La mayoría de los países nos tienen como modelo y cuando los casi ocho mil millones de personas quieran acceder a este estilo de vida, el planeta reventará. El Gran Reinicio va a evitar eso, pero antes tenemos que cambiar la conducta de toda la humanidad y dirigirla hacia una forma de vida más saludable.

Anna se sentó enfrente de ellos y tocó su reloj. La sala se transformó en una gran pantalla: las imágenes de una idílica laguna primitiva los envolvió de repente.

—Nuestro planeta estaba lleno de vida en la etapa del Jurásico y ese

es nuestro objetivo —dijo Anna—. El ser humano dejará de ser un destructor de sistemas y por primera vez en nuestra historia nos convertiremos en una especie más, conviviendo con el resto de los animales y plantas.

—Precioso —ironizó Sally.

—Pero antes de eso, no decís que os cargaréis a dos terceras partes de la humanidad, que proporcionaréis la posibilidad de eternidad a los más ricos; que de los supervivientes el noventa por ciento serán semiesclavos de vuestro sistema y que vosotros seréis los amos virtuales del mundo —comentó Philip.

Anna se dirigió por primera vez hacia él.

—Le pedí al señor Franklin que te eliminásemos en Canadá. Eres un traidor a la causa y no mereces una segunda oportunidad, pero ya sabéis que una de las cualidades de nuestro líder es la benevolencia.

Philip frunció el ceño y levantando la voz contestó:

—¿Benevolencia? Para él todos nosotros no somos más que meras comparsas, marionetas en sus megalómanas manos.

El guardia le acercó una pistola taser paralizante. Philip se sacudió y cayó al suelo. Sally intentó levantarlo, pero su compañero había perdido el conocimiento.

—No te preocupes por él, en un rato volverá a decir sus patochadas. Será mejor que comencemos con el programa. El señor Franklin os quiere listos en dos semanas, no hay tiempo que perder.

—No quiero defraudarte —dijo Sally—, pero conmigo no va a funcionar esa mierda psicológica. Puede que yo no sea la mujer más brillante del mundo, pero prefiero morir a dejarme utilizar por vuestra causa. Thomas es un psicópata peligroso y es una pena que mi hermana no lograse meterle un tiro entre los dos ojos.

—La voluntad humana es mucho más frágil de lo que piensas —dijo Anna sin perder la calma—, todo lo que creemos no es más que un conjunto de valores e información que otros metieron en nuestro cerebro desde que nacimos. Son constructos humanos. Friedrich Nietzsche ya lo dijo hace tiempo: los hechos no existen, solo las interpretaciones. Nosotros estamos aquí para que tengáis las interpretaciones adecuadas.

—¡Y una mierda! —la cortó indignada Sally.

—Lo siento, señorita Red, pero el conocimiento del entorno es demasiado complejo y fugaz para que podamos tener un conocimiento directo de él. Nosotros únicamente simplificamos las cosas, para que hasta el hombre más simple del planeta pueda entenderlas y practicarlas.

2

A las afueras de Washington, Distrito de Columbia

Marion Fauci era sin duda la más entusiasta de las seguidoras de Thomas Franklin. El líder la había elegido para la construcción de la infraestructura más importante del nuevo imperio que esperaba forjar. Nueva Roma prometía ser el modelo a seguir por las ciudades en el futuro. En cierto modo, Franklin soñaba con destruir las viejas y caducas capitales, dejando únicamente los monumentos más emblemáticos, para después construir sus ciudades futuristas y autosuficientes.

Marion observó los planos de la ciudad en el gran monitor mientras sus ayudantes señalaban algunos de los detalles que debían cambiar.

—Será colosal, nadie ha imaginado un lugar como este —explicó Andrea, un arquitecto italiano que se había unido al grupo unos meses antes.

—El señor Franklin no es el primer gobernante que quiere hacer el mundo entero de nuevo —añadió Scott, que siempre parecía cuestionar cualquier plan de los utopienses—. La ciudad de Washington fue sin duda el intento de las élites coloniales de fundar una nueva Roma. El Capitolio, la Casa Blanca, el Obelisco y otros edificios gubernamentales pretendían representar el regreso de la vieja ciudad eterna. Los brasileños crearon Brasilia en medio de la nada, para construir un centro urbanístico y administrativo ordenado y moderno. Los ingleses fundaron Nueva Delhi en 1931, a las afueras de Delhi, una ciudad de poco más de trescientos mil habitantes, ordenada y repleta de bellos monumentos que recordaran por generaciones al Imperio Británico. Luego está Islamabad en Pakistán, que pretendía remplazar a Karachi. La lista es casi interminable, podemos seguir con Abuya en Nigeria, Yamoussoukro en Costa de Marfil o Astana en Kazajistán.

Scott era el hijo de un famoso empresario de los Estados Unidos que había sido presidente unos años antes.

La joven Marion levantó la mirada de la pantalla y todos se quedaron callados de repente.

—Queda una semana para que el señor Franklin sea nombrado presidente de la Confederación de Naciones Libres de la Tierra —les recordó Marion—. Hemos construido la mayor parte de la ciudad en un tiempo récord, apenas un año y medio. Tiene capacidad para cien mil personas y será el modelo que seguirá el resto del mundo. Nueva Roma es autosuficiente, toda su electricidad proviene de energías renovables. No se permite transporte contaminante, ha sido diseñada para aprovechar todos los recursos. Se puede ir a casi todos los sitios en bicicleta o patinete eléctrico. En la ciudad no generamos desechos

y el agua es reutilizable, los edificios son inteligentes cien por cien. Thomas y los inversores han gastado catorce mil millones de dólares en todo el proyecto. En los planes futuros, la ciudad llegará a ocupará 58 kilómetros cuadrados, será más grande que Manhattan y vivirán en ella 2 millones de personas.

El resto del grupo ahora escuchaba embelesado las palabras de Marion. Eran jóvenes arquitectos y urbanistas, informáticos y programadores.

—La ciudad tendrá cinco distritos cuando esté terminada, que esperamos que sea en dos años —siguió diciendo Marion Fauci—. Cada distrito tendrá una función específica. El que estamos a punto de terminar será el de Gobierno, después Negocios, Educación, Agricultura y Recreación. Dos tercios de la ciudad estarán compuestos por parques, cultivos y pequeños bosques urbanos. Los coches serán autónomos y eléctricos. El gran estadio para eventos será el más grande del mundo.

—¿Crees que lograremos tener el primer distrito terminado a tiempo? —preguntó Melisa, la joven africana llegada desde Tanzania.

—Lo tendremos —respondió Marion.

Terminó la reunión y la joven se dirigió a su pequeño apartamento en uno de los edificios más céntricos. Lo que no había comentado la organizadora y futura alcaldesa de Nueva Roma era que las casas de la ciudad del futuro parecerían más cubículos al estilo japonés, que mansiones como las de Malibú o Miami. Aunque la parte destinada a los ricos que habían financiado la ciudad eran hermosas villas cerca de la casa presidencial. Era cierto que los utopienses no pasaban mucho tiempo en sus apartamentos. Se caracterizaban por la vida común, los grandes comedores comunitarios, las guarderías y los lugares de trabajo abiertos y luminosos, pero a Marion no le hacía ninguna gracia crear esas villas para los millonarios; eso estaba completamente en contra de sus principios. Ella se había criado en Sao Paulo, una ciudad repleta de contrastes e injusticias, de desigualdad y pobreza, justo al lado del lujo y la ostentación. Nueva Roma no tendría jamás esas diferencias, pero la más mínima diferencia de clase le repugnaba. Antes de unirse al movimiento había vivido en una comuna en su ciudad natal. Practicaban la idea más cercana al anarquismo, pero las ideas de Thomas Franklin le habían fascinado cuando este fue a dar una charla a su ciudad. Había pasado dos años en Utopía y llevaba casi uno con el nuevo proyecto al lado de la ciudad de Washington.

Los congresistas se habían opuesto a su construcción: no querían una ciudad utópica que cuestionara su autoridad en el patio de detrás de su casa. Pero el progresista y ecologista nuevo presidente parecía fascinado por Thomas Franklin y todos sus proyectos.

La joven Marion encendió la pantalla que cubría buena parte de la

pared de su habitación, y la cara de Thomas apareció al otro lado.

—Hola, Marion. ¿Cómo van las obras? Regreso de Nueva York esta noche y quiero pasar a ver cómo va todo. Tenéis que acabar antes de la toma de posesión.

—Pensé que se haría en Nueva York —dijo Marion.

—Es cierto, pero la sede del gobierno estará en Nueva Roma. Necesitamos que los ordenadores y servidores estén preparados para el Gran Reinicio. Aún faltan por firmar algunos gobiernos como Polonia y Hungría en Europa, y también Irak y Corea del Sur, pero en cuanto todos lo hagan, deberán conectarse al programa Tántalo. Después ya no habrá marcha atrás.

La joven parecía hipnotizada por las palabras del fundador de Utopía.

—La humanidad estará salvada y pondremos en marcha todos nuestros planes —continuó diciendo Thomas Franklin—. Terminaremos con la enfermedad y el hambre en el mundo, controlaremos el crecimiento de la población, renovaremos las infraestructuras y acabaremos con la contaminación, pararemos el cambio climático y lograremos que las ideas de Tomás Moro se conviertan en un sueño colectivo.

Marion afirmó con la cabeza. Después su líder desapareció de la pantalla y ella, tras darse una ducha, se tumbó en la cama. Aún se sentía emocionada por las palabras del fundador de Utopía. No le importaba que su padre, un famoso urbanista brasileño de origen italiano, le hubiera dicho muchas veces que ese Thomas Franklin era un embaucador, un Flautista de Hamelin moderno. Ella necesitaba creer en algo. Le sucedía lo mismo a toda su generación: en la era en la que parecía que todas las utopías habían fracasado, ellos llevarían a cabo la única verdadera, la original, la primera de todas. Mientras, el mundo los observaría asombrado. Además, no la impondrían por la fuerza, al menos del todo, y sacaría a la humanidad de aquella espiral de autodestrucción en la que se veía envuelta.

Marion sabía lo que Thomas Franklin planeaba contra los estados más reacios como China, Rusia, Irán, Corea del Norte o los estados satélites de estas potencias. Destrucción de sus sistemas informáticos que provocaría el caos en las ciudades, el bombardeo con noticias falsas que incitaría al levantamiento de la población y, por último, Thomas Franklin acudiría al rescate de aquellos pobres países aterrorizados, para salvarlos del caos.

El reverendo Clark Kelly apagó el televisor y comenzó a temblar. No podía explicar la razón, pero cada vez que veía a aquel hombre en la pantalla o lo escuchaba por la radio se le aceleraba el corazón. Apagó el televisor que tenía en la rectoría de la pequeña capilla de Harlem e intentó rezar, pero las palabras no le brotaban de los labios. Se sentía tan indigno, tan alejado de su creador, que apenas podía pedirle nada. Después tomó su biblia y comenzó a leer en voz alta:

«Porque aparecerán falsos mesías y profetas y producirán grandes señales y presagios, para desviar, si es posible, incluso a los elegidos». Mateo 24:24.

Tomó el teléfono y llamó al obispo de Nueva York. Necesitaba hablar con alguien o sentía que la cabeza le iba a estallar.

—Soy Jocelyn, secretaria del obispo. ¿En qué podemos ayudarle?

—Perdone, señorita, necesito hablar con Marcus, él me conoce bien, estudiamos juntos en el seminario.

—¿Cuál es su nombre, señor?

—Soy el reverendo Clark Kelly, de la parroquia de El Salvador en Harlem.

La mujer se quedó pensativa unos segundos.

—Un momento, por favor.

Una musiquita eclesiástica sonó un par de minutos y después la vigorosa voz del obispo Marcus se oyó al otro lado.

—¡Dios mío, Clark Kelly! Si creyera en los fantasmas, pensaría que se me ha aparecido uno.

—Marcus, vivo en Harlem, pertenezco a la Iglesia de la Santa Cruz.

—Eso sí lo sabía, dejaste nuestra congregación. Me alegro de hablar contigo, viejo amigo.

—Necesito contarte algo importante —dijo el reverendo Kelly—. Llevo varios días inquieto.

—Tengo la agenda más llena que la del presidente. ¿Puedes contarme de qué se trata?

El hombre titubeó unos instantes. No estaba seguro de que los teléfonos estuvieran pinchados; con las nuevas tecnologías se podía hacer casi cualquier cosa.

—¿Conoces a Thomas Franklin?

—Bueno, esa me parece una pregunta algo extraña. Todo el mundo lo conoce. Lo vi una vez en una de las charlas ecuménicas que celebramos en Washington, aunque tu grupo fundamentalista no participa en este tipo de foros.

—No me refiero a si sabes quién es. ¿Qué piensas de él?

—Parece que tiene buenas ideas —respondió el obispo—. Es muy

pragmático y el mundo necesita urgentemente a alguien como él.

—Cuando lo veo en la televisión —siguió Kelly— o lo escucho, me estremezco: me provoca una desagradable sensación, creo que podría tratarse de…

—No fastidies —soltó el obispo—, ¿no pensarás que es el Anticristo? Entiendo que en tu iglesia sigáis con esas fantasías. El apóstol Juan habla de muchos anticristos, no de uno solo. Thomas Franklin promueve el amor, la compresión entre los pueblos, el fin de la violencia, el cuidado del planeta, la unidad de todas las religiones, que ahora se enfrentan entre sí. Este hombre no es como Adolf Hitler o Nerón.

—Te aseguro… —empezó a decir el reverendo Kelly, pero el obispo Marcos lo interrumpió.

—Mira, Clark, te recomiendo que hables con el mayor erudito sobre el tema de nuestra iglesia, el teólogo Charles Graham. Estoy seguro de que él tendrá más argumento que yo. Mi secretaria te enviará el número de Graham a este teléfono. Me ha encantado recordar viejos tiempos. La vida se pasa tan rápido.

El obispo colgó el teléfono y el reverendo Clark se quedó paralizado. Ya era su tercer intento de hablar con un líder religioso de la ciudad. Sonó el timbre del teléfono y vio el contacto que le habían enviado. Se trataba de Charles Graham. Estuvo tentado de borrarlo; no quería hablar con otro teólogo que pensara que el Libro de las Revelaciones simplemente era el resultado de una larga siesta y una mala digestión del apóstol Juan, pero al final lo guardó e intentó rezar de nuevo.

4

Proximidades de White Haven, Montana

Cuando los dejaron a solas, Sally respiró tranquila. Philip parecía tan aturdido que le costó que lograra centrarse. De alguna forma sabía que los estaban vigilando. Se podían ver cámaras por varios lugares. Se agachó y le susurró al oído.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Sally.

—No sé qué nos han metido, pero la cabeza me da vueltas —contestó el hombre.

—Nos pillaron desprevenido —dijo Sally—, pero por las horas de vuelo y la dirección del sol, imagino que estamos en algún punto entre la frontera de los Estados Unidos y Canadá.

—¿Qué más da adónde nos han llevado? Thomas no permitirá que salgamos de aquí. Sabemos demasiado.

—Eso sería lo normal —siguió diciendo ella—, pero su mente es

mucho más retorcida. Sin duda odia la traición. Y, aún más, que algunos de sus acólitos lo rechace de repente. Intentará lavarnos el cerebro, como ha dicho la chica esa. ¿Conoces algún programa que estuvieran investigando sobre el cambio del comportamiento?

Philip se quedó pensativo, le costaba mucho pensar. La droga lo tenía atontado.

—MKUltra —dijo al cabo de unos segundos.

—¿Cómo?

—Creo que se llamaba así el programa. El Proyecto MKUltra es el nombre en clave de unos experimentos que la CIA realizó con humanos. Usaron LSD y varias sustancias, además de hipnotismo y otras técnicas de coacción.

La mujer miró de nuevo a las cámaras. Esperaba que los micrófonos no fueran ultrasensibles.

—Explícame un poco más. Cuanto mejor conozcamos lo que pretenden, más fácil será que podamos defendernos.

—El proyecto comenzó en 1953 —siguió contándole Philip—, al albor de la Guerra Fría, ya sabes, para exprimir a los espías que caían en nuestras manos, aunque todo aquello no era nada más que una excusa. También se empleó contra disidentes internos y durante la caza de brujas. Hacia 1973 se abandonó el programa, pero los investigadores consiguieron analizar muy bien la conducta.

—No quiero imaginar lo que pasó la gente con la que experimentaron —dijo Sally sin poder evitar sentirse horrorizada.

—Al parecer —siguió Philip—, los nuestros aprovecharon los trabajos que los nazis y los japoneses habían hecho con los prisioneros en los campos de trabajo de la Segunda Guerra Mundial. Los nazis habían desarrollado sus experimentos en el Campo de Dachau. Imagino que nos intentaron meter drogas de todo tipo, sobre todo LSD, que estaba de moda en la época. Lo suministraban a clientes de burdeles en San Francisco, que sabían que luego no iban contar nada ni a denunciar. Pero la estrella fue la hipnosis, aunque siempre he oído que no te pueden hipnotizar si no te dejas.

En ese momento dos hombres vestidos con batas blancas entraron en la sala. Sally había aprendido a temer a aquella clase de individuos que parecían representar al anodino y benéfico mundo de la medicina y la sanación.

—Veo que ya están más despejados —dijo uno de ellos—, será mejor que comencemos cuanto antes.

Cuatro hombres vestidos de negro, que venían detrás, los sacaron de la sala agarrados por los brazos mientras los médicos los seguían. Metieron a los dos prisioneros en salas contiguas perfectamente insonorizadas.

Sally intentó que el pánico no la invadiese. Los dos hombres

soltaron a la mujer y la dejaron a solas en el cuarto. Escuchó una voz que le pedía que se sentara.

—Señorita, espero que disfrute de la estancia con nosotros. Una caja parecida a la que ha entrado fue inventada por el científico Burrhus Frederick Skinner. Estamos seguros de que esta caja podrá estimular sus sentidos y convencerla de que la obra de nuestro líder y fundador, Thomas Franklin, lo único que pretende es mejorar la vida de millones de personas y salvar a la humanidad de su propia autodestrucción.

—Ya —respondió al vacío Sally Red—, asesinando antes a tres cuartas partes. Los principios de su líder son tan altruistas como los de Hitler o Stalin.

De una de las paredes salió una jeringuilla que le pinchó en un brazo antes de que Sally pudiera reaccionar.

—No se preocupe, le hemos inyectado un relajante. Por favor, disfrute del viaje.

Las luces de la caja se apagaron y tardó unos segundos en distinguir algo en aquella profunda oscuridad. Poco a poco un rayo creció enfrene; imitaba el amanecer y en pocos minutos se vio envuelta en un paisaje increíble y frondoso, en medio de unas montañas primigenias. Los pájaros comenzaron a cantar mientras los sonidos de aquella selva la envolvían por completo. Comenzó a ver animales de todos los tipos, muchos extinguidos desde hacía milenios.

—Imagine cómo era el mundo antes de que el ser humano lo habitara y destruyera miles de hábitat, un paraíso en la tierra.

Poco a poco el mundo idílico se iba poblando por pequeñas comunidades de *sapiens;* después pueblos, ciudades antiguas hasta llegar a las urbes modernas. Los animales se extinguían paulatinamente, después las aguas se contaminaban, las plantas y los árboles eran arrancados y convertidos en material de construcción y combustible, hasta que lo que no era asfalto se convertía en un yermo desierto repleto de residuos y basura.

—Esto es lo que ha hecho el ser humano con su creación, pero ahora ha venido quien nos salvará a todos de la autodestrucción: Thomas Franklin, el nuevo líder del mundo.

En ese momento se encendieron dos luces, una verde y otra roja.

—Pulse la luz verde si está de acuerdo con la afirmación anterior y la roja si no está de acuerdo.

La mujer pulsó la roja. El suelo le soltó una descarga eléctrica que duró apenas unos segundos, pero lo suficiente para tumbarla en el suelo, donde se retorció de dolor. No podía pensar en nada, lo único que quería era que todo aquello parase. Se levantó como pudo y apretó el botón verde.

—Muy bien, ya está aprendiendo. Siéntese por favor.

Las siguientes cinco horas aparecieron diferentes argumentos en las

pantallas; después la respuesta. Al principio el único premio consistía en evitar el dolor, pero poco a poco, si apretaba el botón verde, le ofrecían agua o algo de comida, que aparecía tras un pequeño compartimento.

Las luces se apagaron tras la inagotable sesión. La mujer se quedó profundamente dormida durante cinco minutos, pero poco después todo se repitió de nuevo, una y otra vez.

Al tercer día había perdido la noción del espacio y el tiempo: apenas podía pensar, respondía como un autómata a los estímulos y al dolor. Se había guardado un fragmento pequeño de un vaso de plástico. De vez en cuando lo apretaba en la mano hasta sangrar. Aquel dolor autoinfringido era lo único que la mantenía unida a la realidad.

En la habitación de al lado, Philip sufría la misma terrible terapia. Resistió los primeros días, pero después se rindió por completo. Entre las drogas, las imágenes y el dolor, su mente se encontraba totalmente ida, a la disposición de los sádicos doctores que estaban intentando cambiar su conducta. Aquellos individuos utilizaban a la perfección la terapia de Skinner, que defendía que las operaciones repetitivas terminaban por cambiar la conducta por completo.

5

Harlem, Nueva York

Después de varios días luchando contra sus ideas repetitivas y obsesivas, Clark Kelly decidió llamar al teólogo Charles Graham. El hombre debía de estar pegado al teléfono, porque respondió de inmediato y el reverendo, que no se lo esperaba, se sobresaltó.

—Disculpe que lo moleste, me llamo Clark Kelly, el obispo…

—¡Clark Kelly! El bueno de Marcus me comentó que llamaría. Creo que tiene usted la parroquia en Harlem. Yo vivo en el Seminario Teológico de Westminster, al norte de Filadelfia.

Clark conocía perfectamente aquel lugar. El profesor Graham Machen lo fundó en 1929, cuando un grupo de profesores de Princeton decidió abandonar la universidad debido a la línea liberal teológica que estaba tomando. Muchos lo consideraban el verdadero heredero de la tradición de Princeton. De hecho, la famosa confesión de fe de Westminster se había convertido en la abanderada de la fe protestante en su visión más ortodoxa. Eso significaba que su amigo el obispo le había recomendado a alguien que podía entender su posición.

—No creo que sea buena idea hablar de este tema por teléfono —dijo el reverendo Clark—. No me importaría ir al seminario y hablar

con usted. Imagino que en poco menos de dos horas puedo estar allí.

—Será un placer recibirlo. Este pobre viejo ya no recibe muchas visitas y hace más de un año que no me alejo de las inmediaciones del Seminario.

—Pues en dos horas nos vemos.

Clark Kelly colgó el teléfono, se tomó uno de los tranquilizantes. Aquel componente químico era lo único que lo ayudaba a mantener la calma. Después bajó a la calle y subió a su viejo Mustang de 1967. Era una verdadera reliquia: durante décadas había sido el coche más usado en la pequeña y gran pantalla. Se montó en el vehículo, le gustaba el olor a viejo, los sillones ajados y el volante de piel desgastado por el uso. Aquel trasto era una de las pocas cosas que lo hacía sentir de nuevo con los pies en la tierra. Lo había heredado de su padre, lo único de cierto valor que le había dejado aquel pobre alcohólico consumido por el pecado.

Le costó salir de Nueva York, pero una vez entró en la Autopista 95 y pasó Edison, se lo tomó como un día de excursión al campo. Cambió a la 276 cerca de Levittown y cuando llegó a Glenside le dio la sensación de que había llegado al paraíso. Los edificios de piedra gris, los tejados de pizarra y los frondosos árboles le hicieron olvidar todas sus malditas obsesiones y recuperar un poco de paz.

Aparcó cerca del edificio de recepción y preguntó a una amable señorita por el profesor. Esta le indicó que el edificio para profesores jubilados se encontraba cerca del bosque, apenas a cinco minutos de un agradable paseo. Mientras se dirigía al encuentro con Charles Graham, vio a algunas ardillas corretear por los troncos de los árboles y escuchó el canto de los pájaros, a la vez que comenzaba una ligera llovizna. Se paró enfrente de la puerta y llamó. Un hombre negro de unos ochenta años abrió la puerta.

—¿El profesor Graham?

—Adelante —respondió el teólogo—. Me alegra mucho que haya venido tan rápido.

Los dos hombres se dirigieron a un pequeño salón repleto de libros y su anfitrión lo invitó a que se sentara en una de las butacas rojas.

—Estaba a punto de tomar un té. ¿Le apetece?

—Sí, por favor.

Notaba el frío de la casa; aquella zona debía de ser bastante fresca cuando se escondía el sol. El profesor regresó a los pocos minutos con una bandeja decorada con dibujos azulados de carruajes del siglo XVIII y Clark lo pudo observar mucho mejor. Vestía completamente de gris, lo que resaltaba su pelo blanco. Las lentes redondas y plateadas le daban el aspecto de un contable. Su piel arrugada se escondía detrás de una tupida barba, casi tan blanca como el pelo.

Los dos hombres comenzaron a tomar el té como dos viejos amigos,

mientras mordisqueaban las galletitas danesas.

—Este lugar es maravilloso —dijo el reverendo Clark.

—Es cierto, pero también muy melancólico y solitario. Sobre todo desde que murió mi difunta esposa, Lisa. Esto no es lo mismo sin ella. Cuando un hombre ha pasado los ochenta años, es absurdo que Dios se empeñe en mantenerlo vivo, sobre todo, si ya ha perdido el interés por lo que este mundo puede ofrecerte.

—La vida es un don de Dios —contestó Clark, que también llevaba demasiado tiempo solo; su esposa había muerto diez años antes, cuando apenas habían cumplido los cincuenta, y sus hijos llevaban diez años haciendo su propia vida.

—Es cierto, querido amigo —dijo Charles Graham—, pero yo ya estoy saciado de sus dones. Aunque me temo que no ha venido hasta aquí para hablar del tiempo. Si no le importa, voy a encender la chimenea y podemos ponernos a hablar sobre el asunto que lo ha traído aquí.

El hombre se movió con cierta agilidad, y en poco más de cinco minutos, a un lado del salón, el fuego comenzó a caldear la habitación.

—Ya sabe lo que dice la Biblia sobre el Fin de los Tiempos —dijo Clark Kelly—. Se levantará un reino contra otro y una nación contra otra. En nuestro amado país, la división política y social es cada día más patente, por no hablar del resto del mundo. Hemos sufrido pandemias, disturbios, terremotos y guerras. El mundo parece, de una forma u otra, abocado a su final.

El profesor unió las yemas de los dedos de sus dos manos y miró fijamente al reverendo Clark.

—Ya ha habido varios finales del mundo —empezó a decir Charles Graham—. Sin duda, el más cruento fue el del Imperio romano de Occidente. La caída de Roma supuso un gran impacto para el cristianismo de aquel tiempo. San Agustín fue testigo de cómo aquella urbe se hundió en su propia miseria moral. Alarico I parecía la mano de Dios para terminar con aquel imperio de violencia y depravación. Lo cierto es que, como dijo el hijo de Hipona, la ciudad de Dios y la ciudad del Mundo se encuentran mezcladas, confundidas, como el trigo y la cizaña. Los visigodos destruyeron la mayoría de los templos paganos, pero respetaron los cristianos, ya que muchos de ellos eran hermanos en la fe.

—Es cierto —asintió el reverendo Kelly—, pero en estos últimos años numerosas plagas de langostas han devastado África. Los incendios forestales han arrasado Australia. Hasta la icónica estatua de Salt Lake, el centro del mormonismo, vio cómo su ángel perdía la trompeta en un reciente terremoto.

—Siempre ha habido ese tipo de fenómenos —continuó el profesor

Graham—. La palabra 'Revelación' significa literalmente 'el desvelamiento', pero lo cierto es que el libro del Apocalipsis que escribió el apóstol Juan no es fácil de interpretar. Nadie sabe el día ni la hora en la que regresará el Hijo de Dios.

—Pero Jesús nos pidió que estuviéramos atentos a las señales de su venida —intervino el reverendo—, y los apóstoles nos advirtieron del advenimiento del Anticristo.

—Todas las religiones creen en el fin de los tiempos, querido Clark. Hasta los budistas tienen el suyo propio.

—Todas las religiones hablan del Fin del Mundo —siguió diciendo Clark Kelly—. Eso es cierto, aunque cada una hace un énfasis distinto. Durante toda mi vida he estado estudiando este fenómeno. Siempre me pareció algo fascinante. Mientras que las cosmovisiones abrahámicas tienen una escatología lineal y creen en el fin de la historia, las orientales tienden a ser cíclicas. En el judaísmo, el Fin de los días se asocia con la llegada del Mesías y el final de la diáspora.

Clark se incorporó un poco y le dijo muy excitado:

—En Jeremías 29 versículo 14 dice Jehová: «Seré hallado por vosotros y haré volver vuestra cautividad, y os reuniré de todas las naciones y de todos los lugares adonde os arrojé; y os haré volver al lugar de donde os hice llevar».

—Pero en este texto Jeremías está hablando de la reconstrucción del Segundo Templo y el retorno a Jerusalén desde el exilio de Babilonia —lo corrigió el profesor—. Es más apropiado hablar de la revelación a Moisés cuando en Deuteronomio promete que, aunque el pueblo sea dispersado, Dios lo traerá de nuevo a su tierra. Aunque las que más me impresionan son las palabras de Maimónides en su libro de *La Ley de los Reyes.*

Charles Graham abrió el libro que tenía a mano y empezó a leer:

«El Rey Mesiánico se levantará en el futuro y restaurará el Reino Davídico a su estado anterior y soberanía original. Él construirá el templo y reunirá a los dispersos de Israel. Todas las leyes se restablecerán en sus días como antes; Se ofrecerán sacrificios y los años sabáticos y de jubileo se observarán plenamente como lo ordena la Torá.

»Cualquiera que no crea en él, o quien no espere su venida, niega no solo a los otros profetas sino también a la Torá y a Moisés, nuestro Maestro. Porque la Torá lo atestigua, como está dicho:

»"Entonces, el Señor, tu Dios, hará volver a tus desterrados, y tendrá misericordia de ti. Él te reunirá una vez más de todas las naciones... Incluso si tus exiliados están en los confines de los cielos, el Señor, tu Dios, te recogerá de allí, y Él te tomará de allí. Y el Señor, tu Dios, te traerá..."».

—Esto se puede leer en Deuteronomio 30: versículos 3 y 5 —continuó—. Estas palabras, expresadas explícitamente en la Torá, incluyen todas las declaraciones hechas por todos los profetas. Lo dice Maimónides en la *Mishné Torá,* Ley de los Reyes 11: versículos 1 y 2.

El reverendo Clark Kelly no conocía aquellas palabras del filósofo de origen español.

—Eso demuestra lo que vengo diciendo —dijo Clark—, las señales de Apocalipsis son inequívocas.

El profesor observó cómo las sombras comenzaban a extenderse por el frondoso jardín.

—Me temo que se ha un poco tarde para regresar a Nueva York. Tengo una habitación de invitados. Cene conmigo y se irá mañana.

El reverendo no lo pensó mucho; podría estar hablando de aquel tema días si era necesario. Además, aquel lugar le proporcionaba una paz que hacía demasiado tiempo que no sentía.

—Será un verdadero placer, profesor, pero deje que lo ayude a preparar la cena.

6

Proximidades de White Haven, Montana

Ya no sabía en qué día se encontraba. La habitación siempre estaba iluminada con la fría luz blanca, como si aquella claridad cegadora ocultase la verdadera oscuridad del lugar. Sally intentó estirar las manos, contemplar su piel blanca llena de moratones, pero no tuvo fuerzas para hacerlo. Estaba comenzando a dormirse por el agotamiento físico y mental, cuando apareció un rostro en la inmensa pantalla.

—Sally Red, la mujer más intrépida del mundo, valiente, determinada, con principios y, sobre todo, tozuda.

La mujer miró aturdida el rostro y al principio no lo reconoció por completo.

—¿No sabes quién soy? Soy tu peor pesadilla, aquel que está llamado a cambiar este infecto mundo para siempre. ¿Por qué amas a esta humanidad perdida? Lo único que saben hacer es destruirse entre sí y asolar la naturaleza. Son la peor de las plagas. ¿Si fueran cucarachas, los amarías tanto? ¿Qué es lo que los hace especiales? ¿Su capacidad de pensar? También son inteligentes los delfines y los chimpancés. Son meros aglomerados de células, un conjunto de órganos especializados dirigidos por otro órgano, el cerebro. ¿Has visto el alma de alguien alguna vez? No existe, querida.

Sally intentó aclarar la mente, pero apenas podía pensar. Su cabeza estaba a punto de estallar, sentía que las palabras de Thomas Franklin eran como dardos envenenados que asesinaban las pocas neuronas que aún permanecían intactas.

—Dentro de una semana habremos borrado todo lo malo que hay en esa cabeza, serás una persona nueva. Tu hermoso cuerpo joven y tu mente brillante tendrán un nuevo propósito, como pasó con tu hermana Amanda antes de que lo emponzoñaras todo. ¿Qué es lo que no te gustaba de Utopía? La naturaleza siempre usa estrategias para perpetuarse. Las hormigas utilizan a ciertos pulgones como vacas de las que sacan su néctar. También cultivan hongos en sus hormigueros. La manipulación genética forma parte de la vida. ¿Tanto te escandalizó ver cómo extraía la sangre a esos jóvenes? Era lo mejor que podían hacer con sus miserables vidas.

—Cada ser humano tiene dignidad —logró decir Sally, pero aquel simple pensamiento hizo que sintiera una sacudida en su mente.

—¿Dignidad? Esa palabra es una de las falacias creadas por los filósofos y los religiosos para justificar la existencia de tullidos, incapacitados y seres inferiores. La única dignidad real es la de la fuerza y de la voluntad. ¿Qué sucedería si dejaras a un ciego, un anciano o incapacitado en mitad de un bosque? Morirían a las pocas horas. ¿Por qué corregir lo que la naturaleza hace tan sabiamente?

Sally levantó un poco más la cabeza y se obligó a abrir los ojos. Se imaginó que aquel discurso del líder de Utopía era parte más de la terapia, de aquel intento de cambiar su conducta. La única forma de escapar de ese infierno era ceder, sucumbir, declinar.

—No me gusta usar estos métodos tan expeditivos, pero dentro de unos días serás una nueva persona. Sufrirás un renacimiento y verás todo esto de otra manera. Te prometo que te convertiré en mi reina, en mi emperadora, y juntos gobernaremos el mundo. Naturalmente que no se parecerá a este, pero de eso ya hablaremos muy pronto, te lo aseguro.

La pantalla se apagó y con ella el resto de las luces. Por primera vez desde que estaba en aquel cuarto, el silencio y la oscuridad lo invadieron todo. Se quedó dormida en la silla, con una posición extraña, como si su cuerpo sencillamente se desmoronase sobre sí mismo. La invadió un sueño agradable, una visión misteriosa que la hizo sentirse feliz. Se veía en un gran jardín repleto de flores y animales, pero ninguno parecía peligroso u hostil. Después, mientras se acercaba a un arroyo, vio a un hombre. Se parecía a Philip, aunque cuando se aproximó aún más, se dio cuenta de que se trataba de Thomas Franklin. Su cuerpo parecía esculpido en mármol. Su rostro sonriente la invitó a entrar en las aguas, pero cuando se acercó hasta él, Franklin se transformó de repente en un monstruo cruel y

despiadado. Comenzó a ahogarla en aquella agua cristalina y brillante. Ella chapoteaba y gritaba bajo aquel río, pero su voz era asfixiada por el líquido que entraba en sus pulmones agotando sus últimas fuerzas.

7

A las afueras de Washington

Marion Fauci se despertó inquieta, sudando y con la respiración acelerada. Había tenido un extraño sueño con Thomas Franklin, pero afortunadamente, a su alrededor se encontraba el minimalista mobiliario de su apartamento en Nueva Roma. Se desperezó, después se dio una ducha corta y refrescante y a continuación se puso el sencillo atuendo de los utopienses. Se dirigió al comedor comunitario con la resaca de aquella pesadilla que le rondaba la cabeza, pero en cuanto estuvo con el resto de sus compañeros, sintió el alivio de no pensar más, de unirse a aquella masa entusiasta, joven y determinada.

Aquella mañana estaba de visita en las instalaciones Lucía Sandoval. Desde la muerte de Amanda se había convertido en la mano derecha de Franklin. Algunos rumoreaban incluso que era su pareja, la futura mujer del presidente del mundo.

Lucía era una de las mujeres más bellas que Marion había visto jamás. Sus ojos negros y penetrantes brillaban en un rostro de piel canela de perfectas facciones y tenía un pelo negro y liso que la hacía parecer una verdadera diosa. Era esbelta, con un cuerpo contundente que la alejaba de las chicas andróginas que tanto se habían puesto de moda en los últimos años.

—Querida Marion, he oído hablar mucho de ti —dijo Lucía en cuanto la reconoció—. Eres la mejor líder de los utopienses del Este.

De aquella manera se llamaba a los utopienses que vivían en los Estados Unidos.

Se saludaron a la manera de Utopía, apoyando las palmas de las manos en los hombros y sonriendo cordialmente.

—Yo también he escuchado muchas alabanzas sobre la mujer más importante de Utopía —respondió Marion.

—¿Alabanzas? Esas son cosas de los terrícolas. ¿No te parece? Nosotros sabemos que somos uno con la Naturaleza, que nuestro líder forma parte de todos nosotros, que nos movemos y somos como un organismo vivo, sin personalidad individualista, fundidos en el todo.

Marion era consciente de que aquello era lo que más le costaba de pertenecer a Utopía: no entendía por qué el individualismo era algo tan malo y perverso a los ojos de Thomas Franklin; sobre todo, por el culto a la personalidad que él mismo permitía.

Lucía le tomó la mano y ambas caminaron hasta una colina próxima desde la que se podía observar toda la ciudad.

—Lo que estáis haciendo aquí es algo muy bello —dijo Lucía—, pero lo es sobre todo porque nadie puede atribuirse el mérito, es el fruto del esfuerzo de la comunidad. Está claro que has realizado un gran trabajo, pero tú, como yo, apenas somos pequeños engranajes de una maquinaria aún mayor.

—Lo entiendo —respondió Marion.

Las dos mujeres se sentaron en un banco.

—Todos nosotros debemos diluirnos en el todo, el ego es el que ha llevado a la humanidad a este punto sin retorno. Todos quieren tener y ser, pero para ello son capaces de destruir lo que tienen a su alrededor, ya sea la naturaleza o a otros hombres. El deseo es la muerte de Utopía. ¿Lo entiendes?

Marion sonrió a la mujer. Le hizo gracia que ella, que parecía un volcán de fuego y deseo, hablara así de esa hermosa palabra.

—No lo entiendes. ¿Verdad? —insistió Lucía—. Eres demasiado joven, crees que tienes derechos todavía, que el placer es uno de los regalos más preciados de la naturaleza. Será mejor que te cuente la historia de Sara.

La joven Marion la miró sorprendida.

—Sara era una bella estudiante de una hermosa ciudad en el sur de los Estados Unidos. La habían criado entre algodones. Jamás había visto la pobreza, la enfermedad o el dolor. Sus padres eran dos jóvenes abogados que habían criado a seis hijos sanos y fuertes. Todo en la vida de Sara era perfecto. Se marchó a la universidad con la esperanza de poder dedicar su vida al mayor de sus sueños, convertirse en una diseñadora de interiores y jardines. Quería hacer feliz a la gente a través de la belleza. Un día, se salió con su coche de la ruta que iba directamente a la universidad y se perdió en un barrio pobre. Le sorprendió ver la suciedad, la pobreza y la miseria en la que vivían algunas personas a pocas manzanas de su vida perfecta. Desde las ventanillas de su coche de lujo miró a varios niños que hurgaban entre la basura, a varios sin techo que empujaban sus carros llenos de trastos viejos y sucios y una larga cola de personas que esperaban a que desde una parroquia cercana les dieran un poco de comida. Aquella tarde regresó a su apartamento confundida, llamó a su madre y esta le explicó que mucha gente no sabía gobernar su vida, y sus malas decisiones los llevaban a la pobreza y la marginación. Le aseguró que la miseria siempre había existido y que no desaparecería jamás, pero que ella podía hacer feliz al menos a unos pocos, decorando su vida del esplendor que jamás tendrían todos esos miserables.

Sara no quedó muy convencida. Soñó por la noche con las calles

mugrientas de la ciudad, con aquellos rostros llenos de dolor, y a la mañana siguiente se dirigió a aquel barrio y lo observó detenidamente. Se paró enfrente de un mendigo y se bajó del coche. Al principio un escalofrío recorrió su espalda, pero de todas maneras ofreció al hombre una bolsa llena de comida. El hombre, un vagabundo enfermo y muy viejo, se lo agradeció. La chica se sentó a su lado, a pesar de la repulsión que le producía, y el hombre le narró brevemente su historia. Había sido un hombre rico y exitoso en su juventud, pero una gran multinacional decidió absorber su empresa. Él se negó a aceptarlo sin más, pero una pareja de abogados exitosos que representaban a la multinacional ganaron el pleito y lo arruinaron. Su mujer al verse en la pobreza se suicidó y sus hijos, intentando buscar formas de subsistir, cayeron en la droga y murieron. Sara sintió un escalofrío al escuchar la historia y le preguntó cómo se llamaban aquellos famosos abogados. El hombre la miró con sus ojos azules, que apenas brillaban entre la mugre de su cara, y al escuchar los nombres, su corazón se estremeció.

—Eran sus padres, ¿verdad? —preguntó Marion.

—Sí. Hemos construido un mundo en el que para que unos sean felices y triunfen, muchos tienen que sufrir. Nosotros los utopienses terminaremos con todo ese dolor. La ambición, la avaricia o la codicia son sentimientos que deben desaparecer por completo, pero, para conseguirlo, antes hay que destruir el ego y el deseo de reconocimiento. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo, pero no es fácil.

—Nada de lo que merece realmente pena en la vida lo es.

Lucía la miró con sus enormes ojos negros. Parecía sincera y auténtica, mucho más de lo que habían sido sus propios padres y amigos. Marion se había criado en la costa Oeste con la optimista superficialidad de muchos californianos. Toda aquella espiritualidad de la que le hablaba Lucía le sonaba mucho, pero a diferencia de los gurús de los ricos de Los Ángeles, los utopienses vivían de una forma casi ascética.

—Prometo solemnemente aplastar mi ego —dijo la joven.

Lucía le sonrió y le dio un abrazo. Ella se sintió un poco incómoda: los miembros del círculo más cercano a Thomas Franklin apenas se tocaban.

—Creo que estás preparada para entrar en el círculo más íntimo de Amaurata. Únicamente doce mujeres pertenecen a él. Cuando termine las obras de Nueva Roma, tendrás que acudir a Nueva York para tu rito de iniciación.

Aquel comentario dejó completamente descolocada a la joven Marion. Había oído hablar mucho sobre Amaurata, pero sabía que casi todos los rumores eran meras especulaciones. Las doce componentes

eran las mujeres más cercanas al líder, todas ellas maestras y guías para la comunidad.

Las dos mujeres bajaron de la cima, algo que a Marion le pareció muy simbólico. Después la joven se encaminó al salón desde donde se dirigían las obras. Sandra, una de sus amigas en el complejo, se le acercó.

—¿Qué te sucede? Tienes cara como de ida. ¿No habrás fumado algo?

—¿Estás loca? Sabes que está prohibido. Lo que pasa es que… —Marion miró a un lado y al otro antes de contestar— Lucía me ha dicho que cuando termine aquí tengo que ir a Nueva York, para que me inicien en los misterios de Amaurata. Seré una de las doce.

—¡Mierda! —soltó Sandra—. Nadie ha sustituido a Amanda, pero no pensé…

—Ni, yo. Me da un poco de miedo, la verdad. No sé qué hacen las doce.

Sandra le pidió a su amiga que salieran al jardín. Sabía que eran espiados en todo momento.

—Amanda murió intentando matar al líder. Algunas ya la llaman la judas de Utopía.

—Es cierto —dijo Marion, que nunca lo había visto así.

—En la Biblia, tras la muerte del discípulo traidor, se eligió a otro nuevo. Se llamaba Matías.

La chica frunció el ceño.

—¿Qué importancia tiene que sean once? —preguntó Marion— ¿Por qué el señor Franklin imita a la Biblia?

—Bueno, ya sabes, el doce siempre ha sido un número simbólico. Doce tribus de Israel, doce meses del año. El doce simboliza el bien, la verdad absoluta y la aspiración de la justicia —contestó Sandra.

—Pues quiere que yo sea una de las doce. Al parecer, este círculo íntimo apenas se separa de él.

—Eso es un honor —dijo Sandra.

A pesar de las palabras de su amiga, Marion no estaba tan segura. Thomas Franklin le provocaba una mezcla de fascinación y temor. No podía explicarlo, pero su abuela lo habría llamado «malas vibraciones».

—Bueno —la cortó Marion—, antes hay que terminar una ciudad y el tiempo se nos echa encima.

Marion regresó con su amiga al salón, pero apenas podía disimular la tensión que le producía toda esa situación. Respiró hondo y miró de nuevo los monitores en los que aparecían los planos de Nueva Roma.

8

Seminario Teológico de Westminster, al norte de Filadelfia

El reverendo Kelly no había sido consciente hasta aquel día de cómo la soledad había hecho mella en su vida. En cierto sentido, el profesor Charles Graham era muy parecido a él. Ambos se sentían perdidos en sus propios pensamientos, confusos en un mundo que no entendían y en el que lo único que veían claro era precisamente lo que los demás no lograban entender. Tras la cena volvieron a sentarse en las mismas butacas. La luz era escasa, apenas la de una lámpara de pie a un lado y el fuego de la chimenea, que imprimía a la habitación un ambiente casi mágico.

—La cena ha sido ligera —dijo el profesor Graham—, pero al menos nos ha reconfortado. Creo que no cenaba con nadie desde hace un par de años.

—¿No lo vienen a ver sus compañeros? —preguntó el reverendo.

El anciano negó con la cabeza.

Apenas quedan un par de ellos vivos, pero se encuentran en residencias cerca de sus familias. Es un milagro que la facultad me haya permitido quedarme a vivir aquí. Normalmente estas casas se dan a profesores en activo. Es cierto que todavía imparto un pequeño máster en otoño, pero la mayor parte del tiempo lo paso entre mis libros o caminando por los hermosos bosques de los alrededores.

—La vida de un sabio —comentó Clark.

—Más bien, la vida de un viejo solitario y decrépito.

—Antes estábamos hablando del Apocalipsis —siguió diciendo el reverendo—. Si le soy sincero, me inquieta.

—¿Que la ONU, la Unión Europea y hasta los Estados Unidos hayan elegido a Thomas Franklin como presidente de Utopía? —preguntó Charles sin inmutarse.

—Exacto. ¿No le parece que tiene algunos rasgos del Anticristo?

—Bueno, si consideramos que el Anticristo, como hablamos antes, no es una persona, según los diferentes estudios, la respuesta es que no.

—Yo sí creo que el Anticristo será una persona real —lo contradijo Clark—. En la Biblia incluso se nombran algunas de sus características. La primera que menciona el apóstol Pablo es que será un blasfemo de Dios. Todos sabemos que Thomas Franklin se ríe de las creencias cristianas. Como dice en Apocalipsis 13, versículo 6… «Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo».

—Eso se refiere a cualquiera que toma el nombre de Dios en vano —lo corrigió el profesor.

—También afirma que es Dios y es objeto de culto —siguió el

reverendo—, como dice en la segunda carta a los Tesalonicenses capítulo 2, versículos 3 y 4:

«Que nadie os engañe de ninguna manera, porque ese día no vendrá hasta que se produzca la rebelión y el hombre de pecado sea revelado, el hombre condenado a la destrucción. Él se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto, porque se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios».

—El «hombre de pecado» se denomina en Apocalipsis, pero Thomas Franklin, que yo sepa, no ha pedido que se le adore.

El profesor Clark refunfuñó, y luego continuó con sus razonamientos:

—Además, en Apocalipsis 13 versículo 13 dice que «realizaba grandes señales, de manera que incluso hacía descender fuego del cielo a la tierra a la vista de la gente».

—Todo lo que ha hecho lo ha basado en la ciencia —añadió Charles.

—No me negará que sobrevivió a un atentado —dijo el reverendo—, como anuncia en Apocalipsis 13 versículo 14 cuando dice que «les ordenó que hicieran una imagen en honor de la bestia que había sobrevivido a la herida de la espada».

—Está bien —le concedió el profesor—, sobrevivió a un atentado, pero no es lo mismo.

Clark Kelly frunció el ceño y dijo:

—Entonces, ¿qué piensa de la ley suprema que Franklin quiere implantar como dice en Apocalipsis, que «se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación?», ¿o que controlará la economía, cuando el apóstol Juan dice que «se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación». Además profanará el tempo de Dios en Jerusalén y perseguirá al pueblo judío.

—No hay ningún templo en la actualidad en Jerusalén —objetó el profesor—, y Thomas Franklin jamás ha hablado en contra de los judíos.

—¿Tampoco cree que el Anticristo será judío? —-pregunto Clark.

—Algunos estudiosos —siguió el profesor— han vaticinado que pertenecerá a la tribu de Dan, por lo que se menciona en Génesis 49, versículos 16 y 17: «Dan juzgará a su pueblo como una de las tribus de Israel. Será Dan serpiente junto al camino, víbora junto a la senda, que muerde los talones del caballo y hace caer hacia atrás al jinete». —Y luego el teólogo añadió—: No creo que este versículo quiera decir eso, si le soy sincero.

—Pero la serpiente —insistió el reverendo— es la representación de Satanás, y que muerda al caballo que lleva al Mesías quiere simbolizar

la cruz. No olvide que Dan y Judá siempre estuvieron luchando entre sí.

Charles Graham cambió de repente, se puso muy rígido y le contestó al reverendo:

—Todo eso son tonterías: Thomas Franklin no es ningún anticristo. Puede que le parezca muy arrogante, y sin duda lo es, pero el anticristo es un estilo de vida más que una persona.

El anciano se recostó en el sillón como si estuviera agotado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el reverendo Clark Kelly.

—Lo cierto es que no. Será mejor que nos acostemos. No suelo trasnochar.

—Claro, como prefiera. Si no le importa, me gustaría quedarme un rato curioseando en su biblioteca.

—Está en su casa —contestó el hombre con aspecto cansado.

Cuando el reverendo Clark Kelly se quedó completamente a solas, se tomó lo que le quedaba de la infusión y después comenzó a mirar los lomos de los libros. Mientras los ojeaba se preguntaba qué pasaría con todo aquello cuando el anciano profesor muriera. Miró por todos los estantes hasta que sus ojos se posaron en un viejo tomo encuadernado en negro. No había nada escrito en el lomo, así que lo sacó. Tampoco había nada en la portada. Lo abrió y sus páginas amarillentas se abrieron con facilidad, como si estuviera muy usado. Al llegar a la primera página y mirar lo que ponía, se le heló la sangre.

—¡Cielo santo! —murmuró.

Aquella era la Biblia Satánica escrita por Anton Levey en los años sesenta. Aquel tipo extravagante había fundado la primera iglesia satánica de la historia y su mensaje era especialmente anticristiano. ¿Por qué tenía el profesor ese libro? Como investigadores, muchas veces tenían que leer todo tipo de cosas, pero ese volumen era pura basura satánica.

Clark sintió un fuerte dolor en el pecho, se acercó a la cocina y bebió un poco de agua. Después decidió irse a dormir. Por la mañana preguntaría a su anfitrión por la procedencia del libro. Seguramente tendrían una explicación plausible.

Se quitó la ropa, entró en las sábanas frías e intentó dormirse, pero a su mente venía una y otra vez la imagen del libro. En ese momento sintió una presencia extraña en la casa. Miró en la oscuridad, pero no vio a nadie. Cerró de nuevo los ojos y comenzó a orar. Algo o alguien se sentó justo al borde de la cama, podía casi escuchar la respiración. No abrió los ojos, se limitó a intentar rezar más fuerte, pero las palabras no salían de sus labios; parecían ahogarse en su garganta. Comenzó a temblar y se tapó la cabeza, esperando que todo fuera un mal sueño y que al día siguiente el solo iluminara de nuevo el mundo.

9

Proximidades de White Haven, Montana

Philip miraba hipnotizado las imágenes hasta que su mente pareció no poder soportarlo más y se desconectó. Desde aquel momento parecía como una esponja que lo absorbía todo sin apenas discernimiento. Las descargas eléctricas, el hambre y la sed hacían mella en su psique pero, sobre todo, la falta de sueño. Los experimentos de Anna White tenían una clara intencionalidad, se basaban en los estudios realizados por Peter Tripp en 1959. Se ofreció como conejillo de indias y se propuso estar doscientas horas sin dormir, para estudiar qué efectos producía el insomnio en su cerebro. Miles de oyentes y científicos siguieron por la radio los resultados de aquel revolucionario experimento. Para poder resistir, varios médicos le facilitaron estimulantes, igual que Anna había hecho con Philip y Sally. Extenuado, se fue a descansar en la hora doscientos una. Durante el tiempo de su larga vigilia, Tripp tuvo todo tipo de alucinaciones: conducta paranoica, irritabilidad y perdió por completo el control de sus emociones. Después de este experimento se hicieron otros muchos que demostraron que la falta de sueño produce irritación, ansiedad, ira, depresión y empeora el estado de ánimo.

Anna White sabía que la falta de sueño interrumpía la conexión entre la amígdala cerebral y la corteza prefrontal, lo que hacía que la persona reaccionara de forma extrema ante cualquier estímulo. Estas técnicas de manipulación se practican habitualmente en los casinos de las Vegas: los dueños saben perfectamente que los jugadores arriesgan más cuando están cansados, además de que la falta de luz exterior y el ruido constante les hacen perder la noción del tiempo.

La historia de Tripp terminó de forma dramática, ya que después de su experimento su mujer lo abandonó, perdió el programa de radio y su vida se hundió. Algo irreversible había sucedido en su cerebro.

Anna miró por el espejo a Philip. Ya había logrado vaciarlo de su voluntad. Sabía que ahora venía la tarea más difícil, llenar su mente de los valores y principios de Utopía, recuperarlo de nuevo para su causa y usarlo como instrumento propagandístico.

La mujer miró en la pantalla unos segundos más tarde el cuarto en el que se encontraba Sally. Sabía que ella era un hueso duro de roer. Parecía tan agotada como su amigo, pero su fortaleza mental era muy superior. Sin duda la voluntad era uno de los motores más poderosos del mundo. Para controlar a la mujer debería emplear algunas fuerzas extra.

Anna White había estudiado a fondo la personalidad de Sally. Sabía

que no tenía las características propias de las personas fácilmente manipulables. No era dependiente, inmadura, ingenua, confiada, descuidada, solitaria, narcisista, impulsiva, altruista, frugal, ni materialista o codiciosa.

La mujer había estudiado los sofisticados sistemas de «lavado de cerebro» utilizado por los chinos en época de Mao Zedong. El Gobierno de China pretendía limpiar y lavar el corazón y la mente. Lo que Joost Meerloo, el científico holandés, denominaba «menticidio». Para que Sally cambiara había que arrasar por completo su mente.

Sally percibió desde el otro lado del cristal que alguien la estaba observando, pero disimuló; necesitaba que creyeran que estaban consiguiendo su objetivo. Era cierto que cada vez le costaba más concentrarse, pero se había aferrado a una sola idea, como si esta pudiera salvarla cuando todo lo demás sucumbiera. Era el amor a su hermana Amanda: cómo la una y la otra se habían ayudado en los momentos más difíciles de su vida. Y era consciente que el poder del amor era mucho más potente que cualquier tipo de manipulación que Utopía intentara meter en su cabeza.

10

Seminario Teológico de Westminster, al norte de Filadelfia

El reverendo Clark Kelly pudo negar que la noche había sido muy difícil, casi no había pegado ojo. Lo achacó a la conversación. En muchas ocasiones lo último que ha visto o escuchado tu mente se reproduce en los sueños, pero en el fondo estaba casi seguro de que lo que había sentido no era producto de la imaginación. Se había levantado empapado en sudor a pesar de que hacía mucho frío. Se puso la ropa y caminó por el pasillo hasta el baño de la planta superior. Tras desalojar la vejiga, algo que agradeció, ya que aquel era uno más de los problemas de la edad, bajó las escaleras en busca del profesor, pero no había nadie en el salón, ni en la pequeña cocina, ni en el jardín. No podía negar que aquella calma lo incomodaba. Volvió de nuevo a la primera planta y se decidió a llamar a la puerta del anciano.

—¡Profesor! ¿Se encuentra bien? Me tengo que ir, pero antes me gustaría despedirme. Espero no haber abusado demasiado de su hospitalidad.

Al otro lado de la puerta no se escuchaba nada. Salvando sus reticencias abrió despacio el pomo y echó un vistazo a la habitación. La cama estaba deshecha, pero vacía. No supo qué hacer. Pensó en cerrar de nuevo la puerta, pero al final la abrió de par en par y,

cuando su cuello giró a la derecha, vio una escena terrible. El pobre anciano estaba clavado literalmente en la pared. De sus muñecas y pies salía una mancha espesa de sangre reseca. Alguien le había arrancado los ojos de sus cuencas y colocado en su cabeza una corona de espinas.

—¡Dios mío! —gritó Clark mientras notaba cómo todo su cuerpo temblaba.

No supo cómo reaccionar o qué hacer. Pensó en llamar a la policía, pero ¿qué explicación podía darles? ¿Cómo les convencería de que no había oído nada estando a escasos metros del hombre? Por otro lado, cuando comprobasen las llamadas de teléfono no tardarían en dar con él, aunque podría aducir que se había marchado la noche anterior, después de cenar. Si buscaban su ADN en la cama se darían cuenta de que era mentira, por eso debía coger las sábanas y llevárselas, pero todo aquello era una locura, estaría destruyendo pruebas de una escena de un crimen.

Cerró las puertas y bajó al salón, necesitaba pensar con claridad. Lo primero que se preguntó fue el porqué. No entendía que alguien pudiera hacer algo así a un pobre anciano. Lo segundo que no comprendía era que lo hubieran hecho mientras él estaba en la casa. Eso podría perjudicarlo.

Se tomó un vaso de agua, tenía la garganta seca e intentó aclarar sus ideas. ¿A quién le interesaba verlo entre rejas? A nadie, que él supiera. El único que conocía su visita al viejo profesor era el obispo, pero eso tampoco tenía sentido. A no ser que…

Un escalofrío recorrió toda su espalda. Recordó la presencia que había experimentado sentada en el borde de su cama. El diablo usaba a veces a personas para llevar a cabo sus planes, pero en otras ocasiones podía encargarse él mismo de sus asuntos.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? ¿Por qué ha muerto él y no yo?

Decidió dejar todo como estaba. Salió al jardín y caminó deprisa hacia el coche. Se cruzó con un hombre de mediana edad y entró en su Ford. Se apoyó en el volante y comenzó a llorar. Arrancó el motor y cuando salió del aparcamiento no supo bien adónde dirigirse. Por un lado no le parecía seguro regresar a casa; por otro, si tenía razón y era el diablo mismo el que lo perseguía, no había ningún sitio más seguro donde esconderse que en su parroquia en Nueva York, aunque tal vez antes iría a visitar al obispo Marcus. Estaba casi seguro de su implicación, aunque fuera indirecta. Salió a la autopista con una única idea clara en su mente: visitar a Marcus y tratar de averiguar si su viejo amigo tenía algo que ver con aquel horrendo crimen. Dejó que la policía hiciera su trabajo y descubriera algo.

11

El Pentágono, Virginia

El alto mando se encontraba reunido al completo en la sala. El director del Pentágono levantó la vista del mapa desplegado sobre la mesa —era de la vieja escuela y lo prefería a las pantallas gigantes— y se dirigió a los militares.

—Es una orden directa del presidente.

—Pero es una locura, puede producir un conflicto a escala internacional —contestó el más veterano de los generales.

—Las órdenes no se discuten —contestó el director.

—Nosotros somos los asesores del presidente —protestó el general —, ¿por qué nadie nos ha consultado?

—Estados Unidos está en peligro —respondió el director—. Nuestros mayores enemigos llevan años atacando a nuestros sistemas de ciberseguridad. Es el momento de devolverles el golpe. China, Corea del Norte, Irán, Cuba, Pakistán, Venezuela, Nicaragua y Turquía.

—Algunos son aliados nuestros —se quejó otro de los generales.

—Varios de ellos tienen armas nucleares —comentó otro.

—Por eso debemos eliminar de un plumazo todos los sistemas de nuestros enemigos a la vez —dijo el director—, para que no tengan capacidad de respuesta.

—Pero, director, eso supondrá el caos en esos países: millones de personas no podrán acceder al agua, la electricidad o el gas, sus sistemas bancarios de hundirán, cundirá el caos y la anarquía.

—Ese es el objetivo, Mike —dijo el director al general más joven.

—Morirán decenas o cientos de miles de personas —respondió Mike.

—Si estos países no aceptan el plan de la ONU —continuó el director—, serán miles de millones los que sucumbirán por el cambio climático, las guerras, el hambre y las pandemias. En el fondo es un mal menor. Además, todos estos regímenes son dictaduras o regímenes autoritarios. Estamos ayudando a que se extienda la democracia.

Los generales no daban crédito a las instrucciones del director del Pentágono. El Congreso no había aprobado esa acción. El presidente no podía tomar una decisión unilateral de aquel calibre.

—Es una guerra ilegal y que comenzaría sin provocación previa —protestó otro de los generales.

—¿Sin provocación previa, dices? —se quejó el director—. Llevan años atacándonos, manipulando nuestro proceso electoral y difundiendo noticias falsas.

—Nosotros también, señor —contestó Mike.

—Pero nosotros lo hacemos por una causa mayor, la democracia.

12

New York City

El reverendo Clark Kelly no paró hasta llegar cerca de su parroquia. Aparcó a varias manzanas y caminó cabizbajo hasta su parroquia en Harlem. Por precaución o desconfianza, el reverendo cogió un revólver antes de salir hacia casa del obispo. Tenía la mente tan confusa que apenas podía razonar. Debía ver de inmediato al obispo Marcus; sabía perfectamente dónde estaba su apartamento, aunque únicamente había estado una vez en ese lugar. Era el The Ghostbusters Building, situado en el 55 Central Park Oeste. El edificio se levantó sobre un solar de la iglesia Holy Trinity, justo al lado, y el obispo tenía el increíble apartamento situado en la azotea.

Clark estuvo merodeando varias horas por delante del edificio sin decidirse a entrar. Al final optó por colarse. La vigilancia era mínima: un portero obeso que se pasaba la mayor parte del tiempo mirando su pequeño televisor y comiendo bocadillos de mortadela.

El reverendo pasó por el amplio recibidor y llamó al ascensor. Sentía cómo su respiración se agitaba poco a poco y su camisa negra se empapaba de sudor. La puerta, al final, se abrió. Entró rápidamente y apretó el botón del ático varias veces hasta que las puertas se cerraron.

Mientras el ascensor subía lentamente, el reverendo no dejaba de darle vueltas en la cabeza a todo lo que había sucedido. Aún no se creía que el profesor estuviera muerto y menos de esa forma tan grotesca y cruel. El obispo era el único que podía saber algo sobre lo sucedido; era el único que sabía que se iban a encontrar.

Las puertas se abrieron en la primera planta. Una única puerta pintada de rojo justo enfrente le indicó el camino. El descansillo tenía un par de cuadros de colores desgastados. Pulsó el timbre y esperó. No hubo respuesta y comenzó a pensar que estaba perdiendo el tiempo.

Después de tres intentos, empujó la puerta y esta se abrió de repente. Le extrañaba que hubiera tan poca seguridad en el edificio, pero en algunos de los viejos rascacielos de Manhattan apenas había vigilancia. Entró con cautela en el recibidor, pero estaba completamente desierto. Después caminó hasta el salón. Lo cierto era que la casa estaba amueblada de forma elegante; demasiado para tratarse de un pastor de almas. Entró en la biblioteca y tuvo la tentación de husmear un poco, pero estaba demasiado nervioso para hacerlo.

El silencio de la casa era casi tan aterrador como las sombras que comenzaban a extenderse por todas partes. El reverendo Clark entró en la habitación del obispo, pero estaba vacía, no había ni rastro de su

viejo amigo.

Tras examinar la planta baja, lo único que le quedaba era subir por la escalera de madera hasta la primera planta y la gran terraza que daba al parque. Subió despacio, mientras escuchaba cómo la madera crujía. Llegó a una sala enorme con un gran sillón, más libros en estanterías de madera oscura y una amplia terraza con un pequeño invernadero, una fuente y una pequeña piscina. Justo al fondo, en una parte más alta con vistas al parque, había un jacuzzi; se escuchaba el burbujear y Clark vio la cabeza de un hombre con el pelo canoso. Supuso que era el obispo. Se aproximó hasta él con pasos silenciosos y cuando estuvo justo al lado lo llamó por su nombre.

—¿Marcus?

El hombre se giró lentamente. Su expresión era extraña, una mezcla de dolor y placer.

—¿Marcus? —repitió Clark que, aunque había reconocido al obispo, no estaba seguro del todo.

—¡Joder! —gritó el hombre del jacuzzi y después lo miró con unos ojos penetrantes que dejaron helado al reverendo.

—¿Quién cojones…?

Clark tragó saliva y dejó que su mano tocara la culata del arma que había cogido en la rectoría y respiró hondo antes de susurrar su nombre.

13

Teherán, Irán

Arezoo Zareid dejó su taxi en la parada. Estaba siendo un día singularmente tranquilo, lo que significaba que debería seguir trabajando hasta más de las diez de la noche para llevar a casa un sueldo razonable. Tomó del banco uno de los periódicos que había dejado su compañero y volvió al taxi para leerlo. Sabía que las noticias eran siempre las mismas y que la censura del régimen tampoco permitía que se contasen demasiadas cosas de fuera. Su padre, un iraní cristiano, le contaba de niño cómo era el país en época del Sha y, aunque el antiguo rey de Persia era un hombre cruel y despiadado, la ciudad era el París de oriente y una de las zonas más prosperas del planeta. Tras décadas de bloqueo, guerra y fanatismo, la sociedad empezaba a levantar la cabeza y pedir más libertad y apertura a occidente. Él prefería no meterse en política; bastante tenía con ser cristiano en un país donde la libertad religiosa era poco más que una quimera.

El taxista pasó la última página y estaba a punto de irse de la solitaria parada cuando una mujer joven se subió a la parte de atrás.

—Por favor, ¿puede llevar al Palladium Shopping Center?

Aquel centro comercial era el más nuevo de Teherán y estaba de moda en la ciudad. Eran muchos los clientes que le pedían que los llevara allí. El hombre puso en marcha el motor y en cuanto comenzó a atravesar las calles supo que algo iba mal.

Algunos semáforos no funcionaban, algo que no era tan inusual, pero lo que más le chocó era que el alumbrado público todavía no se hubiera encendido.

—Está todo muy oscuro.

—Tiene razón, señora. El Ayuntamiento cada vez está peor. Apagones, cortes de agua, calles sin asfaltar.

—Hace poco estuve en los Emiratos Árabes —comentó la mujer— y tenía la sensación de encontrarme en Europa, pero aquí las cosas no cambian.

Uno de los deportes favoritos de los iraníes era criticar al Gobierno, pero nadie era capaz de hacer nada.

El tráfico comenzó a complicarse cuando llegaron cerca del centro comercial. La gente se asomaba desde las terrazas y las ventanas de las calles. Los policías intentaban que el tráfico fluyera, pero la ciudad se había convertido en un verdadero caos. Al ver de lejos el centro comercial comprobaron que tenía las luces apagadas.

—Por favor, será mejor que me lleve a casa. No quiero estar por las calles si no hay luz.

La mujer miró el teléfono y comenzó a resoplar.

—Tampoco hay cobertura.

Arezoo no entendía la obsesión de los jóvenes por esos artefactos del diablo. Muchos se pasaban todo el día mirando las malditas pantallitas. Si no había internet —pensaba él— sería algo beneficioso para todo el mundo, sin entender las implicaciones de un mundo desconectado.

Dejó a la mujer en una zona residencial de lujo y, mientras pensaba en volver a casa, unos hombres asaltaron el coche de al lado, sacaron al conductor, le robaron el teléfono y la cartera, y se dieron a la fuga.

—Dios mío —dijo el taxista mientras bajaba de su coche para socorrer a aquel pobre hombre con la cara cubierta de sangre.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó algo nervioso.

—¡Esos malditos…! Todo es un caos —dijo mientras se incorporaba.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó el taxista.

—Trabajo en el Banco Central. Hace unas horas se han caído todos los sistemas informáticos del país.

—No entiendo, eso tampoco es tan importante —respondió Arezoo con ingenuidad.

—Buen hombre, ahora mismo no hay luz, agua ni gas; nadie puede comprar ni vender; tampoco funcionan las comunicaciones, los sistemas de control aéreo ni el metro. Irán está paralizado.

El taxista lo miró sorprendido, pero apenas había regresado al coche cuando escuchó muy cerca los motores de un avión. Miró al cielo y observó cómo un gigantesco avión comercial se dirigía hacia su taxi.

—¡Dios mío!

El hombre agachó la cabeza, como si eso pudiera protegerlo de alguna manera. El avión se estrelló unos doscientos metros delante del coche, pero fue arrasando todo lo que había a su alcance, hasta estrellarse contra el taxi. En ese momento el hombre levantó la cara y vio la expresión del piloto, que gritaba desesperado, justo antes de que el avión explotara y su rostro se desintegrada.

14

A las afueras de Washington

Marion Fauci miró el teléfono y contempló los avisos de noticias del *Washington Post:* «Irán, Rusia, China y otros diez países caen en el caos más absoluto como había vaticinado el religioso franciscano Pablo de Roma, la mano derecha del actual papa».

En las pantallas de los ordenadores de sus compañeros apareció la imagen de Thomas Franklin.

—Queridos ciudadanos de Utopía, todos los países que están rechazando el consejo de la ONU, la Unión Europea, Estados Unidos y OEA y la OUA han entrado en colapso. Ya les advertimos que los sistemas informáticos vitales de muchas naciones se encontraban en peligro. No hace mucho tiempo, antes de que la mayoría de las naciones de la tierra se unieran, varios países fueron atacados. Estados Unidos fue chantajeado y atacado por la organización Darkside, secuestrando su red de oleoductos y dejando sin gasolina a gran parte del país. Turquía también sufrió un ataque, que pensaban que provenía de Rusia, como otro que había sufrido Estonia, pero había sido el grupo Hacktivista Anonymous. El mundo ya no es seguro, por lo que se hace más necesario que nunca que nuestro programa de protección se instale lo antes posible en todos los rincones del planeta. Gracias por vuestro trabajo en pro de la paz y la armonía del mundo.

Todas las pantallas se cerraron y algunos de los técnicos comenzaron a hablar entre sí.

Andrea, el arquitecto italiano, se acercó a Marion y le pidió que salieran al jardín.

—Hemos sido nosotros, ¿verdad?

Andrea afirmó con la cabeza.

—Hay miles de muertos en pocas horas —le dijo el arquitecto—. Los niños de las incubadoras han sido los primeros, cientos de accidentes de tráficos, hospitales que no son operativos, aviones a los que se acaba el combustible y caen encima de las ciudades. La lista es interminable.

—Además de la ruina financiera de todos ellos —añadió Marion.

—Exacto —contestó Andrea.

—Pero es por un bien mayor —trató de convencerse Marion—. Cuando pidan entrar en nuestro programa, todo se solucionará.

Andrea negó con la cabeza.

—No entré en Utopía para matar gente. Mi novia, Susan, es programadora en Seattle del programa. Ella me ha contado algunas cosas: cosas que no me gustan.

Marion sabía que era mejor no hablar de esas cosas. Si los miembros

del círculo íntimo, sus superiores, se enteraban, podían meterse en un buen lío.

—Nosotros estamos haciendo algo hermoso aquí, no lo olvides —le dijo Marion al arquitecto—. Cuando todo el planeta acepte la autoridad de Thomas Franklin, las cosas cambiarán a mejor. En la actualidad más de 24.000 personas mueren al día de hambre, 18.000 de ellos niños. A causa de las guerras mueren más de 100.000 bebés al año, por no hablar de las epidemias, la trata de mujeres, el narcotráfico. Unos miles no son tantos.

—No pensé que fueras tan pragmática —le reprochó Andrea—. ¿Qué sucede? ¿Lucía te ha ofrecido entrar en el círculo íntimo del señor Franklin?, ¿ser una de sus chicas?

Marion frunció el ceño.

—No me gusta el tono con el que has dicho eso. Parece como si fuera algo malo.

—Hay muchos rumores —dijo Andrea—. Dicen que las marcan en la ingle, que hacen orgías con Franklin.

—Eso es absurdo, Andrea, y parece mentira que alguien como tú pueda creerlo. El señor Franklin es como un padre para mí. Jamás me ha puesto la mano encima ni a nadie que yo conozca.

Andrea se puso en pie, pero antes de irse le dijo a la joven:

—Ten mucho cuidado, Marion. Si uno se acerca demasiado al Sol, puede que sus alas de cera se derritan como le sucedió a Ícaro en la mitología.

Cuando la joven se quedó completamente a solas, miró el teléfono: el caos parecía haberse desatado en todos los países disidentes, los muertos ya no se contaban por miles, sino por decenas de miles. Después abrió la agenda y buscó el teléfono de su madre; hacía un siglo que no hablaba con ella. Los miembros de la organización tenían prohibido ponerse en contacto con amigos y familiares sin la autorización expresa de sus superiores. Era para evitar que los contaminasen con noticias falsas de Utopía, aunque desde que la ONU había pedido a Thomas Franklin que tomase el control de la situación del planeta, muy pocos periodistas se atrevían a desafiar el nuevo orden mundial y hablar mal del nuevo líder, que sería investido en pocos días.

Marion marcó el número y esperó. Al final su madre contestó al otro lado.

—Sí, ¿quién es? —No reconoció el número de su hija porque en ese momento el sol la deslumbraba.

Estuvo a punto de hablar, pero al final colgó. No quería ponerla en peligro. Tampoco deseaba que sus compañeros descubrieran que había incumplido una norma básica; ahora ellos eran su familia y era mejor que se mentalizase cuanto antes.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Lucía Sandoval, que se había acercado hasta ella sin que se diera cuenta.

La joven dio un respingo. No se esperaba verla de nuevo.

—Creía que ya habías regresado a Nueva York —dijo Marion cuando se repuso del sobresalto.

—¿Tantas ganas tienes de deshacerte de mí?

—¡No! ¿Por qué dices eso?

—Es una broma.

Lucía se sentó a su lado.

—Te ha afectado lo sucedido. ¿Verdad?

Marion no quería responder a esa pregunta, al menos de forma directa.

—Es normal —continuó Lucía—. Todos los que nos hemos subido a este barco amamos a las personas y estamos dejándonos la piel para que cambie el rumbo del mundo. No voy a poner excusas vanas, pero te aseguro que las cosas van a cambiar muy pronto. ¿Sabes cómo consigo superar días como este?

Marion negó con la cabeza.

—Me digo a mí misma que la humanidad es como un todo, un solo organismo. En el fondo somos como pequeñas células, todas prescindibles, lo único que importa es que sobrevivan nuestros genes. El señor Franklin ya te explicará cuando lleguemos a Nueva York sus planes en este sentido.

—Aún queda mucho trabajo aquí —dijo Marion.

Lucía la miró directamente a los ojos.

—Acabo de delegar todos tus proyectos a Scott. Él se encargará perfectamente. El señor Franklin quiere que vengas conmigo a la sede de la Gran Manzana.

Marion la miró sorprendida. ¿Por qué tenía tanta prisa justo en ese momento?

—No te sorprendas. No has sido elegida al azar. Todo responde a un plan. El círculo más cercano del señor Franklin realizará una función increíble que nadie ha tenido desde el principio de la humanidad.

—No te entiendo —dijo Marion.

—Me gustaría contarte los detalles, pero el señor Franklin me mataría. Tienes media hora para recoger tus cosas, aunque un buen ciudadano de Utopía no posee nada propio.

Las dos se echaron a reír.

—Eso es cierto —contestó Marion entre nerviosa y emocionada.

Era una de las elegidas. Nunca pensó que llegaría tan alto y aquella idea logró disipar todas las nubes que rondaban su cabeza en la última semana. Al fin y al cabo, se dijo, todos los procesos de cambio exigen sacrificios. Desde la Revolución francesa a la rusa, el ser humano únicamente ha avanzado a fuerza de sacrificios, dolor y esperanza.

15

Proximidades de White Haven, Montana

Sally Red salió con dificultad del cuarto. Las luces la deslumbraban, había adelgazado mucho y apenas la sostenían las piernas. Dos mujeres la llevaron hasta una habitación preciosa con vistas al lago. Dentro había una gran bañera de color blanco, el agua estaba caliente y la espuma casi se desbordaba por los lados. La ayudaron a introducirse, después la dejaron a solas mientras una suave música inundaba la habitación.

La mujer sintió cómo el agua caliente comenzaba a relajar su cuerpo, aunque seguía en alerta, como si en cualquier momento fueran a atacarla. Media hora más tarde se había quedado profundamente dormida.

—Espero que hayas descansado un poco —dijo la voz de una mujer mientras le acercaba una toalla blanca.

Sally salió de la bañera y Anna White, la presidenta del Consejo de la ciudad se quedó mirando su cuerpo casi perfecto, un poco delgado por las sesiones de los últimos días y con algunos moratones.

—¿Qué ha pasado?

La mente de Sally parecía casi un papel en blanco, un lienzo en el que podía dibujar un cuadro completamente nuevo.

—Has estado muy mal, pero ya te encuentras mejor. Este es uno de los refugios de los ciudadanos de Utopía, un lugar de reposo.

—¿Estoy en Utopía?

En los últimos días, además de anular su voluntad le habían metido en el cerebro nuevos recuerdos o resaltado los que a ellos les convenían. Una de las últimas y magistrales ideas de Anna había sido convencer a Sally de que era Amanda, su hermana; de hecho incluso le habían teñido el pelo para que se pareciera a ella. Anna estaba segura de que el cambio le encantaría al señor Franklin.

Sally se sentó en una silla y Anna le comenzó a cepillar el pelo.

—El señor Franklin te ha premiado con introducirte de nuevo en el círculo íntimo. Ahora serás de nuevo una de las mujeres más importantes del mundo. Llevamos cientos de años luchando por esto. ¿Lo entiendes?

Sally afirmó con la cabeza.

Anna intentó asegurarse de que la mente de la mujer estaba completamente transformada y le hizo una serie de preguntas. Mientras contestaba, unos electrodos colocados en las sienes comprobaban si estaba diciendo la verdad. En recientes estudios de la Universidad de Harvard se había observado que cuando los individuos mentían se activaban. Para que el mentiroso pudiera recordar su

engaño y no cometer errores se debían activar antes el lóbulo temporal y el lóbulo frontal. Los científicos habían comprobado que, a medida que un individuo mentía, su masa gris se reducía en un 14 por ciento y la blanca aumentaba en un 22 por ciento, pero esos experimentos únicamente servían para identificar mentirosos patológicos.

En los casos de mentiras sencillas, era más fácil comprobar el sistema BAS o Behavioral Activation System.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Anna.

La mujer contestó mientras se observaba en el espejo:

—Amanda Red.

—¿Cuándo entraste en Utopía?

—Fui reclutada por el señor Franklin al principio, mucho antes de que llegáramos a la isla.

—¿Qué pasó en Nueva York? ¿Por qué estás aquí?

—Ataqué al señor Franklin. Sabía que sus heridas lo harían más fuerte y que la humanidad lo aceptaría como salvador.

—¿Ahora qué vas a hacer?

—Convertirme en una de las doce y promover la llegada de su reino.

Incluso Anna sintió un escalofrío al escuchar a la mujer. Llevaba mucho tiempo esperando ese momento, cuando la humanidad se libraría por fin de las cadenas de opresión de las religiones, especialmente del cristianismo, que había convertido al ser humano en algo mediocre e inservible. Por su culpa, se había producido la superpoblación, la supervivencia de gente que no merecía vivir, que por selección natural debía estar muerta. La compasión, la misericordia y el perdón eran los tres signos de debilidad que Thomas Franklin cambiaría por inmisericordia, insensibilidad y venganza.

16

Nueva York City

El reverendo nunca había sentido antes aquella sensación. Tenía un sudor frío que le cubría el rostro y tiritaba. Y a la vez le abrasaban las manos. Durante un breve instante pensó que se caería redondo y perdería el sentido, pero su cuerpo logró sobreponerse y la adrenalina fluyó de nuevo por sus venas con más fuerza que nunca.

—Clark Kelly. No pensé que te atrevieras a tanto. Cuando nos conocimos en el seminario hace más de veinticinco años eras débil de cuerpo y de espíritu, un estudiante mediocre y, por lo que sé, un pastor de almas también mediocres. A tu iglesia apenas asisten los domingos medio centenar de personas, la mayoría ancianos con un pie en la tumba. Una vida mediocre para un hombre mediocre.

El reverendo sintió cada uno de aquellos golpes, pero no lograron noquearlo. En el fondo sabía que muchas de aquellas cosas eran ciertas.

—Sin esposa, sin familia que te aguante, débil, dubitativo. Incluso estuviste un largo periodo de baja por depresión, aunque lo que realmente te sucedía era que estabas atravesando una crisis de fe.

Clark Kelly apretó los puños. Aquel hombre de cuerpo flácido y blanquecino, de ojos saltones y completamente calvo lucía en el pecho un gran crucifijo de oro, en las manos varios anillos con piedras preciosas y aún conservaba algo de la sombra que había sido su atractivo personal.

—Por no hablar de tu debilidad por el alcohol, que aunque has superado, un alcohólico es siempre un alcohólico.

El reverendo se preguntó cómo aquel hombre sabía tanto sobre su vida. Llevaban años sin verse, no habían mantenido el contacto, era como si llevara siguiendo su trayectoria desde que se habían separado en el seminario.

—Pero a pesar de todo eso estás aquí.

El obispo salió del agua y se colocó un albornoz. Después se acercó a una mesa cercana con fruta y comenzó a comer mientras se sentaba.

—Aquí estoy —dijo Clark mostrando un valor del que hacía un momento dudaba por completo.

—Un pastor de barrio frente a un obispo de éxito —dijo el obispo con ironía—. ¿Qué crees que has venido a hacer? ¿Por qué llevas un arma?

Las pulsaciones del reverendo se aceleraron de repente. Parecía como si el obispo Marcus pudiera leerle la mente.

—Creo que eres tú el que tiene las respuestas a mis preguntas —dijo Clark.

Marcus levantó la ceja e hizo un gesto para que se sentase.

—Será mejor que tomes asiento. Hay muchas cosas que no entiendes, demasiadas, y, aunque no te veo como un obstáculo, ¿acaso un ratón puede luchar contra un elefante? Soy consciente de que las cosas allí arriba —dijo mientras señalaba el cielo oscuro de la noche— tienen otros paradigmas distintos.

—Sin duda —dijo Clark mientras se sentaba y empezaba recuperar el aliento, aunque sentía una opresión en el pecho que no podía explicar.

—Al Ángel de Luz le gusta pasar desapercibido —siguió diciendo el obispo—. Siempre ha sido su estrategia favorita y casi lo ha logrado durante la mayor parte del tiempo. Tras la Reforma tanto en el campo católico como protestante, comenzó a verse al Diablo como algo difuso, casi simbólico. Para la filosofía occidental comenzó a ser irrelevante. De hecho, el mal comenzó a verse como una simple enfermedad, una especie de desviación. El primero que sacó a Satanás de su anonimato fue John Milton en su magistral obra *El Paraíso Perdido* y, aunque su intención era mostrarnos la obra del Diablo en el mundo, en el fondo lo presentó como una víctima de su propio orgullo y lo humanizó tanto que terminó por convertirlo en casi un héroe y un rebelde que lucha contra un Dios tiránico. A partir de ese momento, algunos ilustrados comenzaron a ver a Satanás como un aliado de la humanidad más que como su enemigo. Tanto el uno como los otros habían sido rechazados por Dios y degradados hasta su expresión paupérrima. El anarquista y filósofo William Godwin lo incluyó en su obra *Investigación sobre la justicia política,* que pretendía definir como primer tirano a Dios y que el deseo de emancipación del ser humano se tradujera a una total independencia de las instituciones opresoras creadas por Este y por los hombres. Godwin influyó en muchos poetas románticos y su mensaje se extendió con rapidez.

Clark observaba al obispo casi absorto, sin poder entender cómo había llegado a esas conclusiones tan alejadas de sus principios religiosos.

—El lavado de imagen de Satanás siguió funcionando —continuó el obispo Marcus—. Durante el siglo XIX se construyó un personaje literario algo frívolo e irónico, pero se le mostró como un aliado de la humanidad, a la que pretendía liberar. Lord Byron, Percy Bysshe Shelley, Victor Hugo o Alfred de Vigny cambiaron las tornas de lo que había enseñado el cristianismo y la mayoría de las religiones del mundo. Shelley elogió a la serpiente como una fuerza para el bien. Byron reinterpretó la historia de Caín y Abel, dando la razón al hermano homicida. Las revoluciones del siglo XVIII lo resaltaron como figura rebelde, en contra del poder establecido. Hasta el revolucionario Pierre-Joseph Proudhon adoptó a Satanás como el

símbolo de la libertad. Al final a Satanás se le vio como un garante de la libertad y hasta en la Unión Soviética fue representado como un símbolo de la libertad y la igualdad.

—¿Formas parte de la Iglesia de Satán? —le preguntó directamente Clark Kelly.

El obispo soltó una carcajada.

—Esos son unos pobres ilusos. En el fondo no hay nada más patético que la Iglesia de Satán. A mí me fascinó el pensamiento de Stanislaw Przbyszewski, Eliphas Levi o el de Carl William Hansen, pero lo importante es que todo lo que has aprendido hasta ahora es un error. Satanás no es un ente, un ser del más allá, es una filosofía una forma de ver el mundo, libre de la moral judeocristiana.

—Entonces, ¿por eso apoya a Thomas Franklin?

—Thomas Franklin es un hombre inspirador, aire nuevo en un mundo alejado del camino. No creo que Satanás sea una figura, un ser real. En el fondo es una idea, la inspiración para un espíritu de liberación que haga que todos trascendamos, superando los principios morales. La actuación del Templo Satánico que actúa de Salem en Massachusetts e intenta sacar a la religión del Estado y fomenta la justicia social, el igualitarismo y la empatía entre todas las personas o el luciferianismo.

—¿Por eso has asesinado a Charles Graham?

—Yo no he matado a nadie. No me he movido de la ciudad —comentó sonriente el obispo.

—Claro que los has hecho, o has enviado a alguien para que lo hiciera.

—Eso es imposible, viejo amigo.

—¿Por qué es imposible?

El obispo se quedó en silencio unos instantes, después lo miró fijamente a los ojos y le dijo:

—¿Porque quien ha matado al viejo profesor has sido tú? Espero que eso responda a tu pregunta. La persona que se quedó aquella noche con él fuiste tú: una persona enferma, obsesionada con todos estos temas. Estoy seguro de que incluso sentiste una presencia misteriosa. Estás enfermo y deberías entrar en un psiquiátrico y recibir un tratamiento.

—Yo no he matado a nadie —contestó indignado el reverendo.

—¿Estás seguro? ¿Qué recuerdas realmente de aquella noche? Todo es confuso, ¿verdad?

Clark notó un escalofrío que le recorría la espala. ¿Qué pasaría si Marcus estuviera en lo cierto? ¿Era capaz de matar sin que su mente consciente lo supiera?

—Tienes dos opciones —dijo finalmente el obispo—. Puedes dejar que llame a la policía y marcharte tranquilamente con ellos, o te

lanzas tú mismo desde este edificio y terminas con todo.

17

Proximidades de White Haven, Montana

Anna preparó a Sally con esmero. Era su mejor creación, la demostración palpable de que se podía reeducar a una persona desde cero y conseguir que cambiase su personalidad, carácter y forma de pensar. Aquel experimento era revolucionario: era factible cambiar la mente de delincuentes, fanáticos religiosos, sediciosos y todo tipo de personas.

Llevaron a Sally Red al salón y a los pocos minutos le trajeron a Philip. Ambos se observaron sin reconocerse.

—Quiero presentaros. Esta es Amanda Red y él es Philip.

—Encantada —dijo Sally dándole la mano.

—Lo mismo digo —comentó él.

—En un rato tomaréis un avión hasta Nueva York. Allí os espera Aiko Satô. Él os llevará hasta e edificio que Utopía tiene en la gran manzana; muchos lo llaman el antiguo AT&T Long Lines Building. Allí os dirá cuál va a ser vuestro nuevo puesto en la familia. Estáis preparados para regresar a casa. Dejadme que os diga lo orgullosa que me siento de vosotros.

Anna les dio un abrazo y ellos le correspondieron con una sonrisa.

—En unos minutos un helicóptero os acercará al aeropuerto de Helena, para que toméis el próximo vuelo comercial hasta Nueva York.

Los dos fueron a recoger su equipaje, dos maletas exactamente iguales, metálicas de color plateado. Después se pusieron el traje característico de Utopía, algo que comenzaba a verse cada vez más en muchos países de Europa y América. Cada semana más de medio millón de personas en todo el mundo ingresaba en lo que desde la organización denominaban la JCMU Juventud Con una Misión Utópica. No se aceptaba a todo el mundo. Los candidatos debían cumplir cuatro requisitos. Ser menores de treinta años y mayores de dieciséis, estar completamente sanos, tener un coeficiente intelectual elevado y renunciar a sus relaciones familiares por la causa. Cada día se rechazaban miles de solicitudes, pero los que eran aceptados ingresaban en las cien escuelas repartidas por todo el globo terráqueo. Allí aprendían sobre ecología, veganismo, pero también sobre los cuatro ideales de Utopía: un mundo sostenible, un mundo sin violencia, un mundo sin pobreza y un mundo sin diferencias sociales, religiosas o políticas.

Un todoterreno los llevó hasta el helipuerto y dos horas más tarde se encontraban en el Aeropuerto Internacional de Helena. Los dos hombres que los habían acompañado hasta allí les proporcionaron los

pasaportes, les implantaron sus chips de pago, cuyo uso estaba cada vez más generalizado, y en los que también se encontraban sus tarjetas de embarque.

—Que tengáis buen vuelo.

En cuanto los dos se quedaron a solas, entraron en la terminal y buscaron su puerta de embarque. Algunos de los pasajeros de otros vuelos se les quedaron mirando. En Montana no era todavía tan normal ver a gente de Utopía, pero parecían no ser conscientes de la expectación que levantaban entre la buena gente del Estado del «último mejor lugar».

Subieron al avión media hora más tarde, se sentaron uno al lado del otro sin mediar palabra, como dos completos desconocidos. Miraron los monitores virtuales de sus asientos, cada uno metido en su pequeño mundo, el marcado por Anna White y sus experimentos de control mental. Parecían ausentes, casi felices, como si además de extirparles sus pensamientos, les hubieran quitado también el alma.

Sally miró las noticias, la desolación de países como China, Rusia, Irán o Corea del Norte, cómo todos habían pedido de modo urgente unirse al resto de naciones para que Thomas Franklin las rigiera. Utopía había dejado de ser un pequeño experimento en un lugar apartado del mundo, para convertirse en el comienzo de una nueva era para humanidad. Pero a pesar de los mensajes positivos de las noticias, de los eslóganes y la propaganda, una lágrima se escapó del ojo de Sally. Ella se la quitó con el dedo y la observó unos segundos, como si no entendiese bien lo que sucedía. Después apagó el monitor y cayó en un profundo sueño.

18

Nueva York City, AT&T Long Lines Building

Marion Fauci había estado un par de veces en la ciudad, aunque apenas se acordaba de ella. La primera con sus padres, cuando aún estaban juntos; sin duda había sido uno de los días más felices de su vida. No entendía cómo los edificios parecían no tener fin; llegaban hasta el cielo, intentando de alguna manera alcanzar a los dioses. Su historia siempre le recordaba a la que había escuchado una vez en la iglesia, cuando su profesora le había narrado la historia de la Torre de Babel: aquellos hombres malvados que habían construido la torre más alta del mundo para arrebatarle su poder a Dios.

La narración de la Torre de Babel no dejaba de ser curiosa. Sin duda era la explicación antigua de por qué había tantos idiomas distintos en el mundo. Esta historia, como la del Diluvio Universal, no era exclusiva del pueblo judío. Ya los sumerios y asirios habían narrado la historia de Enmerka y el Señor de Aratta, pero de manera inversa, cuando Enmerka pidió a los dioses que todos vuelvan a hablar un solo idioma. Los romanos y griegos también tenían el mito de la Gigantomaquia, la batalla entre los gigantes y los dioses por el dominio del cosmos. Ovidio relata en sus *Metamorfosis* cómo los gigantes apilaron rocas, para construir una montaña que llegase hasta los dioses y destruirlos. Los toltecas, los pueblos de Arizona y los cherokee tenían leyendas similares. Aunque a Marion la que más le gustaba era la de la Torre de Babel.

Había estudiado durante un curso el origen común de todos los idiomas de la tierra; de hecho, ella dominaba cinco. El origen filiogenético de las lenguas humanas. Durante el siglo XIX se había estudiado con ahínco el origen común de todos los idiomas, pero al existir varias teorías, los especialistas no dejaban de discutir entre ellos. El ser humano lleva mucho tiempo buscando su protolengua, el origen común de las cinco mil que se hablan a lo largo y ancho del mundo. Algunos expertos hablaban de la monogénesis como la teoría más fiable, que venía a decir que todos los idiomas nacían de un tronco común y que la geografía, la cultura y las diferencias sociales los habían ido transformando. Y por otro lado está la poligénesis, que afirmaba que en varios sitios distintos y de forma simultánea habían surgido diferentes lenguas.

Todas aquellas ideas parecían surgir de un momento de su vida borroso, que ya no existía. Ahora era un miembro más de Utopía, y no cualquier miembro.

Lucía Sandoval y ella se apearon del taxi eléctrico sin conductor y ambas miraron hacia el misterioso edificio. Aquella mole de 100

metros y 29 plantas era muy fea. Era el ejemplo extremo de la arquitectura brutalista que había surgido en los setenta. Se había construido para alojar computadoras de las AT&T y equipos de comunicación telefónica. En aquel momento era una de las nuevas propiedades de Utopía y donde Thomas Franklin estaba instalando su programa Tántalo, para provocar el Gran Reinicio.

Las dos mujeres entraron en el edificio, subieron por el ascensor hasta la última planta. Allí se alojaban los doce miembros del círculo íntimo de Thomas Franklin: cada una en uno de los doce apartamentos que daban al apartamento central en el que dormía su líder.

Tras asearse un poco y tomar una frugal comida, Lucía llevó a Marion hasta lo que llamaban el «salón de mandos», desde donde Franklin dirigía su vasto imperio. En cuanto entraron, a Marion le llamó mucho la atención la decoración. Las paredes estaban tapizadas de rojo, con una tela que parecía terciopelo. Había una gran mesa redonda en el centro de la estancia. Era de piedra, hecha de una sola pieza. En cada uno de los asientos había símbolos extraños que ella no logró identificar.

—Esta es la sala del Gran Reseteo o Reinicio —anunció Lucía a la joven.

—Es impresionante —comentó Marion mientras tocaba la piedra fría.

—Esto representa al mundo y los doce meses. Sabes que nuestro calendario es lunar y proviene de los romanos. Lo creó, según la leyenda, Rómulo, uno de los fundadores de la ciudad de Roma, pero su sucesor sumó dos meses a los diez que había asignado Rómulo. Si lo piensas bien, desde septiembre simplemente se numeran los meses, septiembre séptimo, octubre es octavo. Se les puso a algunos de los meses 29 días y a otros 31, ya que los romanos, como supersticiosos que eran, creían que los números pares daba mala suerte.

Marion afirmó con la cabeza. Después observó la gigantesca pantalla que había justo enfrente; en ella se proyectaba el planeta tierra visto desde un satélite.

Las dos mujeres estaban tan concentradas observándolo, que ambas se sobresaltaron al ver a su lado a Thomas Franklin. A pesar de que ambas lo conocían bien y Lucía había pasado largas temporadas en la sede, siempre se sentían nerviosas en su presencia.

—Habéis llegado justo a tiempo. Gracias por tu trabajo en Washington —dijo a Marion mientras la agarraba de las manos; después le dio un beso en la frente.

—Es un honor para mí trabajar para Utopía—respondió nerviosa la joven.

—Creo que aquí también harás una labor encomiable. Has demostrado ser inteligente, capaz, resolutiva y constante, cualidades

que son muy difíciles de encontrar en tu generación. Además, no creas que no estoy al tanto de tus dudas, de tus momentos de confusión. La gente inteligente siempre lo cuestiona todo. Si no fuera así, no me fiaría de ti.

Marion sintió cómo se ruborizaba. Después, su semblante triste delató que se sentía muy mal por haber dudado de Thomas Franklin.

—¿Has visto esto? En unos días estaremos preparados. El Plan Reyezuelos ha sido todo un éxito. Ahora mismo, el único estado que no está en el programa es Israel, pero para el «Pueblo Elegido» tengo mi propia versión avanzada del Gran Reinicio.

Thomas Franklin se sentó y la gran pantalla se transformó en una calle bulliciosa del centro de Manhattan.

—¿Ves esto? Es en tiempo real, una calle de Nueva York. La gente anda sin rumbo, de forma caótica, para alimentar sus pequeños egos. En el camino de sus mediocres vidas, durante sus setenta u ochenta años de existencia habrán arrasado bosques tropicales, generado la quema de carburantes fósiles y la contaminación y desperdicio de cientos de miles de litros de agua. ¿Son malos y perversos? No, la maldad requiere de un tipo de astucia de la que ellos carecen. Ahora estamos inmersos en la Cuarta Revolución industrial, aunque nadie hable de ello. La Pandemia que sufrió la humanidad, los grandes desastres naturales y la destrucción de miles de hábitat puede frenarse, pero necesitamos antes el Gran Reinicio.

—¿El Gran Reinicio? ¿Por qué llamarlo de esa forma? —preguntó Marion, que parecía impaciente por escuchar la explicación de su líder.

El hombre sonrió por la pasión de su acólita y la pantalla cambió de nuevo.

En el Foro Económico Mundial en el año de la Pandemia, el director del WEF, Klaus Schwab, un viejo colega mío, comentó que ahora tocaba reconstruir el mundo de forma diferente. Que la humanidad se merecía un mundo más equitativo, sostenible y resilente. La ONU propuso lo que denominó los Objetivos de Desarrollo Sostenible o ODS, una lucha contra el cambio climático, la desigualdad y la pobreza para la próxima década. Incluso se habló de reconstruir el contrato social, tal como lo definió Jean-Jacques Rousseau en el siglo XVIII. Siempre me ha gustado una de las primeras frases de su libro: «El hombre ha nacido libre y, sin embargo, por todas partes se encuentra encadenado». Aunque los malditos periodistas de *Forbes* comentaron que todo lo del Gran Reseteo era una forma de que las élites ricas salvaran sus conciencias con esfuerzos falsos, que las hagan más ricas y poderosas. Por eso odio la prensa —comentó Thomas Franklin alterándose un poco.

—Lo entiendo —asintió Marion.

—Los políticos y los millonarios —continuó Franklin— no tenían la fuerza para iniciar de nuevo el mundo, pero nosotros sí la tenemos.

El líder de Utopía pulsó un botón en el panel de la mesa y apareció el logo de Tántalo.

—Nuestro programa está casi a punto. Todo se gestionará a través de él. El consumo de energía, el flujo de dinero, el reparto de recursos. El programa analizará los excedentes de población, terminará de una forma eutanásica con los seres humanos inferiores o enfermos, los ancianos y aquellos que sean abiertamente antisociales. En menos de tres años el mundo habrá cambiado por completo.

—¿En qué sentido? —quiso saber la joven.

—Hay una frase que me fascina de Goethe y su *Fausto,* cuando Dios le dice a Mefistófeles:

«Podrás actuar con toda libertad. Nunca he odiado a tus semejantes. De todos los espíritus que niegan, el pícaro es el que menos me desagrada. El hombre es demasiado propenso a adormecerse; se entrega pronto a un descanso sin estorbos; por eso es bueno darle un compañero que lo estimule, lo active y desempeñe el papel de su demonio. Pero vosotros, auténticos hijos de Dios, disfrutad de la viviente y rica belleza. Que lo cambiante, lo que siempre actúa y está vivo, os encierre en los suaves confines del amor, y fijad en ideas eternas lo que flota en oscilantes apariencias».

No haya nada más asombroso que el ser humano —terminó diciendo Thomas Franklin—. ¿Verdad? Capaz de tanta grandeza y tanta miseria al mismo tiempo.

2ª PARTE: FALSO PROFETA

19

El Vaticano, Roma, Italia

El Santo Padre estaba contemplando el jardín desde su ventana cuando su secretario, George Gänswein, se aproximó por la espalda y le puso la mano en el hombro. El Sumo Pontífice había llegado veinte años antes para reformar por completo a la Iglesia, pero se había quedado a medio camino. Era un hombre sencillo, aunque extremadamente inteligente, criado en uno de los seminarios más importantes de Brasil.

—¿Cómo van las noticias? —preguntó el papa.

—Las cosas se han calmado, pero han muerto muchos. Se cuentan por cientos de miles.

—Lo lamento. Escribiré una encíclica para condenar los métodos de ese nuevo…

—¿Mesías? —apuntó el secretario.

—¡Dios Santo, no! Anticristo en todo caso. ¿Consultaste a los teólogos sobre lo que dicen las Escrituras acerca del blasfemo?

El secretario dejó el informe encima de la mesita donde estaba la taza de café vacía. El sello vaticano ocupaba la gran portada blanca y al lado la marca de «Alto Secreto».

—¿Cree que podremos hacer algo? —preguntó el secretario—. Al final sucederá como con Hitler; esos reyezuelos de la chusma igual que vienen se van, pero la Iglesia permanece para siempre.

—Querido George, eso es cierto, pero el mundo tuvo que padecer una de las épocas más duras de su historia con más de 50 millones de muertos.

El atractivo secretario frunció el ceño y miró al papa. Su rostro mulato había dejado hacía mucho tiempo la juventud; ahora parecía una pasa arrugada y su pelo blanco contrastaba con la piel morena.

—La Curia aconseja… —empezó a decir.

—¿La Curia? —lo interrumpió el Santo Padre—. El papa es el que decide. ¡A ver si ahora esto va a ser una democracia!

El secretario inclinó la cabeza y se retiró. Se dirigió a su despacho, pero antes pasó por el despacho del cardenal Antonetti. Llamó y entró sin esperar respuesta.

—Pasa, George, estaba tomando un poco de chocolate con churros, ese maravilloso invento español. Me los hace un español que tiene una cafetería en Roma.

—El papa está dispuesto a hacer una encíclica —dijo el secretario.

—¿Qué? —preguntó el cardenal, tenía noventa años y había visto demasiadas cosas, pero aquel papa brasileño era lo último que le quedaba por ver.

Había cerrado el Banco del Vaticano, vendido muchas posesiones para ayudar a los pobres, apartado de sus puestos a decenas de obispos y arzobispos por falta de transparencia, corrupción y casos de escándalo sexual.

—Thomas Franklin nos aplastará como a una mosca —dijo el cardenal Antonetti—. El papa nos quitó el poder económico, después la influencia política y ahora nos arroja a los leones. Es un suicidio, estamos arruinados, dentro de poco tendremos que vender las obras de arte del Vaticano y cerrar decenas de catedrales.

El secretario sonrió, como si se le estuviera ocurriendo una maldad, aunque llevaba mucho tiempo planeando con otros aquel momento.

—El papa se encuentra muy enfermo —dijo el secretario—. No creo que llegue al próximo invierno.

—Demasiado tarde —respondió el cardenal—. La toma de posesión del cargo de Franklin es inminente, además de que ha prometido que promoverá la creación de una religión universal, una mezcla inaceptable.

—A no ser… —empezó a decir el secretario.

—¿A no ser qué? —preguntó el cardenal nervioso.

—Que el papa sea depuesto y pongamos en su lugar a alguien más razonable.

El cardenal frunció el ceño. La última vez que dos papas ostentaron el cargo a la vez las cosas no terminaron bien.

—No podemos deponer a un papa. No, al menos que cometa un pecado muy grande. Y el Sumo Pontífice ya no tiene edad ni de pecar. Le sucede como a mí.

—Entonces tendrá que morir —dijo el secretario.

La primera reacción del cardenal fue de horror e incredulidad, pero en seguida cambió de actitud.

—Tendría que parecer un accidente y asegurarnos de que salga el candidato adecuado —empezó a elucubrar el cardenal—. El hombre que lleve a la Iglesia hacia el nuevo rumbo.

—Ese hombre —dijo el secretario del papa— es el cardenal más joven del mundo, John Trudeau.

El cardenal no parecía del todo convencido.

—Ese hombre es un extremista, un iluminado. No creo que pueda llegar a un acuerdo con Thomas Franklin.

El secretario parecía cansado de tratar con aquellos viejos carcamales, pero cuando Trudeau llegara al poder todo eso cambiaría. Se desharía de toda aquella camarilla de curas de pueblo venidos a más.

—Pero ¿qué dirá Pedro de Roma? Él está aconsejando al papa en la actualidad y todas las profecías que ha pronunciado se han cumplido.

—No se preocupe, eminencia —respondió el secretario—, de él

también nos ocuparemos a su debido tiempo. A los ortodoxos les gusta, porque parece espiritual. A los liberales, por sus mensajes a favor de los derechos de las minorías y su posición hacia las mujeres. Es ecuménico y el portavoz de su país en el diálogo interreligioso.

El cardenal se tocó el mentón completamente afeitado y después mirando a través de sus lentes redondas dijo al secretario:

—Creo que podría conseguir la mayoría de los votos, pero no quiero saber qué hará con ese pobre diablo. Es un cáncer para la Iglesia, pero también un compañero. Mi generación está a punto de desaparecer, es la hora de que cedamos el testigo a la suya, pero no para que cierren el chiringuito y apaguen las luces, como dicen en España.

—No vamos a cerrar nada, únicamente vamos a expandir el negocio. Os lo aseguro —comentó el secretario del papa, mientras pensaba en lo que significaría convertirse en el cardenal más importante de la Curia cuando se cumplieran sus planes.

20

Nueva York City

Aiko Satô los esperaba en la terminal del Aeropuerto JKF. Philip y Sally salieron de los primeros. Ya que llevaban equipaje de mano y, en cuanto vieron a un japonés vestido con un uniforme de Utopía, no dudaron que sería él. En Nueva York era mucho más habitual ver a miembros de Utopía por todas partes; todos ellos jóvenes y atractivos, sonrientes y con la sonrisa siempre inquietante de los adeptos fanáticos.

—¿Han disfrutado del viaje?

Los dos afirmaron con la cabeza como autómatas y lo siguieron hasta el aparcamiento subterráneo y entraron en el coche eléctrico sin rechistar.

—Bienvenidos a Nueva York. Imagino que han estado antes en la ciudad.

Las imágenes de Sally, mientras contemplaba primero la autopista y después las calles de la ciudad, eran confusas, como si estuviera rebobinando en su mente una cinta de viaje de VHS.

—Yo llevo en este puesto tres meses y ha sido emocionante —le explicó Aiko—. Al principio los neoyorquinos reaccionaron muy mal ante la llegada masiva de habitantes de Utopía, pero ahora se cuentan por decenas de miles los que se han unido a nuestra causa. Una de las academias para nuevos seguidores está justo al sur de Manhattan. Espero que puedan ir a visitarla; es digno de ver lo que están haciendo allí.

El coche se paró enfrente de la entrada del aparcamiento del gran rascacielos y, cuando el japonés aparcó meticulosamente en su plaza y puso el vehículo a cargar, subieron por uno de los ascensores.

—Philip se quedará en la planta 15, pero Amanda se alojará en la VIP, en la planta 29, junto al señor Franklin. A pesar del lujo, todos comemos juntos en la planta décima. Y en la quinta se encuentran el gimnasio y las piscinas. El resto de las plantas está ocupado por los servidores y gigantescos ordenadores de Utopía.

Al llegar a la planta 15, Philip se bajó. Continuaron ascendiendo hasta la última y Aiko le cedió el paso a Sally.

—Una integrante de las doce merece todos mis respetos. Es una pena que tengan que ser mujeres, pero lo entiendo.

Sally frunció el ceño, no había comprendido bien qué se refería. La llevó hasta su habitación y después cerró la puerta.

En cuanto la mujer se quedó a solas, dejó la maleta en una silla, la deshizo y colocó sus dos mudas casi iguales: la ropa interior blanca, los zapatos, la ropa de cambio y el neceser. Después se dirigió a la

ducha y dejó que el agua fría le despejara las ideas.

Mientras el agua recorría todo su cuerpo comprobó las heridas y moratones, los arañazos y las marcas de su piel. Cada vez que la llamaban Amanda se ponía nerviosa. Tenía un vago recuerdo de su pasado, casi difuso, una especie de imágenes borrosas e inconexas. Intentaba recordar qué hacía en Montana, qué había pasado en los últimos meses, pero lo único que recodaba con ciertas lagunas era a su hermana. También lograba ver algunas imágenes borrosas de Utopía, imágenes que le hacían sentirse muy nerviosa.

Cerró el grifo y tras secarse salió desnuda hasta la habitación. En aquel maldito edificio no había ventanas, por lo que empezó a sentir claustrofobia, igual que en la habitación de Montana. Aquella maldita habitación sí que estaba grabada en su mente. Entonces miró unos arañazos en la muñeca. Le escocían un poco tras la ducha; se los tocó y se sorprendió al comprobar que tenía una forma. Entonces tomó un bolígrafo y se puso una servilleta encima. Comenzó a pintar y apareció un nombre, el que habían formado las pequeñas cicatrices: Sally.

La mujer se preguntó qué quería decir todo eso. ¿Por qué había escrito el nombre de su hermana? Mejor dicho, ¿por qué se lo había arañado en la mano? Cerró los ojos y recordó el acto en el que se lo estaba haciendo. Después le vino a la mente la sala, la pantalla, las descargas eléctricas, el dolor. Y ese recuerdo la llevó hasta el de una cabaña en Canadá.

—*¿Qué hacía yo en Canadá?* —se preguntó mientras se vestía.

Alguien abrió una puerta que estaba justo al fondo. En cuanto lo vio entrar se le erizó todo el vello del cuerpo.

—Mi diosa, mi reina, Amanda.

La voz suave, melodiosa, como la miel que al entrar en los labios endulza, pero que luego se vuelve pesada en la tripa.

—¿Thomas?

—Veo que aún me reconoces. Nada de esto tiene sentido sin ti. ¿De qué sirve gobernar el mundo sin alguien con quien compartirlo?

—¿Por qué dices eso?

El hombre llevaba la ropa oficial de Utopía, pero con ribetes de oro y una tela especial: un tejido inteligente que se adaptaba a la temperatura.

—Se me olvida que no recuerdas muchas cosas por el accidente.

La mujer frunció el ceño.

—¿Qué accidente?

—El que sufriste aquí, en Nueva York, en la sede de las Naciones Unidas.

A Sally le vino la imagen de ella misma dirigiéndose hacia Thomas.

—Me salvaste la vida, querida. ¿Recuerdas que tu hermana Sally intentó matarme?

—No —contentó asustada. ¿Por qué iba a hacer algo así?

El hombre apoyó sus dos manos sobre los hombros de la mujer.

—Se volvió loca. Ya sabes que mucha gente odia lo que estamos haciendo, aborrece Utopía, pero juntos somos más fuertes.

Thomas Franklin le dio la mano y se dirigieron hasta su habitación. Era completamente redonda, rodeada por trece puertas. Pulsó un botón y apareció una pantalla en la cabecera de la cama. En una gran imagen apareció Utopía.

—Echo de menos nuestra nación. Allí es todo perfecto, hemos creado un mundo ideal. Paseas un rato por las calles de esta ciudad y los zapatos se ensucian con la escoria que hay por todos lados. Ayer mismo, el coche se detuvo por un atasco cerca del puente que lleva a New Jersey y un chico rubio, con cara de querubín, nos pidió dinero para drogarse. Como no se lo dimos se ofreció a prostituirse allí mismo. Un crío de diecisiete años. ¿A esto lo llaman civilización? Nosotros vamos a terminar con la droga, la prostitución, la pobreza, la desigualdad, el racismo. Dentro de tres años el mundo estará irreconocible.

Sally parecía emocionada con sus palabras.

—Aunque antes tengamos que hacer algunos sacrificios.

Aquel comentario la puso más nerviosa. No lograba relajarse en su presencia, como si pudiera percibir de alguna forma su maldad.

—Los próximos días van a ser emocionantes. Lo primero la investidura en Washington, en la gran explanada del Congreso, donde han tomado posesión los presidentes durante décadas.

—Sí, que lo será —contestó la mujer.

—Después la reunión interreligiosa en Jerusalén, donde anunciaré la creación de una sola fe para toda la humanidad. Y por último, lo más emocionante, cuando todo el mundo se conecte a través de nuestro programa. Nadie podrá comprar, vender o negociar sin nuestro permiso. Haremos que el comercio justo y la igualdad económica se extiendan por todo el mundo.

—Un plan magnífico —dijo Sally.

—Más tarde se producirán los traslados y reasentamientos de la población excedente. Pero eso durará poco, en tres años el mundo será de nuevo un lugar seguro y feliz.

Sally miró al hombre, que parecía poseído por sus propias ideas.

—¿Reasentamiento? —preguntó Sally.

—Ya sabes. Habrá que sacrificar a los discapacitados, los criminales, la gente con bajo coeficiente de inteligencia, los enfermos terminales, los enfermos crónicos y todos los que sean una lacra para la sociedad. Entonces, ligeros de equipaje, podremos implantar nuestros programas de inmortalidad, los de rejuvenecimiento de las personas más inteligentes y la robotización de todos los trabajos manuales, que

ahora realiza la gente. En una década espero que lleguemos al equilibrio 2.000.

La mujer no entendía a lo que se refería. Se encontraba realmente conmocionada por sus palabras.

—Sí, querida, llegaremos a la cifra de 2.000 millones de habitantes en la tierra. Son muchos, soy consciente, pero debemos ir poco a poco.

En ese momento las otras once puertas se abrieron. Once bellas mujeres entraron en la sala y las más veteranas tomaron de las manos a las dos nuevas: Marion y Sally

—Ahora disfrutad de vuestro último día de soltería. Mañana será nuestra boda.

En ese mismo momento las dos mujeres se miraron algo sorprendidas.

—Las doce tienen que estar casadas con su maestro —dijo después Thomas Franklin—, es lo que dicen las profecías, pero ellas os lo explicarán. Id, esta noche nos vemos todos en la cena.

Las doce mujeres salieron de la sala y caminaron hasta una sala aún más grande. En ella había una gran piscina de mármol, tumbonas blancas y celosías. Se pusieron unos trajes de baño, todos iguales, de dos piezas y blancos, mientras entraban en el agua templada y comenzaban el ritual de purificación.

21

Nueva York City

El reverendo Clark Kelly se subió, decidido, al borde del precipicio y miró al vacío. De inmediato se sintió atraído por él. Siempre había sentido curiosidad por lo que había al otro lado; ese mundo misterioso que había dado sentido a su vida todos esos años. Se sorprendió a sí mismo llorando. Llevaba mucho tiempo sin poder expresar sus emociones, como si algo se hubiera comido su alma por dentro. De repente, el vacío que lo había acompañado en los últimos años desapareció por completo.

El obispo se puso en pie y se acercó al reverendo. Quería ver cómo se lanzaba al vacío.

—Termina con todo este sufrimiento. ¿De qué sirve tu vida aquí? Eres un mal pastor, un mal hombre, no has servido para ser padre ni esposo.

—Puede que tengas razón —respondió Clark.

—Claro que la tengo. Nadie te conoce mejor que yo.

Cuando el reverendo se giró, observó los ojos del obispo. Parecían igual que antes, pero con un extraño fuego en la mirada.

—¡No tentarás al Señor tu Dios! —gritó Clark—. No me digas que me recogerán ángeles y mis pies no tocarán la tierra.

El obispo pegó un gruñido.

—No eres el Mesías, no tengo que usar contigo los mismos trucos que con Él. No te compararás con él, ¿verdad? El justo, el que vino a morir por la humanidad. Eres patético.

Clark sintió que se balanceaba y estuvo a punto de perder el equilibrio.

—No puedes hacer nada para que se cumplan las profecías —dijo el obispo Marcus—. Es imposible cambiar el destino de la humanidad.

—Eso es mentira —gritó el reverendo—. El único que conoce nuestro destino es Dios. Nos ha hecho libres, podemos elegir, siempre podemos elegir.

El obispo se acercó aún más. Estaba casi al alcance de la mano.

—Lo que no entiendo es por qué has cambiado de bando. Tienes todo esto; también la admiración y la fama, dinero y poder. ¿Qué más te faltaba?

—Thomas Franklin me ha prometido la inmortalidad y, si te soy sincero, no tengo ninguna prisa por reunirme con el Creador. De niño me ingresaron en un seminario menor. Allí me violó un sacerdote, mi tutor. Después mi mundo se redujo a este pequeño juego de ambiciones y vanidad que es la vida. Cuando muera desapareceré por completo, nadie se acordará de mí. Seré como una brizna de hierba

que crece y al poco tiempo muere.

Clark sintió compasión por él. Sabía lo que era sentirse insignificante.

—Entiendo, pero convertirte en un colaborador de…

—Dilo: del Diablo, de Satanás, Belcebú, el Señor de las Moscas. Tiene muchos nombres, pero el verdadero es Ángel de Luz. ¿Por qué tenemos que someternos a un Dios tiránico? Nos puso eternidad en el alma, pero nos obliga a pasar por la muerte. Nos prometió la vida eterna, pero en esta nos envía aflicción y enfermedad, dolor y sufrimiento. No tengo nada que agradecerle a ese Dios. No le pertenezco. ¿Ves esto? —preguntó el obispo mientras señalaba la gran cruz que le colgaba del cuello.

—¡No blasfemes! —le advirtió Clark.

—El Hijo de Dios se sacrificó para nada —continuó el obispo—. La humanidad necesita libertad, esperanza e inmortalidad. El pecado es una liberación de un Dios opresivo y sádico.

Clark se lanzó a por el obispo y los dos comenzaron a forcejear al borde del abismo.

—¿A que es liberadora la rabia y el odio? —le preguntó el obispo sonriente, otra vez con aquella mirada temible.

—No te odio —respondió el reverendo.

—¿No? Yo me acosté con tu mujer cuando aún era tu novia, una vez que vino a buscarte al seminario y no te encontró.

Clark comenzó a resoplar.

—Es mentira, maldito bastardo.

—Puedo notar cómo sube tu ira y tu odio —siguió el obispo—. Ahora sí, sigue alimentándome, por favor. Es tan delicioso.

El reverendo se intentó controlar.

—No pares, es bueno, muy bueno.

Clark pudo notar cómo el mal brotaba como una nube de su pecho y entraba en la del obispo, entonces se asustó y comenzó a orar.

—¡Dios mío, perdóname! Te ruego por Marcus, ten compasión de su alma.

—¡No, maldito! —gritó el obispo—. ¡No pares ahora, casi lo habías conseguido!

—No te odio —dijo el reverendo—. Debería amarte, pero no puedo. Dios es amor, no es odio. El pecado destruye todo lo que toca: la gran mentira de que los siete pecados capitales son las verdaderas bienaventuranzas y de que dejar rienda suelta a nuestros instintos nos libera. Son esas debilidades las que están destruyendo al mundo. La avaricia hace que no nos saciemos de bienes materiales. La mentira destruye las relaciones y permite que los malos medren. La lujuria corrompe el sexo y lo transforma en algo mezquino: en que lo único que importe se utilizar al otro. La envidia es un cáncer que nos

corrompe y destruye todo lo bueno y válido que hay en el mundo. La ira lleva al asesinato e inflama el orgullo, obligándonos a hacer cosas que en el fondo no deseamos. La gula nos hace esclavos de la comida y de nuestras papilas gustativas. La pereza impide que hagamos aquellas cosas que podrían cambiar el mundo y convertirlo en un lugar mejor. Y por último, la soberbia endurece el corazón. Todas ellas son las que han convertido este mundo en un infierno.

—¿Infierno? —dijo el obispo—. Eso está por llegar. Si quieres quedarte y ser testigo de cómo domino el mundo, no seré yo el que te lo impida. Nadie te creerá, como siempre sucede con los mensajeros de Dios. El hombre ama la mentira, no lo olvides, jamás escucha la verdad. La luz le quema los ojos, disfruta más en la oscuridad.

Clark dejó de forcejear. El rostro del obispo brillaba y sus ojos parecían dos llamas de fuego.

—¡Apártate de mí! —gritó Clark.

El reverendo empujó al obispo. Marcus sacudió las manos intentando recuperar el equilibrio, pero no lo logró. Cayó de espaldas al vacío, mientras daba un fuerte alarido. En medio del cielo oscuro de la ciudad y el silencio de la calle, el cuerpo sonó secó, como un melón al caer al suelo.

22

El Vaticano, Roma, Italia

Pablo de Roma dejó su pequeño cuarto en la parte alta de lo que quedaba del monasterio de los franciscanos en Roma. Aquel templo era uno de los más antiguos de la ciudad. De hecho, había pertenecido anteriormente a los benedictinos y se conservaban algunos de los vestigios del templo de Júpiter Capitolino. Los vándalos habían destruido parte del monasterio en el siglo V, pero poco a poco se recuperó y en el siglo X la regla de san Benito se hizo cargo de él. Pablo recorrió el claustro y pensó, mientras lo hacía, que su amado Francisco había recorrido aquel lugar en el siglo XIII, durante su estancia en Roma. Después se fue caminando con su sencillo hábito marrón hasta el Vaticano. Eran unos cuarenta minutos a buen paso, pero él lo prefería a tomar el transporte público, siempre atestado de gente y turistas, o ir en coche oficial.

Llevaba cuatro años en Roma, aunque al principio se había resistido a dejar su monasterio en Jerusalén. Pero el papa necesitaba su ayuda y sabía que el tiempo del fin se acercaba.

Cuando llegó a la ciudad del Vaticano, la Guardia Suiza le permitió el paso. Lo conocían de sobra. El amable fraile siempre se paraba a preguntarles por su familia y cómo se encontraban, pero aquella mañana apenas les dijo un breve «chao» y entró con la cabeza baja y el semblante serio.

Recorrió las dependencias del papa. Después de Francisco, el nuevo pontífice se había instalado de nuevo en las cómodas habitaciones de las que los papas habían disfrutado durante siglos. Era un hombre humilde, pero no frugal.

Llegó al salón justo al lado del apartamento papal y llamó a la puerta. El secretario abrió, salió fuera y la cerró a su espalda.

—¿Cómo se encuentra Su Santidad?

—Igual. Lo lamento Pablo, pero no puede verlo, no recibe a nadie.

—Soy su amigo, no tiene que recibirme, esto es ridículo, llevo dos días sin poder entrar.

—Si no me cree —respondió George Gänswein—, pregunte al médico de Su Santidad y al cardenal Antonetti.

El fraile se tocó la barba negra e hizo un gesto con la cabeza.

—Está bien. Por favor, dígale que estoy rezando para su pronta recuperación.

—Está muy mal —insistió el secretario—. El presidente de la Curia va a convocar al colegio: es mejor que nos preparemos para lo peor.

Pablo de Roma cambió su expresión de preocupación por la de horror.

—No puede morir. No ahora. Además, Dios no me ha dicho nada.

George no pudo evitar poner un gesto jocoso. Le parecían ridículos todos aquellos que pensaban que Dios mismo hablaba con ellos, como si no tuviera otra cosa que hacer.

—Pues lo lamento —dijo el secretario—, a mí tampoco me ha dicho nada.

El fraile se marchó por el largo pasillo, pero en cuanto el secretario entró de nuevo en el despacho, giró y se metió en una habitación, tocó un resorte y se abrió una puerta disimulada. La cruzó y en un minuto estaba en la habitación del papa. Muy pocos conocían los túneles y escaleras secretas de uno de los edificios más misteriosos del mundo.

Avanzó con pasos lentos y se quedó mirando el cuerpo inerte sobre la cama. Parecía más delgado, con una expresión de dolor y el rostro palidecido.

—Abraao —dijo en voz baja llamando al papa por su nombre antes de ascender a su dignidad.

—Madre, ¿estás aquí? —dijo el papa.

—Soy Pablo, tu amigo

El anciano se incorporó un poco y miró al fraile.

—Tienes que sacarme de aquí.

El franciscano lo miró sorprendido.

—¿Por qué? Estáis enfermo, muy enfermo. Tenéis fiebre alta e infección. Se trata de un virus.

—No estoy enfermo: me están matando. Quieren elegir al canadiense. Escuché una conversación entre el presidente de la Curia y mi secretario.

—¿Por qué iban a hacer algo tan horrible? Son siervos de Dios.

El papa abrió los ojos y señaló la mesa de su escritorio. El fraile se acercó y abrió el cajón. Allí había sobres, papel del papa y lo que parecía un pequeño disco de memoria. Lo cogió y se lo acercó al papa.

—Estos son los correos electrónicos de mi secretario. También de Trudeau. Ambos lo han planeado todo: han vendido a la Iglesia de Cristo por treinta monedas de plata.

Pablo lo observaba con asombro.

—Tienes que llevártelo y dárselo al único hombre que puede parar esta locura.

—¿Quién? —preguntó el franciscano.

—Armando Becciu, se encuentra en Aviñón. Él fue el antiguo prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos.

—Pero Becciu ya no es cardenal, no podría suspender un cónclave. Además, qué os sucederá mientras tanto.

—Eso no importa. Mi muerte será la prueba definitiva de su complot. Pero ten cuidado. Ellos intentarán impedírtelo. Te puede ayudar Felice Gallo: es uno de los gendarmes en los que confío. Dale

esta nota, aquí le explico lo que tiene que hacer.

En ese momento la puerta de la estancia comenzó a abrirse y Pablo corrió hacia la puerta oculta. Justo la estaba cerrando cuando el secretario entró.

George Gänswein vio al papa algo fatigado y sintió extrañeza.

—No debería hacer esfuerzos, Santidad. Tiene que recuperarse, el Pueblo de Dios lo necesita.

—Eres un blasfemo —le dijo el papa con la voz quebrada—. Has vendido la casa de Dios. ¡Maldito Judas!

—No se altere —dijo el secretario sentándose en el borde de la cama.

—¿Piensas que te saldrás con la tuya? —lo increpó el papa.

—Lo de Juan Pablo I nunca se llegó a descubrir —le advirtió el secretario.

—Si muero, todo el mundo conocerá vuestros planes.

El secretario se aproximó un poco más.

—¿Qué planes? La fiebre os hace delirar.

—Ese canadiense es el falso profeta y tu su cómplice —siguió diciendo el papa—. El Día del Señor vendrá, nadie podrá evitarlo, pero Thomas Franklin es un genocida peor que Adolf Hitler. ¿Qué precio tiene tu ambición?

El secretario sonrió. Su hermoso rostro comenzaba a ser invadido poco a poco por las arrugas.

—Odio todo esto: la santurronería falsa, la falsa modestia y la hipocresía. Hace mucho tiempo que esto dejó de ser la Iglesia de Cristo. Lo único que vamos a hacer es acelerar un poco las cosas.

—¿Apoyar al Anticristo y nombrar al falso profeta es acelerar las cosas?

El papa comenzó a toser.

—Descanse, se está forzando mucho, necesita reposo. No quiero que muera aún; al menos hasta que lleguen todos los cardenales. No se preocupe, en cuanto muera se elegirá al nuevo pontífice en un tiempo récord. Todos aman al carismático John Trudeau.

—No lo conseguiréis, Dios, Dios…

La tos dejó sin habla al papa.

—¿Dios? ¿Qué Dios es ese, viejo?

—El único Dios verdadero —respondió el papa.

—El hombre es el único Dios verdadero —dijo el secretario—. Todo lo demás son cuentos de viejos.

El papa se quedó sin aliento y el secretario llamó al doctor.

Mientras intentaban reanimar al papa, Pablo de Roma se acercaba al cuartel de los gendarmes del Vaticano para pedir ayuda. Tenía que emprender la misión más importante de su vida y no quería hacerlo solo.

23

New York City

El reverendo Clark Kelly se quedó paralizado unos segundos mientras miraba al vacío. Pensó en lanzarse detrás del obispo, pero no podía hacer eso: Dios estaba guardando su vida con un propósito. Saltó de nuevo al interior de la terraza y corrió hacia las escaleras. Después salió por la puerta principal; pensó que no era buena idea bajar por el ascensor y comenzó a descender por las escaleras. Cuando llegó a la planta baja se encontraba exhausto. Abrió la puerta con cautela y miró: el conserje había salido para ver lo sucedido. Sabía que no tardaría mucho en darse cuenta de que el hombre que había en la acera era el obispo. Por eso corrió y se metió tras el mostrador, entró en la sala de descanso del conserje, después abrió la puerta que daba al callejón y se dirigió a la calle principal. A su derecha, un pequeño grupo de personas rodeaba al cadáver. Se fue en dirección contraria y se dirigió hacia su casa. Estaba agotado, había gastado sus últimas fuerzas en aquella lucha contra el mal. Jamás, en todos sus años de pastor, había sentido una opresión como aquella. Entró en la casa, siempre solitaria y fría, comprobó que no había nadie, y tras subir a la segunda planta se tumbó y se quedó dormido.

Apenas había cerrado los ojos cuando sintió que la habitación temblaba. De repente las paredes desaparecieron y se vio en un lugar extraño y misterioso. Parecía un paisaje nevado, pero sabía que aquella blancura tan intensa no la podía producir la nieve. Comenzó a caminar y sus huellas empezaron a marcarse. Un sendero lo conducía por un camino hasta lo que parecía una ladera. Allí, a unos metros, vio a un hombre anciano; llevaba una vara en la que se apoyaba mientras subía fatigosamente hasta lo que parecía un montículo en el que lo esperaba otro hombre alto, que, a pesar de llevar el pelo blanco, no era un anciano.

El hombre que ascendía, al ver al otro sobre la roca, se puso de rodillas y Clark recordó las palabras del libro de Apocalipsis:

«Yo, Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo.

»Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta, que decía: «Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea.

»Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete

candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro.

»Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas.

»Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza.

»Cuando le vi, caí como muerto a sus pies. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: «No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.

»Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas.

»El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias».[1]

Clark vio después que aquel anciano, que era el apóstol Juan, se abrazó a los pies de Cristo y comenzó a llorar.

—No llores, los tiempos están a punto de cumplirse —dijo el apóstol.

Aquellas palabras parecieron como relámpagos que conmovieron la montaña, y después se abrió como una puerta en cielo.

—Sube y te mostraré todas las cosas que sucederán después de estas.

Juan comenzó a ascender por una escalera de cristal y Clark corrió hacia ellos. Los dos lo observaron. El reverendo se quedó paralizado por el miedo.

—Sube tú también —dijo Jesús mientras extendía su mano.

Caminó por la escalera de cristal. Sintió miedo de despegar sus pies del suelo, pero en cuanto tocó la mano de Cristo desapareció el miedo. Atravesó la puerta y lo vio todo claro por primera vez en su vida.

Al otro lado había una ciudad; no era como ninguna otra que hubiera visto antes. El centro, con un gran templo, le recordaba a Jerusalén, pero fuera los edificios eran de cristal, como los de Dubái, y había un río que rodeaba a la ciudad por completo.

Caminaron hasta la ciudad. Una multitud los saludaba a su paso y se inclinaba ante Cristo. Cuando llegaron a la puerta de la ciudad, que era también de cristal, comenzaron a caminar por calles de oro pulido.

Clark jamás había visto tanta belleza y armonía, limpieza y tranquilidad, a pesar de que por las calles se movían cientos de

personas.

Llegaron a una gran puerta, la del templo. Comenzaron a caminar por el inmenso atrio, tan largo que se perdía la vista, hasta que llegaron a unas escalinatas. Y justo en lo más alto, un trono blanco, impresionante y repleto de piedras preciosas de hermosos colores. El reverendo Clark cayó de rodillas y comenzó a llorar como un niño.

«Entonces, era cierto», se dijo mientras notaba cómo su espíritu parecía flotar en aquel ambiente totalmente inexplicable. Respiró hondo y deseó no volver a despertarse jamás.

24

New York City

Philip durmió un largo rato después del viaje. Se sentía agotado, como si se hubiera pasado todo el largo viaje corriendo. No era la primera vez que notaba cómo las fuerzas le fallaban, a pesar de apenas haber superado los cuarenta años. Su mente permanecía confusa, en medio de una bruma que jamás llegaba a disiparse. Tenía que tantear sus recuerdos y pensamientos, porque la mayor parte del tiempo tenía la mente en blanco y cuando intentaba concentrarse le dolía la cabeza. Aun así, le gustaba estar cerca de Thomas Franklin. Él había sacado su vida de una espiral de autodestrucción que casi lo había llevado a la demencia.

Siempre había tenido un profundo sentimiento de vacío. Se consideraba un existencialista y no comprendía cómo la gente se conformaba con hacer girar la rueda de su vida. En algunas ocasiones había pensado que todos eran como hámsteres encerrados en sus jaulas y dando la vuelta en su rueda sin moverse jamás del sitio.

Philip se fue al baño y se echó agua fría en la cara, pero apenas le hizo efecto. Se miró unos instantes, se peinó el pelo largo y la barba rubia y por un segundo sintió como si un recuerdo intentara atravesar la barrera que había en su mente; fue como un fogonazo que no llegó a prender.

—¡Philip! —escuchó a su espalda y sintió un escalofrío. Podía reconocer esa voz en cualquier lugar del mundo.

—¿Señor Franklin?

Los dos hombres se abrazaron, a pesar de que cuando estaban en Utopía apenas habían manifestado efusivas expresiones de amistad.

—¡Cuánto tiempo! Me alegra verte. Pensé que ya no volveríamos a encontrarnos.

Philip bajó la cabeza como si estuviera recibiendo una reprimenda.

—Tengo grandes planes para ti. Aiko te los explicará en un rato, pero antes será mejor que tomemos una copa. Ya sabes cómo son la mayoría de mis colaboradores: los que no son veganos, son abstemios o antitabaco. Es curioso que esta generación de ateos en el fondo sea mucho más puritana que los padres peregrinos.

Los dos se dirigieron a un salón donde el mobiliario imitaba el estilo de los viejos muebles del siglo XIX. Thomas Franklin abrió una gran bola del mundo y sacó una botella de su mejor burbon.

—Lo tomaremos a tu salud, amigo.

Sirvió dos culitos y ambos bebieron de un trago el amargo néctar. Repitieron la operación un par de veces.

—¿Dónde he estado antes? —preguntó Philip—. No recuerdo nada.

—Bueno, es una larga historia. Estuviste un tiempo confundido, pero lo importante es que como el hijo pródigo has vuelto a casa —comentó Franklin palmeándole un hombro.

Philip agachó de nuevo la cara.

—No te preocupes, Tomás también dudó y luego fue un buen apóstol. La duda forma parte de la vida. Incluso yo, en ciertos momentos, pongo en duda alguna de mis ideas.

En ese instante apareció el japonés, siempre rígido, serio y con la espalda recta como una vela.

—Aiko, es todo tuyo.

El japonés hizo una inclinación de cabeza y se llevó a Philip.

—Bueno —le dijo Aiko—, nuestro líder te ha elegido para una de las misiones más importantes y difíciles de Utopía. Imagino que te han hablado del Gran Reinicio. El mundo ya no puede continuar el mismo camino, pero uno de los mayores impedimentos es la religión. Ni siquiera los poderosos estados comunistas y nazis pudieron terminar con esa lacra. El señor Franklin tiene un plan brillante, pero para eso necesita tu ayuda.

—Me esforzaré al máximo —dijo Philip.

—Muy bien, te enseñaré las fichas de varios personajes que tienes que conocer. Sobre todo, del futuro papa John Trudeau, también del secretario del papa, George Gänswein. El primero es el hombre elegido por la Providencia para unir a todas las religiones en una: él será el profeta que anuncie el advenimiento de Thomas Franklin.

—¿Y el segundo? —preguntó Philip.

—Ah, ese hay que eliminarlo. Es un oportunista y un traidor, no lo olvides. «Roma no paga a traidores».

25

New york City

Muchas veces es mejor dejarse llevar, aunque de alguna forma intuía que ella no era de ese tipo de personas. Mientras las doce se sumergían en la piscina con todos los bañadores iguales, se preguntaba qué hacía allí. Era consciente de que aquel era el deseo de Thomas Franklin y, en cierto sentido, sus deseos eran órdenes para ella. Sally miró a las otras mujeres con una mezcla de curiosidad, temor y celos. ¿Por qué doce mujeres? No entendía nada.

—Hola a todas —empezó a decir Lucía Sandoval poniéndose al frente, mientras las demás la observaban.

—La mayoría de vosotras lleva un tiempo perteneciendo al círculo íntimo del señor Franklin. Otras, como es el caso de Amanda, estuvo en él, pero durante un tiempo se alejó.

Las demás no disimularon en parte sus caras de reproche. Sally agachó la cabeza.

—Aunque lo importante en este momento es que se ha completado el número perfecto. Muchas os preguntaréis por qué doce. No pretendo contaros todas las teorías sobre la magia de los números y la numerología. Desde Tales de Mileto, el primer matemático de la historia, todos los sabios y los filósofos han reconocido que había algo especial detrás de los números. Las doce seguidoras de Thomas Franklin, su círculo personal, tiene la intención de emular, en eso no os voy a engañar, a los doce discípulos de Jesús. Aquel rabí judío pasó de ser un humilde profeta de Galilea a convertirse en uno de los hombres más admirados del mundo. El judío Jesús supo captar la atención de la gente de su tiempo, consiguió que sus seguidores estuvieran dispuestos a morir de las maneras más diversas para predicar su mensaje, por eso el señor Franklin quiere crear un círculo tan fuerte. Seréis las apóstoles que lleven su mensaje al mundo. Os preguntaréis porqué mujeres y no hombres, o un número paritario. Durante milenios, el patriarcado ha gobernado el mundo y ahora es el momento de las mujeres.

Todas comenzaron a gritar emocionadas, aunque las menos entusiastas fueron Sally y Marion, que se sentían como pez fuera del agua.

—Para completar el proceso —continuó Lucía—, esta noche celebraremos la ceremonia de iniciación a Marion y Amanda. Las dos pasarán a formar parte del círculo justo en el momento más importante de nuestra historia.

Marion levantó tímidamente la mano.

—Dime, ¿tienes alguna duda?

—Sí, me gustaría saber en qué consiste la ceremonia —preguntó tímidamente la joven.

—Es muy sencilla. Esta noche, después de este baño de purificación y el rasurado de todo el vello de vuestro cuerpo, el señor Franklin os pondrá esta señal.

Lucía se apartó un poco el bañador y todas pudieron contemplar una quemadura en forma de círculo.

Sally y Marion pusieron cara de dolor.

—No os preocupéis, antes tomaremos todos ayahuasca y os aseguro que no os dolerá.

—¿Ayahuasca? —preguntó Marion—. He escuchado alguna vez hablar de ella, pero no sé qué es exactamente

Lucía volvió a sonreír, parecía estar disfrutando con todo aquello.

—La ayahuasca es una bebida alucinógena, que los indígenas de Perú y otros pueblos de Latinoamérica llevan utilizando durante siglos. Los indios siempre la han utilizado en sus rituales y produce visiones que te ayudan a abrirte a una nueva realidad.

—¿Una nueva realidad? —preguntó Sally.

—Sí, Amanda, justo lo que digo. Imagina lo que puede hacer ese psicofármaco para ayudarnos a entender el todo y a nosotros mismos. Los españoles tras su llegada a América descubrieron que los indios lo tomaban desde hacía mil años. Incluso en la actualidad ha surgido un culto religioso en torno a la ayahuasca.

Las dos nuevas candidatas no parecían entusiasmadas con aquel experimento, pero respiraron hondo y se dejaron llevar por las demás, que parecían absolutamente entusiasmadas.

26

Ciudad del Vaticano, Roma, Italia

Felice Gallo era un hombre de mediana edad, con el pelo completamente gris, cuerpo atlético y grandes ojos azules. Llevaba media vida sirviendo en la gendarmería del Vaticano. De hecho, su padre también había sido gendarme y había llegado al grado de sargento. Cuando vio entrar al fraile Pablo de Roma tan alterado, pensó en lo peor, que el papa había fallecido.

—¿Capitán Gallo? —dijo el fraile

—¿Qué sucede? —se alteró el gendarme—. ¿Está bien Su Santidad?

El fraile tardó en responder a la pregunta; temía más que nunca por la vida del Sumo Pontífice.

—De eso se trata —comentó mientras le daba un papel con la letra del papa.

El oficial estuvo unos segundos leyendo y después lo miró con una mezcla de confusión y angustia.

—No puedo abandonar mi puesto. Además, mi autoridad no existe fuera del Vaticano.

—Debemos ir a Aviñón de inmediato y parar la elección del nuevo papa —dijo el fraile—. Armando Becciu es el hombre más influyente de la Iglesia y el único capaz de poder detener esta locura.

En ese momento llegó al teléfono del gendarme un mensaje:

«Orden de captura del monje Pablo de Roma por intento de asesinato del Sumo Pontífice».

—¡Vámonos de aquí! —exclamó el capitán.

En unos minutos todos los gendarmes estarían buscando al religioso.

Se dirigieron hasta el coche oficial de Felice, un elegante Alfa Romeo descapotable. Abrió el maletero y lo invitó a entrar.

—No podré respirar —dijo el fraile.

—No se preocupe, en cuanto pasemos los controles le abriré.

El hombre se encajó lo mejor que pudo en el exiguo espacio. Después de un par de minutos, el coche se detuvo en el control de policía.

—Capitán, estamos en estado de alarma.

—Lo sé, Marco, pero tengo una misión urgente.

El cabo levantó la mano y uno de los gendarmes retiró la barrera.

—Buen día, capitán.

Salió de la Ciudad del Vaticano a toda velocidad, apretó el acelerador y su deportivo pareció volar sobre las calles empedradas. Quince minutos más tarde paró en un lugar solitario y ayudó al franciscano a salir del maletero. El fraile se tocó los riñones con una expresión de dolor. Se dirigió al asiento del copiloto y tomaron la

autopista hacia Ostia.

—No podemos salir oficialmente del país —dijo el capitán—, pero tengo un amigo que se dedica al contrabando de tabaco, que puede llevarnos en su velero. Desde la llegada de inmigrantes masiva a Italia, las aguas están más vigiladas, pero él sabe evitar los controles. Desde allí nos dirigiremos a Martigues, al norte de Marsella. El trayecto en coche es muy corto hasta Aviñón. Además, conozco a algunos de los miembros de la seguridad privada del palacio papal.

Aviñón había sido durante mucho tiempo la sede oficial de muchos papas y todavía conservaba algunas prerrogativas del gobierno galo, aunque no tenía la autonomía de la Ciudad del Vaticano.

El trayecto hasta Ostia fue tranquilo y sin incidentes. El capitán había llamado a su amigo Marco y este los esperaba en el puerto con el barco a punto. En cuanto llegaron, se dirigieron al barco; según le pareció al religioso, una verdadera tartana. El marinero los escondió en la bodega y partieron rumbo a Francia con la sensación de que los perros de la guerra del secretario papal los seguían muy de cerca.

27

Ciudad del Vaticano, Roma, Italia

Cuando el jefe de la Guardia Suiza aseguró al secretario del papa que Pablo de Roma había escapado, lo primero que se le pasó por la cabeza a George Gänswein fue terminar con la vida del papa, pero prefería ser cauto. En lugar de eso llamó al grupo de operaciones especiales de la Guardia Suiza; entre ellos estaba la soldado Stefania Miller, la primera mujer en entrar en el cuerpo de élite del Vaticano.

Dos hombres y la mujer acudieron de inmediato con su uniforme de campaña hasta el despacho del secretario. Ellos no llevaban el colorido uniforme diseñado en el siglo XVI.

—Señor secretario —dijo la mujer, que parecía la más dura de los tres guardias suizos.

—Tengo un trabajo difícil y discreto para ustedes —dijo George Gänswein—. No deben informar a nadie, ni siquiera a sus superiores. ¿Entendido?

—Sí, señor —contestaron al unísono.

—Deben capturar vivo o muerto al fraile Pablo de Roma. Alguien del Vaticano lo ha ayudado a escapar. Descubran de quién se trata y elimínenlo también.

—Ok. Entonces. ¿Tenemos carta blanca?

—Por supuesto —respondió el secretario.

Los tres guardas salieron del despacho y se dirigieron directamente a la sala de control de vídeo de toda la ciudad. Tenían que ver quién había salido y entrado del Vaticano en las últimas horas.

—Hola, Stefania —dijo el encargado de las cámaras, un hombre grueso y sudoroso que siempre parecía desnudarla con la mirada.

—Paolo, necesito que me saques las imágenes de los coches que han abandonado el Vaticano en las últimas dos horas.

El hombre frunció el ceño. Estaba acostumbrado a comer todo el día y mirar vídeos en su teléfono. No le hacía gracia recopilar la información y pasar al menos una hora revisándola.

—Órdenes de muy arriba —insistió la mujer—. Es muy urgente, te traeré unos donuts la próxima vez que venga.

El hombre tomó las grabaciones de todas las puertas y comenzaron a verlas simultáneamente.

—Hay muchos proveedores, camiones de reparto. Tenemos 805 habitantes censados, pero hay muchos más que pasan unos días en la ciudad. Muchos traen coche y será difícil.

—Quiero que te centres en los coches de los empleados. Me interesa cualquier detalle que llame la atención.

Paolo estuvo un buen rato mirando todos los monitores. De vez en

cuando paraba las imágenes y hacía un comentario sobre la persona. Hasta que llegó a la imagen en la que el capitán Felice Gallo salía con su descapotable.

—¿Por qué te has parado con el coche de Felice? Se ve que está solo —dijo la mujer soldado.

—Sí, pero lo conozco bien y nunca termina su turno antes de la tres de la tarde. Algunos días para por aquí para charlar un rato antes de irse. Será mejor que lo llaméis. Si no os coge el teléfono, habrá que buscarlo.

La mujer pidió el número del capitán, intentó llamarlo un par de veces pero sin conseguir que cogiera el móvil.

—Es muy poco corriente que un gendarme del Vaticano no coja el teléfono —dijo Stefania Miller—. Podría ser nuestro hombre. ¿Puedes pedir a las autoridades de Roma que vigilen el coche y nos indiquen qué ruta tomó?

El hombre frunció el ceño. Eso significaba otra hora al menos de trabajo.

—Está bien, pero quiero seis donuts de diferentes sabores antes de una hora. Estoy muerto de hambre.

La mujer sonrió. Tenía una pequeña cicatriz en la cara de su paso por la academia de reclutamiento de la Guardia Suiza en su país. Después le dio una palmadita en la espalda y le contestó:

—Eso está hecho, Paolo.

28

New York City

Todo estaba preparado para la ceremonia de iniciación. Tras el baño, las mujeres habían ido a sus habitaciones para descansar y antes de las ocho las habían avisado para que se pusieran sus vestidos rojos, de gasa fina, casi transparente, zapatos del mismo color y collares de oro con un diseño modernista, pero que en cierto sentido se asemejaba a una cuerda atada al cuello.

Marion Fauci se observó en el espejo y no le gustó lo que vio. De hecho estuvo a punto de marcharse, dejarlo todo y regresar a casa. No era la primera vez que le asaltaban aquellas dudas, pero jamás había estado tan cerca de tirar la toalla.

Se dirigió al baño, abrió la tapa del retrete y comenzó a vomitar. Se sentía mareada y su mente apenas lograba concentrarse. Pulsó el botón de la cisterna y se sentó en el suelo. Miró a su alrededor y comenzó a llorar. Intentó refrenar las lágrimas, pero apenas pudo. Uno segundos más tarde se miró en el espejo; no podía salir así. Tampoco era admisible no asistir; las peticiones de Thomas Franklin eran órdenes.

Se arregló de nuevo y se dirigió a la cama. Se sentó e intentó pensar en otra cosa, relajarse un poco. Recordó su etapa de estudiante: el chico que le gustaba de su facultad, la vida que se había imaginado para después de graduarse, pero Thomas Franklin cambió todo eso para siempre.

¿Cómo iba a quedarse cruzada de brazos mientras el mundo se destruía? Los glaciales se derretían, el planeta se calentaba a una velocidad increíble, por no hablar de la extinción de decenas de especies, la contaminación o la superpoblación.

La generación de sus padres y abuelos había mirado hacia otro lado y el mundo se encontraba al borde del colapso. Ella no iba a hacer lo mismo.

Escuchó la puerta y se puso rígida. Pensaba que la ceremonia estaba a punto de comenzar, pero era Lucía Sandoval. La mujer llevaba el mismo atuendo que ella, pero su figura era mucho más estilizada y su piel canela brillaba como si fuera bronce pulido.

—¿Cómo estás? —preguntó Lucía—. Ya verás que no es para tanto. Al señor Franklin le gusta meter algo de espectáculo y glamur a sus ceremonias. Ya sabes que el mundo ha perdido su encanto. El ritual tiene su importancia, es como una forma de marcar los tiempos de nuestra vida. Antes la gente se bautizaba, se casaba y recibía la extremaunción; los seres humanos necesitamos ese tipo de cosas.

Marion no contestó, aunque aquellas explicaciones no la convencían

en absoluto. Tenía la sensación de que lo que pretendía Thomas Franklin era tener un harén con doce mujeres, sentirse como un califa y alimentar su ego de macho alfa.

—No creo que nada de esto sea necesario —dijo Marion.

Lucía encogió los hombros y se puso en pie.

—Tenemos que prepararnos para la ceremonia.

Las dos mujeres se dirigieron a la puerta, comenzaron a andar por un pasillo y se dirigieron a donde se encontraba el resto.

—¿Qué implica pertenecer al círculo íntimo? —preguntó Marion.

—Lealtad absoluta, dedicación absoluta y representar a una de las doce gobernadoras que regirán el mundo con el señor Franklin. ¿Qué honor puede haber mayor que este?

Marion seguía sin estar convencida, pero sus pasos la llevaban inexorablemente hasta el salón del trono que se había fabricado su líder. Apenas podía reconocer en él al hombre altruista, sencillo e idealista que había conocido unos años antes. Respiró hondo y entró en la sala para dar el paso más difícil de su vida. Se imaginó cómo habría sido su boda con el chico que le gustaba de la facultad, aunque intentó apartar aquellos pensamientos. En el fondo no le servía de nada torturarse de aquella manera.

29

New York City

Sally se puso la ropa ceremonial y se miró en el espejo con detenimiento. El vestido era sensual, demasiado, ya que apenas escondía las partes de su cuerpo. Después tomó algo de la mesita para calmar los nervios. Se miró de nuevo en el espejo y se preguntó por qué no se sentía bien cuando la llamaban Amanda; era como si no fuera la persona que todos los miembros de Utopía le decían que era. Su encuentro con Thomas Franklin había sido muy confuso, pero le había permitido recuperar algunos recuerdos. Uno de los más claros y realistas era el de la sala de plenarias de la ONU: se veía allí, pero la persona que salvaba a Thomas Franklin no era ella.

Comenzó a sudar y bebió de nuevo agua. Cada vez que su mente lograba recordar algo, notaba cómo el corazón se le aceleraba y comenzaba a temblar.

Buscó por la habitación un ordenador o un teléfono, algo que la ayudase a encontrar información y a conectar con el exterior. En aquel maldito edificio ni siquiera había ventanas. Era como estar de nuevo encerrada en una ratonera.

Se sentó en la silla del escritorio y abrió los cajones. Había papel y lápiz, también una especie de librito titulado *Los doce principios de Utopía y su proyecto para salvar al mundo.* Lo ojeó unos momentos. No se acordaba de haberlo leído nunca, a pesar de ser ella uno de los pesos pesados de la organización.

En el índice se encontraban los doce pasos.

1. Crear un modelo de equilibro ecológico y social en el que el mundo se vea reflejado.

2. Luchar por la mejora del medio ambiente y frenar el deterioro progresivo del planeta.

3. Crear uno nuevo modelo de ciudadano más fluido, donde género, raza, religión o ideología no tengan ningún significado.

4. Fundar una comunidad en la que el individualismo deje de ser el eje de los valores sociales.

5. Terminar con el poder e influencia de la religión.

6. Presionar a los gobiernos para que den un cambio radical en sus políticas sociales y medio ambientales.

7. Convencer a la juventud de la necesidad de un cambio radical.

8. No permitir que la compasión nos haga mantener a seres humanos parasitarios.

9. Desbancar a los gobiernos que no quieran formar parte de nuestro plan universal.

10. Hacernos con el poder mundial para la mejora de la raza

humana.

11. Implantar el sistema de Utopía en todo el mundo.

12. Aplicar nuestras políticas eugenésicas, la eutanasia y aumentar la esperanza de vida de los más útiles y capaces de la sociedad.

Algunas de las propuestas le parecían buenas, pero otras sonaban inquietantes. En ese momento le vino a la cabeza uno de los primeros folletos de Utopía que decía: «El mundo siempre puede ser mucho mejor». En la portada aparecían varios jóvenes atractivos de diferentes razas; parecía más un anuncio de Benetton, con sus campañas de los años noventa y dos mil.

Se preguntó qué sucedería si todo lo que le habían enseñado hasta ese momento fuera mentira; si el mundo que quería construir Utopía fuera de todo menos ese mundo feliz que prometía a todos sus adeptos.

En ese momento una de las doce entró en su habitación, la tomó de la mano y la llevó a la sala ceremonial. Sally la siguió mansamente, aunque en su fuero interno se sentía muy tensa, como si estuvieran a punto de meterla en una sala de operaciones.

30

En medio del Mediterráneo

Aquel barco, tal y como Pedro de Roma había imaginado, no era demasiado veloz. El capitán Felice Gallo miraba el horizonte: el mar se encontraba en relativa calma.

—Gracias por confiar en mí —dijo el fraile.

—No confío en usted, pero al parecer el Santo Padre sí. Mi familia lleva más de diez generaciones sirviendo a los papas, las dos últimas como gendarmes, pero antes como mayordomos, cuidadores de caballos y otros muchos oficios.

—Entonces, sois servidores de la Iglesia desde el…

—Desde el siglo XVII —terminó la frase el capitán—. Hay familias que llevan aún más tiempo que nosotros. Hubo una época en que los Estados Pontificios dominaban el centro de Italia. Fueron el proyecto de Dios para crear un mundo mejor, pero el nacionalismo lo destruyó todo.

El franciscano no estaba demasiado de acuerdo con aquella visión: pensaba que la unión de política y religión siempre había sido nefasta para ambas, sobre todo para la religión.

—El Reino de Dios no es de este mundo —dijo el fraile—. Desde san Agustín han querido aplicar las leyes del Sermón del Monte a un mundo perdido, pero es imposible. Casi diría temerario y absurdo.

—Eso pensaron cuando llegó el Mesías —respondió el gendarme— y hoy lo siguen más de dos mil millones de personas. Dicen que el cristianismo está en crisis, pero la realidad es que sigue creciendo a nivel global. Lo que sucede en Occidente es otro cantar.

Pablo tampoco era muy optimista respecto a aquello. De hecho había recorrido el mundo, lo que le había permitido comprobar que muchos de los creyentes eran puramente nominales.

—El cristianismo siempre ha sido minoritario —dijo el fraile—. Otra cosa es todos los que se han escondido tras la cruz, algunos por interés y otros por miedo.

El capitán, que se había quitado el uniforme y vestía con las ropas algo pequeñas de su amigo el marinero, sonrió. No era un gesto que hiciera con frecuencia, pero aquel pequeño religioso con aire de no haber roto un plato en su vida no entendía en el fondo cómo funcionaba el mundo.

—Usted sabe más que yo de estas cosas —dijo el capitán—, pero el espacio vacío tiende a llenarse de otra cosa. Si Europa está dejando de ser cristiana, aunque lo sea cultural y nominalmente, me inquieta en qué puede convertirse. No me gusta lo que veo ni lo que oigo.

—En cambio a mí me parece bien —repuso el fraile—. Separemos el

trigo de la paja y entonces la Iglesia se dará cuenta de cuál es su verdadera fuerza.

—Llevo desde muy joven en el Vaticano —dijo el capitán—. En época de mi padre y mi abuelo se veían muchas cosas. Siempre ha habido sacerdotes y obispos, incluso cardenales, sin vocación, pero ahora, que supuestamente nadie entra por obligación en la Iglesia, cada vez hay más profesionales de la fe. Por eso tantos escándalos financieros y sexuales. Los príncipes de la Iglesia quieren vivir aquí y ahora, no tienen ningún deseo de ir a su «patria celestial». Las ideas materialistas han entrado en todos lados, también en la Iglesia.

El religioso era consciente de que todo aquello era mucho más complicado que lo que explicaba Felice, pero no le faltaba razón al gendarme.

—¿Sabe por qué estamos aquí?

El capitán dudó antes de responder a la pregunta.

—Soy un soldado y no hago preguntas —dijo finalmente—. Obedezco órdenes.

—Lo entiendo —dijo el fraile—, pero lo cierto es que esta no es una misión cualquiera. Posiblemente sea la más importante de su vida, tal vez la última.

Felice frunció el ceño. No le gustaban las palabras de aquel religioso, estaban consiguiendo ponerlo nervioso.

—¿Sabe qué es el final de los tiempos?

—El Apocalipsis y la última trompeta —contestó el capitán.

—Bueno, es un poco más complejo. ¿Ha leído *El Anticristo* de Nietzsche?

El hombre negó con la cabeza.

—Nietzsche era el hijo de un ministro luterano. Su familia había servido a la religión del Estado durante generaciones. De hecho él llegó a estudiar teología, aunque después se decantó por la filosofía. A pesar de su elección, lo cierto es que no dejó de estudiar y practicar la teología. El filósofo alemán defendía que los valores cristianos habían corrompido a la humanidad; que la tolerancia, la paz, el compromiso cobarde y la resignación terminarían por destruir al mundo. Él consideraba que todo lo bueno era lo que aumentaba el sentimiento de poder, la voluntad de poder, un poder que residía en el mismo hombre. Por ello, el nuevo hombre, el superhombre que plantea el filósofo, debe dejar de lado los valores cristianos. Esos valores que han permitido que los débiles, los tullidos y los incapaces sobrevivan. En su libro afirma que alguien debería ayudar a eliminar a todos estos débiles. Adolf Hitler adoptó estas ideas y aplicó leyes de eugenesia y eutanasia en Alemania: quería deshacerse de los que no eran productivos y no podían aportar nada a la sociedad. Nietzsche defendía que la idea de caridad cristiana, que es lo mismo que el

amor, había creado una sociedad débil, debido a la teología y el servicio cristiano.

—Me cuesta seguirlo, padre —dijo el capitán.

—Bueno, lo que quiero decir con esto es que el filósofo alemán estaba poniendo los cimientos para un cambio radical de la humanidad, hasta el punto de que se revertieran los valores que han regido el mundo en los últimos cinco mil años. El relativismo moral era el primer paso, pero el segundo y más importante que se dio tras la Segunda Guerra Mundial era la licuación de todos los principios morales. No era todo válido; en el fondo nada lo era. El hombre había creado constructos, ideas comunes, que él mismo podía deshacer como un castillo de naipes. Hitler dio los primeros pasos, intentó crear un mundo amoral, en el que la fuerza y el poder fueran las únicas armas de la civilización. Nietzsche afirmaba que la moral cristiana era pura imaginación, pero en el fondo se sustentaba en la de idea de los filósofos griegos y los legisladores romanos, en las ideas persas y babilónicas sobre el hombre y su papel en el mundo. Hitler asesinó a millones de personas en nombre de esa «nueva moral» que en el fondo era una amoralidad; él mataba sin remordimiento de conciencia, pues creía en un bien superior y estaba obsesionado con la Providencia. Hitler fue una figura del Anticristo, porque este es todo aquel que persigue y revierte los valores de Cristo. Siembra el odio en lugar del amor, la venganza por el perdón, la injustica por la injusticia y convierte al hombre en lo que diría Hobbes, en un lobo para sí mismo. Ahora la eutanasia está más viva que nunca, pero también la eugenesia y la eliminación de todos los que no son útiles. Esas son las ideas que defiende Thomas Franklin, el hombre que está a punto de gobernar el mundo entero en unos días. Pero antes debe terminar con las religiones; son su único obstáculo para detentar un poder absoluto.

El capitán lo escuchaba completamente estupefacto.

—Por eso quieren asesinar al papa —continuó el fraile—, para poner en su lugar a alguien más afín, a uno peor, a un falso profeta que apruebe todo lo que hace el líder de Utopía. De hecho Thomas Franklin defiende lo mismo que el filósofo alemán y lleva a la práctica su decreto contra el cristianismo:

Todo tipo de anti-naturaleza es depravado (por ejemplo, el pecado original).

Uno: La participación en la religión es un intento de asesinato de la moral pública, como por ejemplo la defensa de la guerra justa.

Dos: Las cosas sagradas que el cristianismo ha deificado deben ser erradicadas, por lo que hay que abolir sus lugares sagrados y rituales.

Tres: La enseñanza cristiana sobre la castidad es una instigación pública a la anti-naturaleza, por ejemplo, la modestia cristiana o la virginidad.

Cuatro: El sacerdote cristiano es un chandala: debe ser condenado al ostracismo, hambriento por preferir el discurso y rechazar la comida en un banquete, como hace en el sacrificio del ayuno.

Cinco: Esta es la transvaloración de valores en la que lo divino se vuelve criminal, etc.

Y seis: La religión cristiana es el mal supremo.

El capitán miró de nuevo al horizonte, por fin se estaban aproximando a tierra. La costa francesa estaba ante sus ojos. Ahora lo difícil era entrar en el país sin levantar sospechas. Esperaba que su colega de seguridad en Aviñón hubiera hecho parte de su trabajo.

—Será mejor que usted se dedique a las palabras y yo a la acción —comentó Felice, que era consciente de que las cosas no serían tan fáciles a partir de ese momento.

El religioso afirmó con la cabeza. Él solo jamás habría llegado hasta allí; aquel gendarme era la mano visible del Dios invisible que lo movía a él.

31

New York City

El reverendo Clark Kelly se despertó de su pesado sueño totalmente aterrorizado, se dirigió al baño y comenzó a vomitar. Necesitaba sacar toda la angustia que sentía dentro de su alma. Después tomó algunas galletas y se hizo un café. Mientras recuperaba fuerzas, una idea obsesiva se le metió en la cabeza: debía intentar entrar en la sede de Utopía en la ciudad. Aquel horroroso edificio sin ventanas personificaba perfectamente a los seguidores de Thomas Franklin; era como conchas metidas hacia dentro, incapaces de entender el mundo que había a su alrededor con su riqueza y armonía.

Clark palpó el bolsillo de la chaqueta: la pistola continuaba allí. Pensó en ir sin más, pero ¿cómo iba a entrar? Necesitaba trazar un plan. Hasta ahora Dios lo había ayudado, pero no había que tentar al Señor.

Se sentó en el escritorio donde preparaba los sermones, unos sermones que temía que su pequeña congregación no los echaba demasiado de menos, y comenzó a dibujar el edificio. Consultó en internet las entradas y salidas y se convenció de que la mejor manera de traspasar la seguridad era haciéndose pasar por un repartidor.

Salió de su casa y buscó una tienda en la que vendieran camisas y pantalones marrones. Se hizo con una gorra del mismo color y compró un par de sobres acochados. Les metió libros que llevaba en el coche y se dirigió a la sede.

El plan era descabellado, pero en ese momento era lo único que se le ocurrió. Llegó hasta el edificio de enfrente de la sede de Utopía, metió el coche en el aparcamiento y rezó una breve oración antes de intentar su plan suicida.

32

New York City

La sala era redonda. En el centro había un trono de alabastro blanco, y unas telas rojas colgaban de doce columnas creando una especie de abanico hasta el punto en el que se ubicaba la silla. Cuando Marion Fauci entró en la sala, no había nadie, a excepción de algunos de los siervos, los más bajos de entre los utopienses, degradados a esclavos por haber fallado al líder o haber faltado a algunas de las normas importantes.

Al otro lado se encontraba Sally, tan confusa e incómoda como la propia Marion. Comenzó a sonar una música tétrica, que les puso los pelos de punta. Se abrió una puerta justo detrás del trono y Thomas Franklin empezó a caminar con un traje completamente blanco. Lo seguían doce hombres vestidos de blanco. A las dos mujeres les pareció una versión cutre pero escalofriante de una boda en Las Vegas.

Thomas Franklin se puso delante del trono y gritó en voz alta:

—¡Que comience la ceremonia!

Las doce se acercaron lentamente. Se movían de una forma sensual, con pasos cortos y pronunciados movimientos de caderas. Cuando se encontraban a unos tres metros, la música paró de repente. Entró en la sala un hombre vestido totalmente de negro; en la mano llevaba un hierro incandescente con un círculo. Se acercó hasta Sally y le ordenó que apartara la ropa.

La mujer se quedó paralizada por temor, pero obedeció la orden. Dejó su piel desnuda a la vista, justo al lado de la ingle, y el hombre no dudó en posar el hierro al rojo vivo en su piel blanquecina. El dolor fue tan intenso que dio un grito que retumbó en toda la sala. Se dobló por la quemadura y dos de los hombres de blanco la sujetaron.

Marion miró aterrorizada a Sally. Sabía que ahora era su turno. Miró a su espalda; dos hombres vestidos de blanco cortaban su retirada.

«Dios mío», pensó mientras el hombre se acercaba con el hierro al rojo vivo. Y antes de marcarla escuchó que decía en voz baja:

—Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis.

33

Ciudad del Vaticano, Roma, Italia

Stefania Miller contestó el teléfono mientras compraba los donuts para el encargado de las cámaras de seguridad del Vaticano. Corrió hasta su coche y llegó en unos pocos minutos a la sala de las cámaras. El hombre se relamió al ver la cajita que prometía su dulce recompensa.

—Mira, la policía municipal de Roma me ha enviado estas imágenes —dijo el compañero de Stefania.

La mujer comprobó con asombro cómo el coche del capitán se dirigía hacia Ostia, pero ya no estaba solo: un hombre vestido con hábito oscuro se encontraba en el asiento del copiloto.

—¿Cuánto se tarda desde Roma a Ostia? —preguntó la mujer.

—Unos cincuenta minutos.

—De allí seguramente habrán tomado un barco —siguió diciendo Stefania—. Tendremos que comprobar los que han salido después de su llegada al puerto. Imagino que muchos tendrán que informar de su ruta de viaje.

El controlador se encogió de hombros.

—Si es un viaje ilegal —dijo el vigilante—, imagino que no incluirán el verdadero destino.

—Muchas gracias por todo —respondió la mujer mientras le entregaba el paquete.

Después se dirigió a la sala en la que la esperaban sus hombres y abrió en una tablet un mapa del Mediterráneo.

—¿Adónde puede haber ido? —preguntó mirando a todos—. Desde Ostia lo natural es ir a alguna isla, cosa que me parece improbable. También están Francia y España.

—Y el norte de África —añadió uno de los policías.

—No creo. Ese fraile ha ido a ver a algún colega, a un cómplice dentro de la Iglesia católica.

Los tres se quedaron pensativos, hasta que el más grande y musculoso, Miguel Ángelo, dijo muy serio:

—¿Cuál es la otra sede papal?

—Además de Roma, no creo que haya otra —contestó su compañero.

—Sí la hay —dijo la mujer señalando Aviñón.

Los tres se miraron sorprendidos. Estaban casi seguros de dónde se encontraba su presa. Ahora únicamente había que ir a verla. Stefania Miller pidió al comandante de la Guardia Suiza que les permitiera usar el avión pequeño de la escasa flota vaticana. Si se daban prisa, podían llegar a Aviñón antes que aquel fraile y el capitán de los carabineros.

34

New York City

Marion Fauci se sentía atrapada. Odiaba que marcaran su piel como si se tratase de ganado. Observó el rostro desencajado de Amanda y quiso escapar de allí. El hombre de negro se acercó y posó el hierro incandescente en la ingle de Marion. La mujer jamás había experimentado un dolor tan agudo. Estuvo a punto de desmayarse, pero únicamente se tambaleó. Los dos hombres la sujetaron por el brazo y la música comenzó a sonar de forma estridente; sobre todo, el retumbar de tambores, que parecían removerle el corazón.

Lucía Sandoval estaba justo a su lado y le preguntó en voz baja si se encontraba bien.

Marion respondió que sí, aunque su semblante era tan pálido que parecía indicar todo lo contrario.

Thomas Franklin se puso en pie y extendió las manos.

—El número se ha completado —dijo el líder—. El tiempo se acerca, dentro de poco tendremos el gobierno del mundo y poder real para cambiar las cosas. No os preocupéis, no somos un partido político, tampoco una corriente de pensamiento ni una religión, somos los elegidos para gobernar el mundo. Se habló de nosotros muchas veces en el pasado a través de las profecías. Ahora es el momento de cambiar el mundo para siempre. En unos días será la gran celebración en Washington, después iremos a Roma y desde allí a Jerusalén para el Gran Reinicio.

El hombre hizo un gesto y se quedaron a solas las doce mujeres. Varias de ellas atendieron las quemaduras de Marion y Sally.

—¿Te encuentra bien? —preguntó Lucía a Marion.

La que llamaban todas ‘La Primera’ se acercó a Sally y le pidió a otras dos que la ayudasen a llevarla hasta la cama de su habitación. Después se quedó a solas con ella. Sacó unas gasas, untó la herida con aloe vera y la mujer pegó un respingo.

—Escuece, ¿verdad? Pero es mejor que no se infecte. En un par de días solo quedará la cicatriz.

Sally miró a la mujer, que debía de rondar los sesenta años. Se conservaba en forma y aún mantenía su belleza natural.

—Me llamo Sharon: Sharon Franklin.

Aquello la pilló por sorpresa. Había escuchado que existía una esposa oficial de Thomas Franklin, pero no había hecho demasiado caso a las habladurías.

—Perdona, no sabía que el señor Franklin...

—Nos conocimos en la universidad. A mí fue a la primera a la que le contó sus sueños y proyectos. Ya sabe que proviene de una familia

prominente. Al principio quiso ser novelista. Tuvo algo de éxito, pero ya sabes cómo es: tiene que ser el mejor en todo.

—No nos conocemos tanto —dijo Sally.

La mujer dejó la herida al aire.

—¿Por qué nos ha hecho esto?

—Thomas dice que es para dedicarnos a su obra —le contó la esposa—. Es una especie de sacrificio. Además del círculo, están sus iniciales. Mira.

La mujer le enseñó su marca, que llevaba ya años cicatrizada.

—Nos señala con hierros incandescentes como si fuéramos sus esclavas —dijo Marion sin disimular su irritación.

—No es cierto —repuso la esposa—. Lo que ha creado es una «sororiedad». Antes sí que éramos esclavas de la sociedad, del patriarcado. Él nos anima a que busquemos la sexualidad en todas partes. Thomas quiere liberarnos de verdad, pero para ello tenemos que renunciar a nosotras mismas.

Sally frunció el ceño.

—Pero ¿quién es él para hacernos eso? ¿Acaso es Dios?

Un brillo especial surgió en el rostro de Sharon.

—En el fondo es más que Dios. Él le falló hace tiempo a la humanidad. Ahora tenemos una nueva oportunidad para que todo comience de nuevo.

—No comprendo qué tiene eso que ver con Utopía —protestó Sally —. Yo me uní a una causa que buscaba la mejora de la sociedad, parar el cambio climático, terminar con la pobreza en el mundo. En el fondo, crear una sociedad más justa.

—Todo eso es Utopía —dijo Sharon—, pero ya lo ha dicho muchas veces Thomas: no somos un partido político ni defendemos una ideología, nuestro cambio es radical y para siempre.

Sally, que comenzaba a sentirse mejor, se incorporó un poco.

—¿Quieres decir que somos una secta?

La mujer negó con la cabeza.

—No, por favor, Thomas odia las religiones. Ellas han llevado al ser humano a este estado. Le han hecho creer en un Dios ancestral, castigador y omnipotente. Lo cierto es que estamos empezando una Nueva Era. La humanidad está a punto de convertirse en Dios. Pasaremos de ser simples *sapiens* a dioses.

—¿Te estás escuchando? —la interrumpió Sally.

—Sí, querida. ¿En qué se diferencian los dioses de nosotros?

Sally encogió los hombros. Sharon siguió diciendo:

—Son inmortales, son omniscientes y son omnipresentes.

—Bueno —repuso Sally—, imagino que son eternos, más que inmortales.

La mujer frunció el ceño tras escuchar las palabras de Sally y siguió

con su discurso, como si se hubiera aprendido la lección de memoria.

—Thomas está investigando en implantaciones de inteligencia artificial que aumentarán nuestras capacidades y nos conectarán a la gran red Tántalo. Ya no habrá límites para nuestra memoria ni para nuestra capacidad intelectual. Nos convertiremos en omnipresentes, con los sofisticados programas que nos harán ver y oír lo que queramos en cualquier lugar, como si estuviéramos allí mismo. Por último, no envejeceremos gracias a un programa que frenará el envejecimiento. Se dará fin a la raza humana y surgirá la raza post humana. Se podrá saber por el genoma de cada individuo cuáles son las enfermedades que tiene latentes y evitarlas. Además, podremos diseñar a los futuros humanos y crearlos perfectos. Lo que Thomas te está ofreciendo, querida, es la inmortalidad.

—Eso es una locura —dijo Sally.

—En este momento no puedes entenderlo. Desde los babilonios, pasando por los egipcios, el ser humano ha anhelado la inmortalidad y ahora simplemente podemos conseguirla gracias a la tecnología. Pero…

—Siempre hay un «pero» —la interrumpió Sally.

—No está destinada para todos los seres humanos —continuó la mujer—. Únicamente los mejores, los más dotados tendrán acceso a la inmortalidad. El resto continuará con sus vidas mortales. Además, se les impedirá seguir procreando y llenando este mundo de desdichados.

Los comentarios de Sharon Franklin le parecieron terribles. Aunque ella estuviera entre los elegidos, creía que cada ser humano tenía la misma dignidad y que no había algunos desechables y otros que merecieran la eternidad.

La mujer ayudó a Sally a ir hasta su cuarto y, al ver su decaimiento, intentó animarla un poco.

—Ahora no lo entiendes, pero lo harás más adelante. No todos estamos preparados para aceptar el gran cambio y el reinicio de una forma tan radical, pero es la única esperanza para la humanidad.

La mujer asintió con la cabeza y se metió en su cuarto. Se dio una ducha. Por la noche tenían su iniciación con aquella droga y temía que lo poco que le quedaba de cordura terminara por desaparecer.

Mientras el agua cubría su piel, experimentó fogonazos y algunos recuerdos acudieron a su mente. Después se fue a la cama y cayó en un profundo sueño.

35

New York City

Marion Fauci se encontraba conmocionada por lo ocurrido. Lucía la llevó a su cuarto y la joven se derrumbó sobre la cama y comenzó a llorar.

—Tranquila, te acostumbrarás. ¿No entiendes lo que el señor Franklin te ha ofrecido? Es la eternidad, vivir para siempre, que tu existencia tenga significado y sentido. La mayoría de los más de siete mil millones de personas del planeta mataría por conseguir algo así.

—No anhelo la eternidad —respondió Marion compungida—. Soy joven, pero me parece horroroso vivir eternamente. En el fondo, cada generación sustituye a otra, remplaza a otra y el mundo puede comenzar de nuevo.

—No seas tan pesimista —dijo Lucía—. Cada generación ha llevado al mundo un paso más cerca del abismo: la situación actual es el resultado de todos esos errores acumulados. Los débiles y las minorías gobiernan el mundo, las democracias se sienten impotentes, la libertad ha estado sobrevalorada mucho tiempo.

—Pero en el fondo esa es la vida —dijo Marion.

Lucía no parecía entender bien lo que le decía.

—El ser humano se ha convertido en la peor plaga de la tierra. Este planeta no soporta más de dos mil millones de habitantes; incluso estaría bien con mil, pero vamos hacia diez mil millones.

Marion había escuchado esos argumentos muchas veces. Estaba en contra del crecimiento incontrolable de la población.

—¿Qué vamos a hacer con ellos? ¿Exterminarlos sin más, como en la época de los nazis? —preguntó Marion.

—La mayoría morirán por el cambio climático —siguió diciendo Lucía ahora en tono conciliador—, también por la deforestación, el aumento del nivel del mar y las hambrunas que se producirán, por no mencionar las guerras, los conflictos sociales y la anarquía. ¿No es más civilizado llegar al mismo punto sin tanto sufrimiento?

Marion se cruzó de brazos. El dolor remitía un poco, pero ahora le dolía mucho la cabeza.

—Es una locura. No puede apoyar algo así.

—Esta noche verás algo —intentó tranquilizarla Lucía—. En el fondo servimos a un fin superior.

—¿A Dios? —se revolvió Marion—. No somos una religión.

—Olvídate de Dios y de la religión. Es algo mucho más… importante, más trascendente, algo que ha intentado cambiar las cosas, pero que hasta ahora ha sido estorbado. Ahora podrá llevar a cabo el mundo que ha soñado.

Marion sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. Había algo en la expresión de Lucía que la asustaba de verdad.

—No estoy segura de querer participar en algo de ese tipo. No creo en lo sobrenatural.

—Has sido marcada y elegida, Marion, no es tu elección. ¿Lo entiendes?

La chica comenzó a respirar más deprisa. Estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad.

—Tranquila —dijo Lucía.

Le acercó un vaso de agua y una pastilla. La joven se la tomó y se tumbó en la cama. Poco después estaba dormida y de alguna manera había logrado evadirse de aquel lugar de locos en el que estaba a punto de convertirse el mundo. Los sueños a veces son el único refugio que nos concede la vida para que no enloquecer. Marion vio a su familia en aquel sueño. Se sintió de nuevo una niña protegida y segura en los brazos de su madre; quería permanecer para siempre en su regazo, sintiendo que el mundo se resumía en unos brazos suaves, blandos y llenos de amor.

36

Martigues, Francia

El barco no se dirigió al puerto: el dueño les dio una lancha y llegaron a un punto tranquilo del Parque Regional de Camargue. Allí los esperaba uno de los jefes de seguridad de Aviñón. El teniente Demiand Bernard estaba en el punto de encuentro acordado, con su cuatro por cuatro preparado. En cuanto los dos hombres tomaron tierra, los ayudó a desembarcar y los montó en el vehículo. Recorrieron el parque hasta llegar de nuevo a la carretera y después se dirigieron directamente al palacio papal.

—Todo ha sido muy precipitado —dijo Demiand mientras iban camino del palacio—. ¿Cuánto habéis tardado en cruzar el Mediterráneo?

—La embarcación podía llegar a los 50 nudos —dijo el capitán Felice Gallo—. Hemos tardado unas seis horas.

El teniente Bernard parecía asombrado: había navíos aún más rápidos, pero habían llegado a Francia en un tiempo realmente corto.

Cuando llegaron a las inmediaciones de Aviñón, el capitán se quedó asombrado por la belleza de la ciudad y el majestuoso palacio papal, que parecía más una fortaleza que un templo cristiano.

El coche se detuvo en el control y después se dirigió directamente a un aparcamiento en la plaza central.

—Armando Becciu se encuentra en su despacho —dijo el teniente Demiand—. Ya está avisado de vuestra llegada, pero imagino que preferís ir antes a asearos y cambiaros de ropa.

Los dos hombres llevaban los trajes que les había dado el marinero y siguieron al teniente hasta sus habitaciones. Las dos estancias se encontraban una al lado de la otra. El fraile se duchó con agua fría y brevemente, mientras el capitán se tomó el tiempo de darse un baño relajante. Una hora más tarde ambos se encontraban en la puerta del despacho.

—Armando Becciu les recibirá ahora mismo —dijo el secretario, un hombre delgado y encorvado que debía de rondar los setenta años.

Entraron en el amplio despacho y vieron a un anciano de barba completamente blanca. Vestía una camisa blanca con cuello mao y un pantalón gris. Se puso en pie y los saludó efusivamente.

—Perdonen el desorden. Siéntense, por favor.

El gendarme y el franciscano tomaron asiento. Una montaña de papeles y libros se interponía entre ellos como un muro; apenas le veían los ojos al antiguo prefecto.

—El edificio es impresionante —dijo el gendarme.

—Sí, ya saben que en la actualidad no pertenece a la Iglesia: es

propiedad del Ayuntamiento, aunque permiten que algunos religiosos dominicos controlemos el antiguo archivo.

—No lo sabía —comentó el capitán.

—Aunque, si les soy sincero, aún tenemos cierto peso en la institución que gestiona todos los edificios y conocemos los túneles secretos que permitían a los papas ponerse a salvo si algún noble o rey intentaba capturarlos.

—Muy interesante —dijo Pablo de Roma.

—Pero no han venido hasta aquí con tanta premura para que un viejo les hable de túneles y archivos. ¿Verdad? Su llegada aquí únicamente puede indicar una cosa: el papa y la Iglesia se encuentran en peligro. No es nada nuevo; con más de dos mil años de historia estas cosas han sucedido muchas veces.

Pablo de Roma lo interrumpió:

—Aunque esta es sin duda mucho más peligrosa.

—No lo dudo, hermano, pero debemos poner las cosas en su contexto.

El fraile le explicó lo que estaba sucediendo en el Vaticano y cuáles eran sus sospechas. El teólogo lo escuchó con atención y tomó algunos apuntes.

—En la historia de la Iglesia ha habido muchos anticristos —empezó a explicar Armando Becciu cuando el fraile lo puso al tanto de la situación—. El primero fue Nerón, pero también estuvo en esta lista Domiciano, que persiguió a los cristianos en los años 90 del primer siglo. Después Trajano, que fue mucho más duro con nosotros. Adriano fue algo más indulgente, pero persiguió a los cristianos también. Y Marco Aurelio, que al desatar su persecución en el 177 dijo: «Lo que justifica la eliminación física de los cristianos es, ni más ni menos, que creen de manera diferente, que contemplan la existencia de manera diferente, que viven de manera diferente. No ilegal o perversamente. Solo diferente».

El capitán se sorprendió de aquellos detalles tan precisos que le contó el dominico.

—Por no hablar de Séptimo Severo —continuó el teólogo—, que prohibió las nuevas conversiones y las castigó con la muerte. O Maximino Tracio, que en 235 mató a un gran número de líderes cristianos. Por último, en el siglo III, Decio, Valeriano y Diocleciano hicieron lo mismo. Hasta que Constantino no proclamó la libertad religiosa, la persecución no cesó. Pero también se llamó Anticristo a Luis XIV, a Napoleón, a Hitler, Stalin y Mao.

—Es cierto —añadió Pablo de Roma—, pero el caso que nos ocupa es diferente. Thomas Franklin cumple todos los requisitos. Será un varón, un hombre inteligente y con talento que parece ser la solución a todos los problemas del mundo. Será apoyado por lo que la Biblia

llama la Bestia y el Falso Profeta.

Tomó la palabra Armando y dijo:

—El Falso profeta exigirá ser adorado, tal y como se describe en la segunda carta de san Pablo a los Tesalonicenses, versículos 3 y 4, como «el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios» [¡un despreciable anticristo!] En el libro de Daniel 7 leemos que «el otro cuerno «hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley». Además, la bestia —el dictador también llamado Anticristo— será adorada por toda la humanidad porque Satanás la exaltará y le dará poder (Apocalipsis 13, versículo 4). Y un poco después, en el versículo 8, dice: «La adoraron todos los moradores de la tierra». Y la otra bestia, que es el falso profeta, dice literalmente: «hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia». Esto, como quizás sepan, es algo muy parecido a la adoración que los emperadores romanos exigían a sus súbditos. Tanto la bestia como el falso profeta estarán poseídos por el espíritu del «dragón» que no es otro que Satanás, lo cual explica por qué tendrán autoridad y carisma (Apocalipsis 16:13; 12:9). De hecho, la gente adorará a Satanás, por medio de ellos, ya que las cabezas, cuernos y coronas que simbolizan el poder terrenal de la bestia pertenecen al dragón que es el Diablo.

Pablo de Roma miró al capitán.

—Sin duda el falso profeta es John Trudeau —dijo el capitán—. No sé quién será la bestia.

—Todos eso son elucubraciones —respondió el fraile—. ¿Cuáles son las pruebas? El papa me envía a usted para que intente parar todo esto. En cuanto Trudeau sea nombrado papa, aceptará la fusión de todas las religiones en una sola, Thomas Franklin subirá al poder y entonces llegará el reinado del Anticristo.

—Pero antes tiene que producirse el cumplimiento de otras muchas profecías —añadió Armando Becciu—. La llegada de guerras y desastres como anuncia Mateo 24, versículos 6 al 8. El enfriamiento del amor de muchos, refiriéndose a los cristianos, como continúa explicando en el versículo 12, el regreso de Israel que comenta entre los versículos 32 y 33, fenómenos celestiales y la predicación del Evangelio en todo el mundo.

—Todo eso ya se ha producido o está a punto de producirse —dijo Pablo de Roma.

—Falta la reconstrucción del Templo —comentó el estudioso.

—El gobierno israelí y el partido del Likud —respondió el fraile— han encargado a Yhuda Glick que planee su construcción y destruya la mezquita de la Roca.

Aquel parecía ser el último argumento en contra de la idea de que el tiempo del fin estaba próximo. En ese momento escucharon gritos en el pasillo y los tres se pusieron muy nerviosos. Sospechaban que algo terrible estaba a punto de suceder.

37

New York City

Las despertaron para la ceremonia final. Habían preparado un gran banquete en una mesa rectangular con el mantel blanco y cubiertos de oro. Además de las doce mujeres y de Thomas Franklin, los únicos presentes en la sala eran los sirvientes. Marion acompañó al resto de mujeres y se sentó a la derecha de Franklin, Sally a su izquierda. Al ser las dos nuevas en el círculo íntimo, las demás las observaban con cierto recelo. Ya no eran la novedad en el harén particular del líder.

Thomas Franklin ocupaba justo en el centro y su silla era mucho más alta. Vestía una túnica blanca y su piel bronceada destacaba sobre la tela impoluta. Parecía un gurú, pero su mirada penetrante y su sonrisa cautivadora lo hacían mucho más atractivo.

—Vamos a comenzar la cena —ordenó el líder.

Los criados sirvieron los platos lentamente. La mayoría eran de vegetales, ya que Thomas Franklin y el resto de las mujeres no comían carne.

Marion y Sally se miraron y después miraron al resto de los comensales.

—¿Por qué hacemos todo esto? —preguntó Sally al hombre.

—¿Aún no has comprendido nada? —respondió el líder—. Para que todo se consume la historia se tiene que repetir.

La mujer frunció el ceño.

—¿Qué historia?

—La cena —dijo él—, el sacrificio y después el milagro que pondrá a toda la humanidad definitivamente bajo nuestros pies.

Thomas Franklin siempre usaba el plural mayestático, aunque en el fondo quería decir «a sus pies».

—¿Qué tiene todo esto que ver con la misión de Utopía? —insistió Sally—. ¿Dónde han quedado los valores que me enseñaste?

El hombre levantó las manos y la sala se convirtió de repente en un frondoso bosque tropical.

—¡Mira! Al principio vivíamos en un paraíso: todo era paz y armonía, éramos los señores y cuidadores del planeta. En un lugar apartado y al que no podíamos acceder crecían dos árboles de suculentos frutos. A pesar de encontrarnos en el lugar más feliz de la tierra, anhelábamos entrar en esa parte secreta del huerto. Entonces, un día, mientras descansábamos debajo de una higuera, se acercó un extraño al que nadie había visto antes. Sus cabellos rubios eran como el trigo cuando está a punto de ser recogido; sus ojos color esmeralda transmitían algo muy parecido a la paz; su voz era melodiosa como un bosque de bambú sacudido por el viento. Aquel ángel se acercó a los

hombres y comenzó a narrarles maravillosas historias que no habían escuchado antes. Cuando los primeros sapiens le preguntaron dónde había aprendido aquellas maravillas, el ángel les señaló la parte prohibida del bosque. Desde allí partían dos senderos: uno se dirigía directamente al árbol del conocimiento del bien y del mal, y el otro conducía al árbol de la vida. Nuestros ancestros se dirigieron hasta el primero de los árboles. Aquel ángel les había prometido que serían como Dios, pero perderían su inocencia. Cuando llegaron enfrente del majestuoso y gigantesco árbol, se quedaron atónitos, sin palabras, y la mujer, más decidida que el hombre, tomó uno de los frutos. En ese momento sintió que le quemaba la mano y sus ojos se abrieron. El hombre tocó a la mujer y ambos sintieron que sus mentes, de pronto, eran capaces de entenderlo todo.

Sally escuchaba embelesada el relato, mientras Marion, que parecía tener los ojos cargados de sueño, estaba recostada a su lado.

—Esa leyenda es la de Adán y Eva —dijo Sally.

—No, la historia de Adán y Eva está manipulada por el Dios de los judíos. La verdadera historia se encontró en un cilindro postacadio del año 2200 antes de Cristo y contaba la fundación de Babilonia. Aquellos dos seres habían adquirido el conocimiento. Entonces regresaron a su hogar y, cuando estaban a punto de emprender el camino hacia el árbol de la vida, un arcángel los detuvo, porque de haberlo conseguido se habrían hecho iguales a Dios.

—¿Qué tiene que ver esa leyenda con todo esto? —preguntó Sally.

—Otro hombre vino para volver a hacernos esclavos —siguió Thomas Franklin—. Murió por los hombres y se entregó para que Dios volviera a conquistar a la humanidad, pero lo que el ser humano en el fondo anhela es convertirse en Dios. Eso es lo que nosotros le vamos a ofrecer: inmortalidad, omnisciencia y omnipresencia. Todo eso comienza hoy aquí.

38

New York City

El reverendo Clark Kelly estuvo un buen rato en el coche antes de decidirse a salir del aparcamiento y cruzar la calle. Su plan era una verdadera locura, pero si Dios estaba de su lado, ¿quién podía ponerse en su contra? Al final salió del vehículo, tomó el paquete falso, se colocó la gorra y cruzó la calle. Antes de abrir la puerta, respiró hondo e intentó tragar saliva.

En la recepción, únicamente había dos hombres. No parecían llevar armas encima. Clark llegó hasta el mostrador y dejó el paquete.

—Traigo un paquete para… —miró un supuesto albarán y continuó —: Thomas Franklin.

—Ok, lo puede dejar aquí. El señor Franklin está ocupado.

—Tengo que entregarlo en persona.

—Es imposible, lo siento.

En cuanto el hombre pronunció estas palabras, Clark sacó la pistola y les apuntó.

—Salid del mostrador —gritó el reverendo.

Los hombres levantaron las manos y se pusieron un al lado del otro.

—Dejad las radios y las porras, todo en el suelo.

Los dos guardias obedecieron y después los empujó hasta un cuarto trasero. Los hizo entrar y los encerró con llave. Luego cerró las puertas principales y apagó las cámaras de seguridad. Buscó en el plano del edificio. La mayoría eran plantas en las que había servidores informáticos y oficinas, pero la última planta era VIP.

—Aquí estás. ¿Verdad?

El reverendo tomó la llave maestra de los cinturones caídos y las radios. Se quitó la ropa y se puso un uniforme de vigilante de seguridad. Después tomó el ascensor. Ahora tenía dos armas.

39

New York City

Llegó el momento culminante de la noche y trajeron en una jarra la ayahuasca, Thomas Franklin sirvió una copa y la repartió entras las doce. La fue pasando desde Sally hasta el primer lateral.

—Esta copa permitirá que vuestro espíritu salga del cuerpo sin que sufráis la muerte, para que experimentéis la verdad del ángel de luz.

Las mujeres la tomaban por turnos y entraban enseguida en un estado de trance, como si realmente su cuerpo se hubiera quedado completamente vacío.

La copa llegó de nuevo a manos de Thomas Franklin y la llenó de nuevo. Apenas se la había pasado a Marion cuando las puertas se abrieron. Las doce mujeres y su líder estaban a solas, ya que nadie podía entrar en ese punto de la ceremonia.

—¿Quién osa interrumpir? —gritó Franklin.

—¿Qué aberración es esta? —preguntó el reverendo Clark mientras observaba horrorizado la escena.

El líder se puso en pie. La mitad de las mujeres estaban adormecidas por la ayahuasca, pero las otras seis no.

—Parad a ese hombre.

Clark vio cómo cinco de las mujeres corrían hacia él como si fueran perros de presa. Dudó en disparar. Al único que quería hacer daño era al diablo de Thomas Franklin. Al final apuntó a la pierna de la que más cerca estaba y disparó. La mujer se cayó al suelo. Las otras cuatro se pararon y el líder aprovechó para agarrar a Sally, que lo seguía medio sonámbula. Las cuatro mujeres se dieron la vuelta y escaparon con él.

Clark intentó seguirlo, pero una joven lo agarró por la muñeca.

—Por favor, sáqueme de aquí.

El reverendo dudó, pero era consciente de que en pocos minutos la seguridad del edificio actuaría y entonces debería matar de verdad. No quería hacer daño a nadie.

Marion se aferró de la mano del hombre y se dirigieron al ascensor.

—Mejor por este —dijo la chica, que había descubierto un montacargas auxiliar. No sabía adónde conducía, pero en la entrada principal los estarían esperando.

Subieron al montacargas y bajaron hasta el garaje. Allí buscaron algún coche que pudieran llevarse. Estuvieron probando varios coches hasta que vieron un Tesla, que estaba abierto y que arrancaba aprestando un botón. Se dirigieron a la salida. Dentro del coche había un mando, lo apretaron y en cuanto el vehículo pisó el asfalto, el reverendo pisó el acelerador a fondo. Había estado tan cerca de

eliminar al Anticristo… Pero al menos, aunque no lo había conseguido, había logrado salvar un alma.

40

Palacio papal, Aviñón, Francia

Los pasos se acercaban por el pasillo y Armando Becciu se puso en pie.

—Vengan por aquí.

Pablo de Roma y el capitán Gallo lo siguieron. El anciano tiró de un resorte que sobresalía de la pared y apreció ante ellos una estrecha escalera de caracol.

—Esto los llevará a la planta baja. En el garaje hay un coche. Es mío, siempre dejo las llaves puestas. Yo intentaré retener a sus perseguidores.

El fraile y el gendarme comenzaron a descender, y el hombre cerró de nuevo la puerta disimulada en la pared.

Stefania Miller entró violentamente en el despacho. Llevaba una pequeña ametralladora en las manos y a su lado se encontraban los otros dos soldados.

—¿Por qué irrumpe en mi despacho de esa forma?

—Es por su seguridad, señor. Estamos persiguiendo a dos peligrosos terroristas que han intentado atentar contra Su Santidad.

—¿Cómo? —fingió sorprenderse el teólogo.

—Sí, señor Becciu. Un oficial de la gendarmería del Vaticano y un fraile llamado Pablo de Roma. Su secretario me ha asegurado que se encontraban con usted.

El hombre juntó las manos y respondió con la mayor tranquilidad del mundo.

—Bueno, es cierto que han estado aquí. Querían consultarme un asunto teológico, al menos es lo que me han comentado, pero hace un rato que se han marchado. Me han dicho que tenían que volver a Roma de inmediato.

La mujer frunció el ceño. No creía ni una maldita palabra de las que habían salido de la boca de aquel tipo. Se acercó hasta él y le puso el cañón de su arma en el pecho.

—Mire —le dijo amenazante—. No quiero jueguecitos. ¿Por dónde se han ido?

En ese momento se escuchó un coche que aceleraba en el patio. Stefania se asomó y contempló cómo el vehículo escapaba a toda prisa.

—¡Mierda! —gritó con rabia.

El anciano intentó disimular una sonrisita. Entonces la mujer simplemente apretó el gatillo y una ráfaga atravesó la cabeza de Armando Becciu, que apenas dejó escapar un susurro antes de caer al suelo.

—Vamos, tenemos que alcanzarlos —ordenó mientras salían de la

sala y cerraban la puerta.

El secretario de Becciu entró en ese momento, alertado por los disparos, y los observó temeroso.

—Llame a la policía. Esos hombres que huyen han matado a su jefe —le ordenó la mujer mientras caminaban por el pasillo a toda prisa.

41

New York City

Thomas Franklin estaba todavía algo confuso. No esperaba que alguien osara entrar en el momento más sagrado e intentase matarlo. El grupo se encerró en un cuarto especial de seguridad y se quedó allí esperando a que los miembros de seguridad resolvieran la situación.

Las mujeres se acurrucaron todas en un lado, pero él se quedó pegado a la puerta. En ese momento escuchó unos golpes y un miembro de seguridad le informó de que estaba todo bajo control.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó ofuscado.

—No lo sabemos, señor Franklin. Alguien neutralizó a los dos vigilantes de la entrada. Era un hombre de mediana edad con un uniforme de repartidor de paquetes.

—Quiero que tripliquen la seguridad y que los guardias estén armados.

—De acuerdo, señor.

Thomas Franklin se dirigió a su despacho y en cuanto se tranquilizó un poco hizo una videollamada a Canadá. A los pocos minutos apareció en la pantalla gigante el rostro de un hombre relativamente joven —no había llegado a los cincuenta—, con el pelo negro algo largo, un mechón blanco en el flequillo y un rostro bondadoso.

—Cardenal Trudeau.

—Thomas.

—Sospecho que hay alguien al tanto de nuestros planes. Han intentado matarme y por su culpa no hemos terminado la ceremonia.

Los ojos negros del obispo parecieron brillar de repente.

—¿Por qué tanta negligencia? No le va a gustar al amo —dijo el cardenal.

—Lo sé, pero no es culpa mía. Nuestros voluntarios no son tan profesionales como me gustaría. Sin embargo, son los únicos de los que me fío.

—Mañana parto para Roma —dijo Trudeau—. Ese viejo está a punto de morirse y se va a celebrar un cónclave de urgencia. Espero que no suceda nada en la ceremonia de Washington; tampoco en Roma y, sobre todo, en Jerusalén.

—No cometeremos más fallos —aseguró Thomas Franklin—. Sabemos lo que es capaz de hacer nuestro amo.

—Eso es lo que deseo —dijo finalmente Trudeau—. Hemos esperado mucho tiempo para llegar a este punto. Esta vez es la definitiva y nada ni nadie va a impedirlo.

3ª PARTE: VIRUS

42

Aviñón, Francia

Los dos hombres lograron escapar por los pelos. No sabían qué podría haber sucedido con Armando Becciu, pero se temían lo peor. Después de saber lo que el secretario del papa, George Gänsnwein, estaba haciendo con Su Santidad, sin duda lo creían capaz de cualquier cosa, incluso de asesinarlos.

Felice Gallo condujo a toda velocidad por las calles de la ciudad hasta que se detuvo en las afueras. Necesitaban trazar un plan antes de continuar su huida.

—¿Adónde podemos ir?

La pregunta del gendarme no era fácil de responder. Los lugares en los que podían estar seguros comenzaban a escasear.

—Tengo amigos en el Palacio de Castel Gandolfo —respondió el fraile después de unos segundos—. Allí podrían escondernos mientras me pongo en contacto con varios miembros de la Curia. Tenemos que impedir que se celebre el cónclave y, si se hace, desenmascarar a estos impostores.

Las palabras del fraile no lo convencieron. Sin duda no era algo tan sencillo.

—En Italia corremos peligro, nos estarán esperando. Hemos salido ilegalmente y mi amigo no puede ayudarnos a regresar.

Pablo de Roma sabía que el policía tenía razón.

—Siento mucho haberlo puesto en peligro. Espero que su familia se encuentre a salvo.

—Bueno, soy viudo y mis hijos viven fuera de Italia. Están estudiando en Suiza y Noruega.

—Mejor —dijo el fraile—. Ahora mismo no estarían seguros en Italia.

El capitán arqueó las cejas y comenzó a repiquetear con sus dedos en el volante.

—Tengo que hacer una llamada —dijo Pablo de Roma.

—No tenemos teléfonos, los dejamos en Italia para que no nos rastrearan —contestó el oficial.

Pues compremos algunos desechables.

Se dirigieron a un centro comercial. Compraron cuatro teléfonos y desde el mismo aparcamiento comenzaron a llamar.

—Raúl Leone, soy Pablo.

El hombre contestó sorprendido.

—No he reconocido tu teléfono.

—Te estoy llamando desde una línea segura. Espero que la tuya también lo sea.

Leone era uno de los agentes de la Santa Alianza, los servicios secretos del Vaticano, aunque la Iglesia siempre había negado su existencia.

—Si mi teléfono no es seguro, entonces no creo que haya ninguno en el mundo.

—Es un asunto muy serio e importante —dijo el fraile.

—¿Tiene que ver con el cónclave? —quiso saber Leone—. Nosotros también estamos sorprendidos de cómo se ha hecho todo, pero el papa ha firmado la petición de convocatoria y nuestros agentes nos han dicho que se encuentra muy enfermo.

Pablo respiró hondo.

—El secretario del papa y el cardenal Antonetti están envenenando a Su Santidad. Quieren elegir a Trudeau como nuevo papa.

—¿Tienes pruebas?

—Una de mano misma del papa, pidiendo ayuda para frenar esta trama.

Se hizo un breve silencio.

—¿Dónde demonios estás, Pablo?

—Estoy en Francia, cerca de Aviñón. Necesito regresar a Italia, ir al palacio de Castel Gandolfo e intentar parar esta locura. Lo que pretenden estos apóstatas es darle el gobierno universal a Thomas Franklin y propiciar el reinado del Anticristo.

43

New York City

Marion y el reverendo Clark Kelly habían escapado de la sede central de Utopía, pero aún estaban muy lejos de encontrase a salvo. La mujer era consciente de que Thomas Franklin utilizaría toda su influencia y poder para darles caza. Al menos había logrado escapar de aquel ceremonial tenebroso. De vez en cuando miraba al hombre vestido de mensajero que ese encontraba a su lado y se preguntaba si en el fondo aquel tipo no estaba aún más loco que Franklin.

—¿Adónde vamos?

La mujer se quedó pensativa.

—A Washington —respondió Marion—. Allí tengo algunos amigos que pueden echarme una mano.

El hombre fijó su mirada al frente, pero parecía fuera de sí. Sudaba, resoplaba y mascullaba algo entre dientes.

—No he matado a nadie, ¿verdad? —se atrevió a preguntar al final.

—No, la chica estaba herida en la pierna, creo.

Aquellas palabras lograron calmarlo un poco, pero aun así el reverendo no dejaba de darle vueltas a todo lo sucedido. En el fondo, lo que había visto en aquel salón le confirmaba todas sus sospechas. Thomas Franklin era el hombre enviado por el mal para someter por completo a la humanidad.

Tras casi dos horas de conducción, el coche se detuvo en un motel cercano a Nueva Roma.

—¿Tiene un teléfono? —preguntó la joven.

El hombre le entregó su anticuado móvil, con las teclas desgastadas por el uso. Ella marcó y esperó unos segundos.

—¿Andrea? Soy Marion.

—¡Qué alegría! Eres la última persona que esperaba escuchar hoy.

—Es un poco tarde —dijo Marion—. Perdona, pero tenemos que vernos. Me alojo en el Motel Miami, el que está cerca de…

—El lugar más cutre del mundo, lo conozco bien. Veo que no has perdido tu gusto *vintage* —bromeó su amigo.

—¿Cuándo puedes escaparte? —lo apremió Marion.

—Ya sabes que tengo pase de salida y entrada —dijo Andrea—. Es un poco tarde, pero no me pondrán ningún problema.

En cuanto colgó el teléfono se preguntó si había sido buena idea llamar a su amigo. No quería meterlo en problemas, pero era uno de los mejores informáticos de Utopía y una de las pocas personas en las que podía confiar.

La habitación del motel era una pieza arrancada de los años setenta del siglo pasado. Incluso tenía el clásico teléfono rojo de góndola y las

lámparas de tela con flores sucias y descoloridas.

Clark estaba sentado al borde de una de las dos camas y la miraba de una forma tan inquietante que si no hubiera sido por el peligro que corría se habría salido a fuera para esperar.

—¿Entiendes lo que ha pasado en aquella sala? —preguntó el reverendo.

—No, Utopía era una organización altruista que se dedica a mejorar el mundo. Entre sus valores humanistas se encuentra el respeto a todas las creencias, aunque profesa la existencia de un Gran Arquitecto del Universo. Nunca antes he participado en un ritual de ningún tipo, por eso estaba tan fuera de onda, que no sabía cómo reaccionar.

El reverendo sacó una pequeña Biblia con la piel ajada y las esquinas machacadas.

«Y para que nadie pueda comprar ni vender, sino el que tiene la marca, o el nombre de la bestia, o el número de su nombre. Aquí está la sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia: porque es el número de un hombre, y su número es 666».

La joven tenía la sensación de que aquel hombre estaba completamente loco.

—El texto es de Apocalipsis 13 versículos 17 y 18 —le explicó el reverendo.

—¿Qué tiene que ver eso con Utopía?

—¿Aún no lo entiendes? Tu jefe es el Anticristo, el hombre de pecado que debía manifestarse en los últimos tiempos.

Marion frunció el ceño.

—Todo eso son tonterías. Nadie cree ya en las viejas profecías. El señor Franklin defiende la superioridad de la Ciencia, la necesidad de salvar el planeta, y ha desarrollado una tecnología capaz de devolver a los hombres su anhelada inmortalidad.

El reverendo buscó otro texto de la Biblia.

«Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre. Y lo sacó Jehová del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado. Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida».

—Este texto se encuentra en Génesis capítulo 3 versículos 22 al 24. Desde el principio el ser humano ha querido comer del Árbol de la Vida, pero Dios dispuso que cada hombre debía morir y después se

desataría el juicio de su alma. Ese hombre al que llamas tu líder es en realidad el que ha venido para esclavizar a la humanidad entera bajo el yugo del Diablo. Si lo consigue, miles de millones de personas morirán.

44

New York City

Thomas Franklin y Sally se subieron al helicóptero con Lucía. El aparato despegó desde la azotea y en unos minutos pudieron contemplar la ciudad a sus pies: aquellos suntuosos edificios, pequeñas piezas de Lego colocadas de forma desordenada. El hombre sintió como si su ego se inflara aún más, como si una voz interior le dijera que dentro de muy poco todo lo que observaba y mucho más sería suyo. ¿Acaso algún hombre había soñado en otra época dominar la tierra por completo? Ni el gran Alejandro; tampoco Augusto, Carlo Magno, Gengis Kan, ni Hitler habían tenido jamás bajo sus pies la totalidad de las naciones de la tierra.

El helicóptero tomó rumbo a Washington. El presidente Preston, el más viejo en la historia del país, lo esperaba. Su vicepresidente era el primer hombre hispano en el puesto.

El helicóptero aterrizó en la Casa Blanca. El presidente le había prometido la máxima protección. Thomas Franklin no era un hombre muy confiado, pero sabía que Preston no podría hacer nada para frenar su poder. Los servidores de la CIA, el FBI y la mayoría de las agencias gubernamentales ya se encontraban bajo su control, así como el Pentágono y todas las secretarías.

El presidente los esperaba al pie de pista. Se apoyaba sobre un bastón y su rostro casi transparente, repleto de venitas azules, contrastaba con sus grandes gafas de sol.

—¡Querido presidente!

—Thomas, qué gran alegría tenerlo en la casa de todos los norteamericanos.

Las dos mujeres se quedaron en un segundo plano, caminando al lado del vicepresidente García. La mayoría de los vicepresidentes eran meras comparsas de sus jefes, pero en este caso se rumoreaba que García era el verdadero hombre fuerte del Gobierno.

—¿Está todo preparado para la ceremonia? —preguntó Thomas Franklin.

El presidente sonrió con sus labios afilados, que rompía su cara por encima de la barbilla.

—Sí, creemos que asistirá casi un millón de personas, una cifra increíble. Es la primera vez que se permite que asista público, después del asalto al Congreso de hace dos años.

Aquello intranquilizó un poco a Thomas Franklin. Por un lado le encantaba ser alabado por las masas, pero por otro lado era consciente de que lo rodeaban muchos enemigos.

—También habrá gente de la nuestra para apoyar.

El presidente parecía algo molesto por las palabras de su invitado.

—Necesitamos asegurarnos de que todo salga a la perfección —insistió Thomas Franklin—. Piense en el país. Necesitamos que la transición sea sin sobresaltos.

Los dos hombres entraron el despacho oval y el resto se quedó fuera.

El presidente le sirvió un café y él se puso una manzanilla.

—¿Ha tenido un viaje cómodo?

—Sí, aunque hemos sufrido un asalto. Lo cierto es que ha sido un fallo de seguridad imperdonable.

—Lo entiendo —dijo el presidente—, los enemigos de la humanidad se encuentran por todas partes.

Los dos hombres dieron un sorbo a sus bebidas.

—El mundo es un lugar más oscuro —dijo el presidente como si pensara en voz alta—. El poder de China no deja de acrecentarse. Están a punto de dominar todo el planeta, por no hablar de los ataques constantes de Rusia contra nuestra democracia. Aquí también han prosperado los enemigos de la libertad. Estamos en un momento muy delicado para la humanidad. Mi generación no supo enfrentarse a los grandes problemas de su tiempo, por no hablar de los intereses de muchas multinacionales que han frenado el progreso de la humanidad o promovido guerras. El liderazgo de los Estados Unidos ha llegado a su fin. El único que puede salvarnos es usted, Thomas.

El fundador de Utopía miró al otrora hombre más poderoso del mundo con cierta pena. No era más fuerte el que dominaba el mayor arsenal militar del mundo, sino el que consideraba que su causa era superior. Era cierto que las generaciones pasadas habían cometido muchos errores, pero el mayor de todos había sido pensar que el mundo podía regirse de una manera justa. El único idioma que entendía la mayoría de los países era la pura fuerza bruta.

—Lo importante —le respondió Thomas Franklin— es que el mundo pueda observarnos y se dé cuenta de que somos el único remedio verdadero para cambiar las cosas. Mañana todo el planeta estará atento a lo que suceda aquí.

—¿Por qué cambiaste de opinión en el último momento? —dijo el presidente—. Creí que celebraríamos la toma de posesión en Nueva York.

—La ciudad no es tan segura, como ha dicho antes —dijo Franklin —. Cada vez son más poderosos los enemigos que nos rodean. Por eso le he prometido a usted que me desharé de ellos en muy poco tiempo. Mis programas informáticos pueden detectar a todos los disidentes políticos, antisistema, patriotas y racistas y borrarlos de un plumazo con nuestro ejército de drones. Ya sabe que a veces a los seres humanos ciertos actos les pueden hacer dudar, pero las máquinas son

más obedientes. Además yo no necesito aprobación del Congreso: no temo a ningún tipo de comisiones ni debo mi cargo a ningún *lobby*.

El presidente Preston frunció el ceño. Era la primera vez que parecía alterarse. Su rostro de piel fina y transparente se encendió por unos instantes.

—No es esa la razón principal de nuestra alianza —dijo el presidente—. Lo único que deseo es que el mundo no sucumba a la destrucción y al caos. Yo no tengo fuerzas para liderar nada, pero me temo que la alternativa a mi poder es aún peor.

Thomas Franklin dio por finalizada la reunión, pero al salir del despacho le salió al paso el vicepresidente García.

—Tenía que haber estado en esa reunión —empezó a decir—. Soy el …

—Miré, señor García, le voy a dejar las cosas muy claras. Reúna en Davos a los hombres más poderosos del planeta para que reconozcan mi nombramiento y se sometan a nuestro poder. Después le permitiré que siga con su estúpido puesto o ¿prefiere que todo el mundo conozca sus secretos?

El hombre negó con la cabeza.

Thomas Franklin se dirigió a las dos mujeres y se las llevó hacia una de las habitaciones. Necesitaba relajarse un poco. Gobernar el mundo era algo mucho más estresante de lo que había imaginado.

45

Toronto, Canadá

El cardenal John Trudeau podía haber sido lo que hubiera querido en su vida. Además de provenir de una de las familias más poderosas de Canadá, ser rico y guapo, tenía una inteligencia superior a la media y era uno de los mejores oradores de su tiempo. Muchos se preguntaban por qué había elegido ingresar en la Iglesia católica, una de las instituciones más obsoletas y caducas que existían en el mundo. Pero él, en cambio, pensaba de otra manera. Imperios habían nacido, crecido y sucumbido mientras la Iglesia permanecía casi intocable. El cristianismo había sufrido casi trescientos años de persecución antes de ser legalizado. Después había logrado conquistar el mundo entero sin la fuerza de las armas. No poseía ejércitos, tampoco era tan rico como se decía, pero todos los reyes de la tierra se inclinaban ante su poder y era la organización con más seguidores del planeta. Pero, sobre todo, había otra cosa que le atraía sobremanera. Su líder era el único en el mundo al que se le consideraba infalible, que no tenía ningún control ni contrapoder. El papa podía hacer y deshacer casi sin limitaciones y su influencia era planetaria.

Trudeau bajó del coche y se acercó al avión privado enviado por el Vaticano. Amaba Canadá, no creía que hubiera un lugar mejor sobre la tierra, pero Roma seguía siendo el centro del mundo. De aquella ciudad sobre siete colinas debía salir el hombre que gobernaría el mundo.

El cardenal más joven de toda la Iglesia católica, con su pelo castaño, sus ojos azules y su rostro angelical miró a la azafata de vuelo y no pudo evitar desnudarla con la mirada; su pelo rubio, sus enormes ojos azules, aquella falda ajustada, la blusa fina que casi transparentaba unos pechos grandes y duros. Trudeau conocía sus debilidades, y las mujeres era la que más le costaba superar. Debía tener paciencia: la moral caduca de la Iglesia estaba a punto de desaparecer; él mismo se encargaría de hacerlo.

Miró el teléfono y vio varios mensajes. Uno era de Thomas Franklin. Parecía muy preocupado por la resistencia de parte de la Curia y enviaba a uno de sus hombres de confianza a Roma. El otro mensaje era del secretario del papa advirtiéndole de que un fraile franciscano, amigo íntimo de Su Santidad estaba intentando frenar el cónclave y aún no habían logrado neutralizarlo. Por si esto fuera poco, aún más de la mitad de los cardenales no estaba de acuerdo con su nombramiento; en especial los de los países pobres de África y América.

El cardenal dejó el teléfono en la mesita y observó cómo la azafata

se inclinaba unos asientos más adelante. Pensó en lo que le haría allí mismo si ya fuera papa. Pero se contuvo: los platos más deliciosos se saborean mejor si se sabe refrenar el hambre y eso era precisamente lo que tenía que hacer.

46

Palacio de Castel Gandolfo, Italia

El palacio papal no parecía tan suntuoso por fuera. Su fachada principal era de líneas sencillas, ventanas cuadradas con contraventanas blancas y un reloj justo por encima del escudo papal. La pequeña localidad se encontraba a unos veinticinco kilómetros de la bulliciosa Roma, lo suficiente para dejar atrás el estrés y el agobio de la burocracia vaticana y las interminables audiencias.

El Lago Albano refrescaba las noches de la villa, y por el día los jardines frondosos, que aún recordaban la época gloriosa de Domiciano, aplacaban algo el calor. Después del emperador Domiciano, la ciudad había pertenecido a la familia genovesa ducal de Gandolfi y de esta había pasado a la familia Savelli a la que la Cámara Apostólica la compró en el 1569. Varios papas reconstruyeron el castillo y embellecieron el palacio, convirtiéndolo en uno de los lugares de reposo de los Sumos Pontífices.

Philip se paró con Aiko Satô frente a la fachada del edificio y lo admiró por unos instantes. Estaba casi irreconocible, se había dejado crecer un poco la barba, llevaba gafas de sol redondas y un gorro blanco, como el resto de su traje de lino. Les habían informado de que el cardenal Trudeau pasaría allí aquella noche antes de dirigirse a Roma. Tenía una importante y secreta reunión con el rabino llamado Mabus, el líder más influyente dentro de los ortodoxos y ultraortodoxos. El acuerdo más difícil aún por firmar era con varios grupos musulmanes y otro con algunas de las ramas principales de los evangélicos. Algunos pastores megaestrellas habían cambiado de opinión en cuanto les habían ofrecido dinero y posesiones. Un pequeño rebaño de fanáticos se resistía aún. La situación con las religiones animistas y asiáticas era mucho más sencilla.

Los dos hombres enseñaron sus pases en la entrada y uno de los gendarmes los llevó hasta el despacho de Raúl Leone. El hombre parecía aún más anciano y decrépito de lo que era en realidad.

—Dos de los representantes de Utopía —dijo Leone al verlos entrar —. Me alegro de conocerlos, he escuchado mucho sobre su secta.

Sato frunció el ceño y sus ojos parecieron dos cuchillas afiladas de afeitar.

—Venimos a ver al cardenal —dijo el japonés.

—Entiendo. El cardenal Trudeau está instalándose en sus habitaciones. Son muy bienvenidos, la hermana Renata les dará un cuarto confortable y podrán ver al cardenal durante la cena.

Los dos hombres parecían decepcionados.

—¿Por qué no puede ser ahora?

—En menos de media hora tiene una reunión con el Gran Rabino. Imagino que entenderán que él tenga prioridad.

Philip hizo un gesto a su compañero para que no insistiera.

—No se preocupe —dijo Philip—, nos instalaremos y después veremos al cardenal.

La hermana los llevó hasta sus habitaciones con vistas a un horrible patio interior. Cuando estuvieron a solas, Aiko comenzó a gritar furioso.

—¿Quién se han creído que son estos curas? En cuanto queramos podemos deshacernos de ellos. Son verdaderos dinosaurios.

—Recuerda que a los dinosaurios los destruyó un meteorito que dejó el planeta en penumbra —dijo Philip sin perder la calma. De no ser así, aún seguirían dominando la tierra. Necesitamos una nueva catástrofe para acabar con estos, pero todavía los necesitamos.

—No por mucho tiempo —zanjó el asunto el japonés.

Philip se fue a su cuarto y se tumbó en la cama. Pensó en Amanda, la echaba mucho de menos. En los últimos días había logrado recordar más cosas, sobre todo de su vida en Utopía, su historia de amor y la llegada de la hermana de su novia. El resto seguía aún nublado, como si su memoria no se atreviera a entrar a aquel lugar vedado.

47

En los alrededores de Washington

Marion se sintió más aliviada cuando vio aparecer a Andrea. Su compañero había reunido a un pequeño número de incondicionales que comenzaban a dudar de los métodos de Thomas Franklin. Algunos llevaban con él desde el principio, pero otros eran recientes incorporaciones. Lo que caracterizaba a la mayoría era su juventud y que pertenecían a las ramas más variadas de las profesiones que demandaba Utopía.

La habitación del motel se llenó. Se repartieron por las dos camas sin dejar de observar con curiosidad al reverendo Clark.

—Este es el reverendo Clark —dijo Marion y luego añadió—: Reverendo, estos son mis amigos de Nueva Roma.

La mayoría miró con recelo la figura gris y envejecida del pastor, como si estuvieran viendo al mismo diablo, tal vez sin percibir que al mal jamás se le percibe por los sentidos, al menos los naturales.

Marion les relató brevemente lo sucedido en Nueva York. Los jóvenes cambiaron sus caras de asombro, paulatinamente, por las de asco y estupor.

—¡Se ha vuelto loco! —exclamó Andrea, que parecía el más hastiado de todo lo que estaba sucediendo.

—Tenemos que detener esto —dijo Elisabeth, una de las informáticas mejor preparadas de Utopía y de las que había colaborado en configurar el programa de Thomas Franklin.

—Pero ¿qué podemos hacer? —preguntó Clarise, una chica francesa.

—Lo que no es aceptable es que nos quedemos con los brazos cruzados.

—Yo tengo un plan, pero necesito vuestra ayuda —dijo el reverendo y todos se volvieron para mirarlo. Lo habían ignorado durante todo ese tiempo.

—¿Qué plan? —preguntó Marion sin mucha confianza.

—Matar a Thomas Franklin. Esa es la única solución.

48

Palacio de Castel Gandolfo, Italia

En cuanto los dos enviados de Utopía desaparecieron por la puerta, Pablo de Roma y el capitán Gallo salieron del cuarto contiguo.

—Estamos jugando con fuego —advirtió el oficial.

—Me temo que no hay otra solución —respondió el fraile—. Debemos detener al cardenal Trudeau. No debe llegar con vida a Roma.

El director de la Santa Alianza frunció el ceño.

—Hace muchos años que ya no hacemos esas cosas. Vivimos en el siglo XXI; hay métodos menos expeditivos.

—Pues en este momento creo que ninguno de ellos puede parar este problema —comentó Pablo de Roma.

—¿Por qué piensa que el cardenal es un enviado de Satanás? —preguntó el Leone.

—¿No conoce las profecías? —preguntó el fraile.

El hombre se encogió de hombros y Pablo se acordó de las palabras del Evangelio que decían que el amor de muchos se enfriaría antes del fin.

—El Falso Profeta junto al Anticristo y la Bestia componen la triada satánica —empezó a decir el fraile—. El apóstol Juan fue el que más habló sobre él. Según dice, proviene de la tierra; según varias interpretaciones quiere decir que tiene todos los poderes del infierno. El apóstol dice que tiene aspecto de cordero pero que es como un dragón. El Falso Profeta será persuasivo y muchos se dejarán convencer por su discurso apaciguador. Su misión es forzar a la humanidad a adorar al Anticristo. El Falso Profeta tendrá poderes sobrenaturales y podría hacer descender fuego del cielo. Castigará a los que reúsen adorar al Anticristo y a la Bestia.

Entonces el fraile comenzó a recitar de memoria el pasaje de Apocalipsis 13:

«Me paré sobre la arena del mar, y vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo.

»Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león. Y el dragón le dio su poder y su trono, y grande autoridad.

»Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia,

»y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: "¿Quién hay como la bestia, y quién

podrá luchar contra ella?”.

»También se le dio boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses.

»Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo.

»Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación.

»Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo.

»Si alguno tiene oído, oiga.

»Si alguno lleva en cautividad, va en cautividad; si alguno mata a espada, a espada debe ser muerto. Aquí está la paciencia y la fe de los santos.

»Después vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón.

»Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada.

»También hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres.

»Y engaña a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer en presencia de la bestia, mandando a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia que tiene la herida de espada, y vivió.

»Y se le permitió infundir aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablase e hiciese matar a todo el que no la adorase.

»Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente;

»y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre.

»Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis».

El capitán y el director de la Santa Alianza no estaban muy convencidos, pero ambos se atrevieron a preguntar qué podían hacer para detener a alguien así.

—Tenemos que acabar con él —concluyó Pablo de Roma—. Su poder es muy superior al nuestro, las armas humanas me temo que no serán suficientes.

49

Palacio de Castel Gandolfo, Italia

El cardenal Trudeau se había dado una ducha, después había tomado un poco de fruta y había ido a recibir al Gran Rabino. Posiblemente el líder religioso más controvertido después de él mismo era Mabus. Ninguno de los dos había cumplido aún los cincuenta, aunque estaban a punto de hacerlo; ambos en sus respectivas religiones eran amados y odiados por igual. También eran atractivos y tenían un gran poder mediático.

El cardenal saludó a Mabus y este, vestido con el clásico traje negro de judío ultraortodoxo le hizo una leve inclinación. Los judíos y los cristianos siempre habían tenido una tensa relación, en especial con la Iglesia católica. Los judíos habían perseguido a los primeros cristianos por considerarlos una secta herética salida de su mismo seno; lo segundos habían acusado a los judíos de haber asesinado a Jesús y haberlo rechazado como Mesías. Durante siglos la Inquisición había perseguido a los judíos conversos y había expulsado de varios lugares del mundo a los hebreos.

—Me alegra conocerlo por fin —dijo Mabus—. Hemos hablado muchas veces por teléfono, pero siempre he preferido el cara a cara.

—No puedo estar más de acuerdo, Gran Rabino.

—Por favor, llámame Mabus.

Trudeau había visto algunos vídeos en que llamaban al joven rabino el verdadero Mesías de Israel, pero esas cosas a él no lo impresionaban. Sabía perfectamente quién era el varadero; otra cosa muy diferente era que aceptara sus enseñanzas espirituales, que parecían alejar al hombre de su realidad material y convertirlo en un alma vagante.

Los dos hombres comenzaron a caminar por los jardines, bajo los majestuosos pinos y oliendo el aroma de las flores.

—Tengo que reconocer que Roma siempre ha sabido disfrutar de los placeres de la vida —dijo el judío.

El cardenal sonrió.

—Lo que hemos intentado es parecernos al sacerdocio de Abraham, más que al de Cristo. Nuestro maestro no deja de ser un carpintero, un galileo obsesionado con destruir el sistema ceremonial sacerdotal. Pero ¿qué es la religión sin liturgia ni jerarquía? Es una mera creencia espiritual anárquica y que tiende a disolverse, como el azucarillo en el agua. Nosotros hemos logrado mantener todo esto contra viento y marea, aunque estoy seguro de que nuestro fundador nos habría sacado de estos palacios a latigazos. Su reino no era de este mundo, pero en el fondo este es el único que tenemos.

El Gran Rabino no se sorprendió de las palabras del cardenal. Estaba de acuerdo con él: si Jesús era el verdadero Mesías, no merecía la pena seguirlo; al fin y al cabo, el Mesías prometido era un gran rey que venía a gobernar y dar poder a su pueblo, no un prófugo de la justicia, clavado en una cruz y enterrado como un perro.

—Estamos de acuerdo en casi todo, pero no nos gusta que entren los musulmanes. Ya sabes que nos odian con toda su alma.

—Eso no puedes negarme que os lo habéis ganado a pulso —dijo el cardenal—. Desde Abraham y el maltrato a Agar y su hijo Ismael, pasando por la lucha contra sirios, egipcios, palestino y libaneses.

El judío frunció el ceño.

—Únicamente nos defendemos, pero no hay mejor defensa que un buen ataque. Esa gente es primitiva y no se puede gobernar con la razón.

El cardenal afirmó con la cabeza, pero después contestó:

—Por ahora hay que meterlos en el redil. Cuando esté en marcha la religión universal, ya veremos cómo limitamos su influencia. En el fondo son nuestro hermano menor.

—Dentro de poco seremos «los portadores de la luz» —dijo el rabino —. Suena muy hermoso, ¿no crees?

—Siempre he admirado la luz. Y el que nos guía es el ángel de luz. El único que tuvo el valor de enfrentarse al tirano del universo —dijo el cardenal.

Ambos sabían bien a quién se refería. Para ellos era mejor servir a alguien que era capaz de darte todo lo que deseabas en vida, que a un Dios que te prometía una vida eterna de la que nadie había regresado jamás.

50

En las proximidades de Washington

Los amigos de Marion lograron introducir al reverendo Clark en las instalaciones de Nueva Roma. Al día siguiente sería la inauguración oficial de la ciudad y se transmitiría en vivo para el mundo entero. El reverendo se sorprendió de que alguien malvado pudiera crear al mismo tiempo belleza, progreso y armonía. Era consciente de que el Mal, con mayúsculas, era fundamentalmente la ausencia del bien. No existía nada neutro, pero lo que no se hacía para dar gloria a Dios terminaba dándosela al ser humano y al final lo privaba del respeto a la vida que le concedía el estar hecho a imagen de Dios. Cuando el hombre dejaba de creer en Dios era capaz de hacerlo en casi cualquier cosa.

Lo llevaron hasta la sala de mandos. Allí comenzaron a trazar un plan para el día siguiente.

—Sabemos todo el itinerario —dijo Andrea—. En el fondo se parece mucho al que hace cualquier presidente norteamericano después de su investidura. Juramento en el Capitolio, caminata hasta la Casa Blanca y audiencia con autoridades. La única diferencia es que después vendrá hasta aquí para inaugurar oficialmente la ciudad más avanzada y autosostenible de la tierra, la que será el modelo en el que se basarán todas las demás.

—Pues entonces, lo tengo claro —dijo Marion—: el mejor lugar será este. Imagino que tras la ceremonia Thomas bajará la guardia. Además, aquí tenemos acceso a todos los edificios y controlamos los sistemas. Cuando entre en el gran salón, el que sirve de comedor colectivo para la mayor parte de los ciudadanos, cerraremos la puerta. Allí no temerá que nadie intenté acabar con su vida. Su arrogancia es su mayor debilidad.

—La pregunta es cómo terminamos con su vida —dijo Clarise.

—Creo que el método tradicional es el mejor. Dos tiros —propuso Andrea.

—La Biblia dice que solo perecerá con el Espíritu de la boca que saldrá de Cristo —dijo el reverendo Clark.

Todos lo miraron intrigados.

—¿No estará refiriéndose a agua bendita? –quiso saber Marion.

El reverendo no le contestó, sino que se limitó a recitar un versículo de la Biblia en Daniel 8:25:

«Y por su astucia hará que el engaño prospere por su influencia; él se engrandecerá en su corazón, y destruirá a muchos que están confiados. Incluso se levantará contra el Príncipe de los príncipes,

pero será destruido sin intervención humana».

—No lo entiendo —dijo Marion.

—Tendremos que electrocutarlo: una carga suficiente para matar a un elefante —contestó el reverendo ante el asombro de todos.

—¿Por qué de esa forma?

—No podemos herirlo, tampoco acercarnos a él sin ser destruidos, pero de esta forma sucumbirá, por la fuerza creada por Dios. Una fuerza invisible, aunque capaz de matar.

—Me parece bien —contestó Andrea.

—Pues tenemos que preparar todo lo antes posible —concluyó el reverendo—. Antes de veinticuatro horas estará aquí con todo su séquito.

El grupo se puso manos a la obra. Sabían que la única forma de sorprender a Thomas Franklin era producir algún tipo de distracción que le hiciera bajar la guardia. Por eso iban a preparar el mejor espectáculo que había visto jamás y todo saldría en vivo para que lo contemplasen millones de personas.

51

Palacio de Castel Gandolfo, Italia

Philip y Aiko bajaron al salón para cenar. No había demasiada gente en la estancia. Además de Raúl Leone y el cardenal, otros dos hombres italianos comían en un lugar aparte. El Gran Rabino había tomado un vuelo a Jerusalén apenas unos minutos antes.

—Estos son Philip y Aiko —dijo Leone a Trudeau, que apenas levantó la mirada de la sopa, como si estuviera demasiado cansado por el viaje para entablar una nueva conversación.

—No queremos importunar —dijo Aiko—. Nos ha enviado personalmente Thomas Franklin. Debemos velar por su seguridad y por la del cónclave.

—De eso ya se encarga Leone y nuestra Guardia Suiza.

La respuesta seca del cardenal no los desalentó.

—Entiendo, pero no puede confiar en la mayor parte de la Curia. Sabemos que tiene enemigos por todas partes.

—Cualquier hombre de valía los tiene —dijo el cardenal.

Aiko frunció el ceño y miró directamente a la cara del canadiense.

—No estamos aquí para discutir —dijo el japonés—. Seguimos órdenes y usted también.

—¿Ordenes? La Iglesia no recibe órdenes de seglares. Somos nosotros los que hemos puesto y quitado reyes. Estoy dispuesto a ungir a Thomas en Jerusalén y meter a mi iglesia en su conglomerado de religiones, pero no soy su esclavo.

Philip agarró el brazo de su compañero y le hizo un gesto para que se tranquilizase.

—Perdone eminencia, tiene razón —dijo entonces Philip en tono conciliador—, pero le rogamos que acepte que estemos con usted hasta que sea nombrado papa.

El cardenal miró a Leone. Este parecía indiferente a los comentarios de los dos extranjeros.

—Está bien, pero se vestirán de sacerdotes. No nos conviene que el resto de los cardenales sepa quiénes son.

Al otro lado del salón, Pablo y Gallo observaban la escena.

—¿Qué quiere hacer? ¿Cuál es su plan? —preguntó el gendarme.

Pablo de Roma no dejaba de mirar la espalda del cardenal.

—Pues retenerlo, secuestrarlo y, si eso no funciona, matarlo.

—¿Está loco? —se alarmó el capitán—. Es un príncipe de la Iglesia.

—Será de la de Satanás —respondió el fraile—, porque de la de Cristo no es.

John Trudeau se puso en pie tras la cena y pidió a Leone que preparase el helicóptero para ir al Vaticano. El cónclave comenzaba al

día siguiente y no podía faltar si quería asegurarse de ganar la elección.

En cuanto salió de la sala, Philip y Aiko se retiraron para recoger su equipaje: viajarían en el mismo aparato que el cardenal.

Raúl Leone se acercó hasta el fraile y el gendarme, miró a ambos lados y les dijo casi en un susurro:

—Se encuentra en sus habitaciones, esta es su oportunidad. No hagan ninguna locura o me veré obligado a intervenir.

—Ese hombre es un monstruo —dijo Pablo de Roma.

—Lo único que veo cuando lo miro es a un cardenal —respondió Leone—. Puede que tenga razón, pero mi deber es proteger a todos los miembros de la Iglesia.

—Será apenas un instante —dijo el gendarme para tranquilizar al director de la Santa Alianza.

El anciano puso un gesto de incredulidad, pero los dejó marchar.

Los dos hombres se dirigieron directamente a la habitación del cardenal. Movieron el pomo y la puerta se abrió con facilidad. Miraron en su interior, pero no había ni rastro del joven prelado.

—¡Mierda! —dijo el gendarme.

—Mira en el cuarto de baño —le pidió Pablo mientras se dirigía al balcón.

El gendarme abrió la puerta del baño y se dio de bruces con el cardenal.

—¡Qué demonios…! —exclamó asustado Trudeau.

Gallo lo agarró de un brazo y le dio la vuelta para esposarlo.

—Pero ¿no sabe quién soy?

—Sí, lo sabemos. Por eso vendrá con nosotros de inmediato.

—Esto es un atropello. Estamos en un lugar sagrado.

Pablo entró en el baño y miró fijamente al cardenal.

—¿Un lugar sagrado? ¿Qué sabrá usted de nada sagrado? Ha vendido su alma para ocupar el trono de San Pedro.

La mirada del canadiense pareció encenderse por momentos, comenzó a gritar y Felice Gallo le puso un trapo en la boca.

Lo sacaron por la puerta y recorrieron el pasillo mientras el hombre balbuceaba. Llegaron hasta el aparcamiento y buscaron un coche que tuviera llaves. Estaban a punto de meterlo dentro cuando escucharon una voz a sus espaldas.

—¿Qué creen que están haciendo?

Al girarse vieron a Philip y Aiko que los apuntaban con sus pistolas.

Los dos se parapetaron detrás del cardenal, y Gallo sacó su arma.

—No se acerquen o acabaremos con él.

Los dos enviados de Thomas Franklin se detuvieron en seco. No podían dejar escapar a Trudeau, pero tampoco podían permitir su secuestro.

Pablo entró en el coche y arrancó el motor. Gallo estaba introduciendo en la parte de atrás al cardenal cuando sintió la primera bala que atravesaba su espalda. Las siguientes ya no las sintió. Mientras la vida comenzaba a escaparse de su cuerpo, pensó en sus hijos y en que ya no los volvería a ver.

52

La Casa Blanca, Washington DC

Thomas Franklin había prometido a su ejército de seguidores que sería la ceremonia más fastuosa que se había realizado jamás. Sus colaboradores habían organizado un espectáculo tan suntuoso como la coronación de la reina Isabel de Inglaterra, el Sha de Persia y la ceremonia por la que Napoleón Bonaparte había sido nombrado emperador. Todo estaba estudiado al detalle y, además del presidente de los Estados Unidos y los presidentes del Senado y el Congreso, asistirían la presidenta de la Unión Europea, el presidente de Canadá, México y otros mandatarios de América Latina.

Los países más díscolos aún se resistían; en especial China, que había logrado en parte restablecer sus sistemas informáticos a pesar de los ciberataques de los *hackers* de Utopía. Rusia estaba a punto de sucumbir y el resto estaba firmando acuerdos de emergencia para recuperar la normalidad en sus territorios. Thomas Franklin también había ordenado de forma disimulada el asesinato de varios presidentes, pero de manera discreta, para que parecieran accidentes o muertes naturales.

Thomas Franklin miró a las dos mujeres que estaban tumbadas a su lado. Lucía y Sally eran perfectas: serían los habitáculos ideales para sus hijos. Entonces su reinado no tendría fin: podría vivir casi doscientos años y convertir al planeta en un lugar próspero y hermoso, donde reinaran los más preparados, convirtiendo a unos pocos en esclavos y dejando que el resto, lo que él solía llamar «sobrante», desapareciera por completo.

Lucía se levantó para ir al baño y su cuerpo sensual pareció flotar debajo del camisón transparente.

—Tengo miedo —dijo Sally.

—¿Por qué dices eso? —se extrañó Thomas Franklin—. En unas horas seremos los seres más poderosos del planeta; nadie podrá hacernos frente. Nuestro reino durará mil años. Con la tecnología que he descubierto, el envejecimiento es tan lento, que nos convertirá casi en inmortales. Después intentaré que mi mente pase a los hijos que tenga con vosotras. Ellos me darán cuerpos fuertes de recambio que encajen a la perfección con mi genética. No os preocupéis, tengo eso mismo preparado para vosotras.

La mujer se incorporó un poco y miró a los ojos de Thomas. Le parecieron tan vacíos como una simple fachada, en cuyo interior ya no existiera el hombre que había creado Utopía.

—He tenido pesadillas —dijo Sally—. Creo que no sabes con qué poderes te has aliado.

—Claro que lo sé. Quería cambiar el mundo, pero los intereses de unos pocos me lo impedían. Lo intenté por las buenas, dando ejemplo, pero los poderosos no quieren soltar las riendas del planeta, aunque sepan que este corre hacia el abismo. Entonces me alié con una fuerza ancestral que lleva detrás de controlar la tierra miles de años. Esa fuerza que el Hijo de Dios rechazó, a pesar de que le prometía que tendría a su disposición el mundo entero. Ya te conté la historia: Dios no quiere que comamos del Árbol de la Vida, pero es demasiado tarde, ya he probado ese manjar.

Sally se sentó, cruzó las piernas y las abrazó, como si quisiera convertirse en feto en el vientre de su madre de nuevo.

—No soy religiosa, ya lo sabes, pero no creo que esa fuerza se contente con estar en un segundo plano. Te está utilizando, pero aún se puede dar marcha atrás.

El hombre se sentó y miró con desprecio a la mujer.

—¡No lo entiendes! ¡Nací para cambiar el mundo, mi vida tiene un propósito, no puedo negarme a cumplir mi destino!

Sally notó cómo el rostro del hombre se demudaba. Ya no era él, como si en su interior habitase otra persona que había logrado hacerse fuerte y dominarlo por completo.

53

Ciudad del Vaticano, Roma

El secretario papal, George Gänswein, ya había recibido el mensaje del cardenal de Toronto: en menos de una hora estaría en el Vaticano, la vida del papa ya no era necesaria. Se acercó hasta sus dependencias, que estaban vigiladas por los miembros de la Guardia Suiza a cargo de Stefania Miller. A pesar de haber fracasado en su misión de dar caza al capitán de los gendarmes y al fraile, era la persona del cuerpo militar en la que más confiaba el secretario.

—Que nadie entre hasta que yo salga —le dijo a los dos guardias. Después entró en la habitación que se encontraba en penumbra.

—Ya vienes a terminar con mi vida —dijo el papa desde su lecho, como si hubiera adivinado en medio de la oscuridad que el ángel de la muerte se aproximaba hacia él.

—No lo entendéis, Santidad, pero lo que estoy haciendo salvará a la Iglesia.

El secretario se paró justo enfrente del agonizante pontífice.

—George, cuando te conocí eras apenas un crío. Te puse en una de las máximas dignidades de la Iglesia y así me lo pagas. No eres mejor que Judas, que vendió a nuestro Señor por un puñado de monedas.

El secretario no pareció alterarse. Tenía las manos juntas, al frente; el rostro algo inclinado, como si aún abrigara algún sentimiento hacia el que había sido su mentor y su amigo, casi como un padre.

—Mi lealtad se encuentra en otro lugar, Santidad. Sus ideas caducas están destruyendo lo que aún queda de la Iglesia. No podemos resistirnos al paso de los tiempos. Las únicas diócesis que crecen son las de los países del sur, pero no creo que la Iglesia pueda ser gobernada por esos salvajes. Apenas pueden controlar sus países. Los jóvenes abandonan la Iglesia, los ancianos que nos apoyan mueren paulatinamente. Trudeau es nuestra esperanza. Cuando esté fuerte se deshará de Thomas Franklin y la Iglesia recuperará el poder de antaño. Prohibiremos el resto de los credos y nuestro apostolado cubrirá toda la tierra.

El anciano comenzó a toser y el secretario le dio agua en un vaso.

—No se puede vender el alma al diablo y pretender salir ileso —dijo el papa—. Thomas Franklin es el Anticristo, el hombre blasfemo anunciado por el apóstol Juan tantas veces. Su poder nadie podrá pararlo; el único que tiene esa potestad es el Hijo de Dios.

—Tonterías —respondió el secretario—. Esas viejas profecías no son ciertas. La Biblia contiene la Palabra de Dios, pero también muchas leyendas y supercherías. El libro del Apocalipsis es una de ellas.

El papa levantó la mano derecha y señaló al hombre.

—Blasfemas, toda la Palabra de Dios es verdadera. Las profecías se están cumpliendo: los judíos están a punto de rehacer el templo y proclamar a su falso mesías. El tiempo del fin se ha cumplido, pero la Iglesia tiene que estar al lado de su Señor, no de Satanás.

George comenzaba a perder la paciencia. Se había imaginado esa escena muchas veces, pero jamás así.

—La Iglesia es una construcción mucho más fuerte que las supercherías de ese mesías galileo —dijo el secretario—. ¿Cree que él habría aprobado todo esto? Las catedrales, los palacios, un banco de Dios. Jesús habría entrado con sus cuerdas y nos habría sacado a todos a latigazos.

—¿Cómo puedes hablar así? —dijo el papa—. Yo soy el Vicario de Cristo.

El secretario chasqueó la lengua y después sacó de su bolsillo la jeringuilla.

—No le dolerá. De todas formas está a punto de cumplir los noventa años, es el momento que se reencuentre con su Señor. Amado Pontífice, la Iglesia católica hace mucho tiempo que abandonó los negocios de allí arriba; ahora simplemente gestionamos los de aquí abajo. Pondremos en el trono de san Pedro a la persona adecuada, lo hemos hecho siempre. Descanse en paz.

El secretario remangó el pijama del papa y le inoculó el veneno.

Sabía que no dejaba rastro, además de que no permitiría que nadie le realizase una autopsia.

El papa miró al techó negro, abrió muchos los ojos e intentó decir algo, pero lo único que salió de sus labios fue el suspiro de la muerte.

54

Palacio de Castel Gandolfo, Italia

Pablo de Roma miró a su espalda y contempló con horror cómo el capitán se desplomaba en el suelo. Pensó en pisar el acelerador y escapar de allí lo más rápido posible, pero eso lo alejaría del cardenal y permitiría que este se saliera con la suya. Por eso se quedó sentado con las manos en el volante, mientras los dos hombres lo rodeaban.

—Salga del coche con las manos en alto.

El religioso obedeció y se quedó parado, mientras miraba hacia el cuerpo del gendarme. Aiko le quitó las esposas al cardenal y se las colocó a Pablo.

—¿Qué hacemos con este?

—Será mejor que nos lo llevemos. Tenemos que partir para Roma cuanto antes —dijo Philip, que no había disparado contra el gendarme. Algo en su interior seguía diciéndole que lo que hacía estaba mal.

Llevaron al cardenal y al prisionero al helicóptero. A los pocos minutos estaba sobrevolando la pequeña villa en dirección a Roma.

Raúl Leone llegó hasta el coche poco después de que los hombres de Thomas Franklin se marcharan y observó el cuerpo del policía.

—Pobre hombre —dijo mientras cubría el cuerpo con una chaqueta.

—¿Qué hacemos con él? —dijo uno de los hombres de Leone.

—Bueno, oficialmente está desaparecido. Deshagan el cuerpo en ácido y después destruyan todas las pruebas.

El director de la Santa Alianza escuchó las aspas del helicóptero y levantó la vista. Ya casi se había puesto el sol cuando el aparato se alejó por el horizonte y Leone se prometió a sí mismo que iría a Roma: no podía permitir que un papa apóstata ocupara otra vez las silla de san Pedro. Aquella profanación se había producido en muchos momentos de la historia de la Iglesia, pero no sucedería mientras él ostentara aquel cargo. De eso estaba completamente seguro.

55

Plataforma frente al Capitolio, Washington DC

Nunca había estado en el Capitolio, le parecía un edificio vacío de contenido. Todos los valores de los Padres Fundadores le parecían caducos, casi ridículos.

«NOSOTROS, el Pueblo de los Estados Unidos, a fin de formar una Unión más perfecta, establecer Justicia, afirmar la tranquilidad interior, proveer la Defensa común, promover el bienestar general y asegurar para nosotros mismos y para nuestros descendientes los beneficios de la Libertad, estatuimos y sancionamos esta CONSTITUCIÓN para los Estados Unidos de América».

Se sabía el texto de memoria, se lo habían hecho aprender desde niños, pero todas aquellas eran palabras vacías.

El reverendo del Capitolio hizo una breve oración delante de los senadores, congresistas y el presidente. No se molestó ni en cerrar los ojos. Sus palabras eran tan huecas como incoherentes.

—Dios del Universo, creador de todo lo creado, te pedimos que presidas esta ceremonia, que unjas con poder a tu siervo Thomas Franklin y que nada ni nadie pueda impedirlo. Tú que pones y quitas reyes, danos la paz, danos la felicidad y danos la armonía para gobernar este mundo. Amén.

Los invitados se colocaron en la tribuna. Se escuchaba desde dentro de la sala cómo el público, más de tres millones de personas, rugía por ver a su líder. Ni Martin Luther King había logrado congregar a tanta gente. El público había llenado la explanada, las calles cercanas y casi todo el centro de la ciudad. La multitud parecía un solo hombre dispuesto a mostrar su admiración y adoración a aquel hombre que había prometido salvar al mundo.

Se escuchó una música solemne y después el Himno de la Alegría. Entonces un hombre gritó:

—¡Thomas Franklin, primer presidente Global de la Tierra, que Dios bendiga al presidente!

El líder de Utopía apareció mientras lo flanqueaban sus dos mujeres. Le hubiera gustado mostrar a las doce, pero tras la desaparición de Marion sus planes se habían frustrado, aunque muy pronto volvería al redil.

La música cesó cuando Thomas Franklin se puso enfrente del atril. El presidente del Tribunal Internacional de la Haya se dirigió hasta él y le puso en la mano un libro negro, que parecía una biblia, aunque ambos sabían que no se trataba precisamente de ese libro.

—Thomas Franklin, presidente Global de la Tierra, ¿juráis proteger y cuidar el medioambiente, hacer lo posible por revertir el cambio

climático, acatar la declaración de derechos humanos de las Naciones Unidas y convertir el mundo en un lugar mejor?

—¡Juro! —exclamó alto y claro Thomas.

—¿Juráis respetar las diversas culturas de la tierra, razas, religiones y naciones, fomentando la unión de todos los seres humanos y el fin de las barreras que separan a hombres y mujeres?

—¡Juro!

—¿Juráis servir al Ser Supremo, el Padre de Luz, aquel que liberará a la humanidad para siempre de la tiranía de los dogmas y los credos?

—¡Lo juro!

—Pues por la autoridad que me concede el Tribunal Internacional de la Haya, yo os nombro presidente Global de la Tierra.

Un alarido estalló en millones de gargantas. La gente gritaba y saltaba de emoción, personas de toda condición, raza y credo. La humanidad se había sentido tan perdida durante tanto tiempo, que ahora comenzaba de nuevo a creer en algo.

Thomas Franklin se acercó al micrófono y levantó los brazos. Llevaba toda la vida esperando ese momento.

—¡Pueblos de la Tierra! ¡Hermanos y hermanas! El comienzo de la humanidad no fue fácil. Fuimos arrojados del Paraíso para ganar nuestro pan con el sudor de nuestra frente, pero nos levantamos y creamos ciudades. Nos unimos para construir un edificio que llegara hasta el cielo, pero nos confundieron las lenguas, para que nos convirtiésemos en extraños unos de los otros. Después nos destruimos unos a otros en guerras, creamos fronteras insalvables, hasta que la humanidad se perdió por completo. A pesar de que éramos capaces de producir medicinas que nos sanaban el cuerpo, seguíamos sintiendo un profundo vacío en nuestro interior. Logramos volar como las aves, nadar como los peces y correr como los leopardos, pero también creamos armas destructivas, máquinas que han destrozado nuestro planeta por completo. Se nos negó el camino hacia el Árbol de la Vida, porque habíamos tomado del fruto prohibido del Árbol de la Ciencia, del Bien y del Mal. Se os ha negado la libertad, se han impuesto sobre nosotros las más duras reglas morales hasta convertirnos en poco más que esclavos. Ahora todo eso ha cambiado. Os prometo el acceso al Árbol de la Vida, os juro que nadie tendrá sed ni hambre jamás, que cuando terminemos con los últimos enemigos de la humanidad, estableceremos un reino de paz que durará mil años. ¡Os prometo la inmortalidad!

La multitud bramó con tal fuerza que el escenario comenzó a vibrar. Thomas Franklin sentía toda esa energía como si estuviera cumulándose en su interior.

—¡Somos libres, somos fuertes, somos uno!

Sonó de nuevo la música. La multitud bailaba y gritaba; no solo en

aquel lugar, lo hacía en miles de plazas de todo el mundo y en sus casas, mientras observaban las pantallas. Apenas una pequeña minoría sabía lo que estaba a punto de suceder en realidad, pero nadie estaba dispuesto a escucharlos. La humanidad había vuelto a caer en el embrujo de un solo hombre. La última vez que había sucedido algo así, le había costado la vida a más de 50 millones de hombres, mujeres y niños.

56

El Vaticano, Roma, Italia

El secretario del difunto papa y el cardenal Antonetti esperaban a Trudeau al pie de pista. Mientras, la noticia de la toma de posesión de Thomas Franklin también se celebraba en la Ciudad Eterna. El cardenal miró los fuegos artificiales y le comentó al secretario:

—No veía tanta euforia desde que ganamos el mundial.

—Thomas Franklin es capaz de crear el mayor espectáculo del mundo —respondió George Gänswein—, eso se lo tenemos que reconocer, pero si quiere la unidad de todas las religiones y la bendición del papa, tendrá que venir a Roma, como ha sucedido durante siglos. Los años oscuros en los que cada vez perdíamos más poder han terminado para siempre.

El cardenal Antonetti parecía algo escéptico. A la edad en la que los días son un lujo que pronto terminará, ya no esperaba demasiado de la vida. Lo único que anhelaba era mantenerse en el poder; era lo único que le hacía levantarse cada mañana, el único placer que le quedaba a un viejo decrépito.

El helicóptero aterrizó lentamente. Su color blanco destacaba sobre el cielo estrellado y la pista de asfalto. Descendieron cuatro hombres, tres más de los que esperaban los prelados.

El primero era el cardenal de Canadá. Antonetti lo había visto un par de veces antes, pero no lo recordaba tan apuesto y decidido. Lo seguía Pablo de Roma, cosa que era aún más asombrosa, y detrás de ellos otros dos hombres vestidos con hábitos sacerdotales.

—Eminencia —dijo el secretario a Trudeau—. Tengo malas noticias, el papa ha muerto,

El canadiense no mostró la más mínima emoción. Saludó a los dos hombres y no esperó al resto.

—¿Qué hace aquí Pablo de Roma? —le preguntó asombrado el secretario.

—Intentaron secuestrarme —dijo Trudeau—. Iba con un gendarme del Vaticano. Ese pobre diablo está muerto y ahora veremos qué hacemos con este.

Dos de los miembros de la Guardia Suiza se lo llevaron a la cárcel de la ciudad Vaticana. Mientras tanto, los tres religiosos se dirigieron al despacho de Antonetti. Una vez que estuvieron completamente solos comenzaron a hablar.

—¿Quiénes son esos dos sacerdotes? —le preguntó el sacerdote.

—Hombres de Utopía —contestó el cardenal.

—Ahora nos vigilan.

—Eso parece —respondió George, sin que pareciera que aquello le

afectaba mucho.

—Tranquilos, hermanos —dijo el cardenal—, nosotros tenemos la llave. Thomas Franklin no se pasará de listo. Os lo prometo.

Antonetti le lanzó una mirada de desconfianza. Estaba harto de escuchar ese tipo de comentarios que únicamente se hacían cuando de verdad no se tenía que estar tranquilo.

—Ellos nos vigilan, pero ¿nosotros qué hacemos?

—La forma que tengo de vigilarlos es mucho más sutil, os lo aseguro eminencia.

El cardenal seguía sin confiar demasiado en aquel arrogante arribista, aunque en su dilatada vida de servicio a la Iglesia había visto ya casi de todo. El canadiense le producía escalofríos, aunque no supiera explicar por qué.

Justo en ese momento Trudeau se puso muy pálido. Su cabeza se echó para atrás como si hubiera recibido un golpe invisible en la mandíbula y comenzó a temblar.

Los otros dos hombres se pusieron muy nerviosos; se levantaron para sujetarlo, pero al tocar su cuerpo sufrieron una descarga.

—¡Dios mío! —exclamó el secretario mientras soltaba el antebrazo. Los dedos le quemaban.

Antonetti se derrumbó en el asiento, con el corazón acelerado.

Ambos habían oído hablar de los poderes proféticos del canadiense, pero no lo habían visto jamás en acción. Entonces Trudeau empezó a hablar y los dos se quedaron paralizados.

—Hijo mío, atiende a la voz de tu padre. Mis planes son perfectos, pero tenemos muchos enemigos. Te ordeno que mañana viajes hasta la ciudad de Washington y protejas a mi elegido. Él tiene que ser herido de muerte antes de que yo lo exalte. Haz esto para que el mundo crea. Confía en mí y te daré por herencia las naciones. Obedece a aquel que te ofrece la vida eterna y la libertad del opresor.

Trudeau se sacudió y, poco a poco, comenzó a regresar a la normalidad.

El cardenal se quedó con la cabeza hacia un lado y el secretario se apresuró a reanimarlo.

—¿Se encuentra bien? Dios mío, ¿qué ha sido eso?

Trudeau comenzó a despertarse. Parecía confuso. Le ofrecieron un vaso de agua y empezó a hablar:

—Tengo este don desde niño. Mis padres eran unos grandes amantes de lo oculto. Muchas noches practicaban espiritismo; también invitaban a brujos y brujas para que les leyeran el futuro. A mí no me dejaban participar, hasta que una noche en que no podía dormir bajé por las escaleras, me acerqué al salón y los vi. Era un pequeño grupo de seis personas, tenían las manos apoyadas en la mesa redonda y en contacto. El médium comenzó a invocar al ángel de luz. En ese

momento la habitación que se encontraba casi a oscuras se iluminó de repente. Una especie de halo de luz comenzó a flotar sobre sus cabezas. Poco a poco la luz se transformó en un bello rostro. Todos los asistentes miraban asombrados aquel espectáculo estremecedor. El terror se apoderó de ellos y de repente el halo de luz dejó de dar vueltas y se paró en seco. Se quedó justo frente a mis ojos y se lanzó sobre mí, desapareciendo a medida que me atravesaba. Desde aquel día sentí una lucidez increíble, como si hubiera leído todos los libros del mundo. Mi inteligencia se multiplicó y mis padres me pusieron un profesor particular.

—¿Cuántos años teníais? —preguntó el secretario.

—Nueve años. Era muy pequeño, pero aquel mentor me ayudó a manejar el don que había recibido y me dijo que debía ingresar en la Iglesia.

Antonetti estaba horrorizado. Aquello era magia negra; no tenía nada que ver con el Espíritu Santo, dijo para sí.

—Cuando el espíritu quiere, me da mensajes o me ayuda a sanar a una persona.

George parecía fascinado.

—Sois un verdadero santo en vida —dijo el secretario.

Las sombras que habían ido creciendo en su interior se disiparon por completo.

—Sé lo que piensa —dijo Trudeau—. También tengo esa habilidad. Es demasiado tarde para que se eche atrás. Mañana tiene comenzar el conclave y debo ser elegido.

—¡Eso es imposible! Nunca se ha elegido un papa en tan poco tiempo —dijo Antonetti.

—Eso no es cierto, eminencia, Julio II fue elegido en el siglo XVI en apenas unas horas.

—Eran otros tiempos —comentó Antonetti.

—Pues tendrá que ser como yo ordeno.

Las palabras de Trudeau sonaron tan decididas que los otros dos hombres se limitaron a asentir con la cabeza. El tiempo de las dudas y los temores había terminado. Ahora comenzaba una nueva era. La gente regresaría a la Iglesia al ver los poderes sobrenaturales del nuevo papa y aquello era lo único que importaba en realidad.

57

Ciudad del Vaticano, Roma, Italia

Pablo de Roma nunca pensó que algún día estaría encadenado en el centro mismo de la Iglesia que tanto amaba. Sabía que muchos mártires habían muerto en la Ciudad Eterna, no solo en el Coliseo. Otros lo habían hecho en las cárceles secretas de la Inquisición y a manos de sus supuestos hermanos. El hombre se encontraba de rodillas, orando, cuando escuchó que se abría la puerta de su celda.

—Hermano Pablo —oyó desde las sombras.

Al principio no reconoció la voz, pero después levantó la vista y vio a Raúl Leone. Parecía algo más decidido y fuerte que unas horas antes.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó el fraile sin disimular su irritación —. No movió ni un dedo para detener a ese blasfemo. Ahora ya es demasiado tarde.

—No lo es —respondió el director de la Santa Alianza—. Estaba en mi cuarto hace un rato y comencé a leer la Biblia, hasta que mis ojos se detuvieron en el capítulo 5 de la primera epístola a los Tesalonicenses. —El hombre sacó un librito y tras ponerse las gafas comenzó a leer—:

«Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba.

»Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche;

»que cuando digan Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán.

»Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como al ladrón.

»Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas.

»Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios.

»Pues los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan.

»Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo.

»Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo,

»quien murió por nosotros para que, ya sea que velemos o durmamos, vivamos juntamente con él.

»Por lo cual, animaos unos a otros, y edificaos unos a otros, así como lo hacéis».

Al terminar la lectura añadió:

—Nosotros somos esos hijos de la luz. Podemos parar al Falso Profeta y a sus cómplices, mañana mismo en el cónclave.

—Pero ¿con qué pruebas? —preguntó el fraile.

—Dios proveerá.

Pablo parecía decepcionado.

—A veces me pregunto —dijo Pablo— si no es mejor dejar que los acontecimientos se desarrollen. Cuanto antes se manifieste el Anticristo, antes regresará Cristo a por los suyos y llegará su reino eterno.

—No podemos dormir —insistió Leone—. Como dice el texto, tenemos que velar, que estar atentos. El Día del Juicio vendrá, también el reinado del Anticristo, pero la muerte de cientos de millones de personas es evitable.

Pablo negó con la cabeza. Llevaba toda su vida escudriñando las Sagradas Escrituras en Apocalipsis capítulo 8, versículos del 6 al 13:

«Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas.

»El primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, que fueron lanzados sobre la tierra; y la tercera parte de los árboles se quemó, y se quemó toda la hierba verde.

»El segundo ángel tocó la trompeta, y como una gran montaña ardiendo en fuego fue precipitada en el mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre.

»Y murió la tercera parte de los seres vivientes que estaban en el mar, y la tercera parte de las naves fue destruida.

»El tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó sobre la tercera parte de los ríos, y sobre las fuentes de las aguas.

»Y el nombre de la estrella es Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo; y muchos hombres murieron a causa de esas aguas, porque se hicieron amargas.

»El cuarto ángel tocó la trompeta, y fue herida la tercera parte del Sol, y la tercera parte de la Luna, y la tercera parte de las estrellas, para que se oscureciese la tercera parte de ellos, y no hubiese luz en la tercera parte del día, y asimismo de la noche.

»Y miré, y oí a un ángel volar por en medio del cielo, diciendo a gran voz: ¡Ay, ay, ay de los que moran en la tierra, a causa de los otros toques de trompeta que están para sonar los tres ángeles!».

—¿No lo entiende? —dijo Pablo de Roma—. Las profecías lo dejan muy claro. Habla de la destrucción de los árboles por el fuego. Cada año son más los bosques que se destruyen. La segunda trompeta habla de la contaminación del mar. Después explica la de los ríos y toda fuente de agua potable. También será una época de penumbra.

El director de la Santa Alianza no dominaba tanto las profecías del Apocalipsis. Por eso le preguntó, algo inquieto:

—¿Qué sucederá con los tres últimos ángeles?

—Eso es aún un misterio —contestó antes de explicarle cuál sería el fin de la humanidad.

58

Nueva Roma, Washington DC. Estados Unidos

Thomas Franklin se sentía tan seguro de sí mismo que hasta paseó por las calles de Washington mientras saludaba al público. Después no se dirigió hasta la Casa Blanca, ya que se había hecho construir una sede oficial de su gobierno en Nueva Roma, a un tiro de piedra del Pentágono. Lo más irónico de todo esto era que para hacerlo había destruido un bosque entero.

Cuando llegó a la altura de la Casa Blanca, hizo un gesto a los guardaespaldas y todos subieron a los coches eléctricos. La policía y la guardia nacional protegían todo el itinerario hasta la nueva capital del mundo.

El recinto de Nueva Roma estaba protegido por un perímetro de seguridad invisible, un campo de fuerza magnética capaz de rechazar cualquier objeto que se acercara o intentara penetrar por aire, tierra o bajo tierra. Thomas Franklin había pagado a la Universidad de Rice millones de dólares para que pudiera llevar a cabo su prototipo, formado por una ventana de plasma y una segunda compuesta por rayos láser, pero la más increíble era la tercera, totalmente transparente hecha de nanotubos de carbono, con solo un átomo de espesor.

En cuanto atravesaron el perímetro de seguridad, los habitantes de la ciudad salieron a recibir a su nuevo presidente. Vestían los trajes típicos de Utopía y eran algo más de cincuenta mil almas.

Los coches se detuvieron enfrente de la nueva casa presidencial, un edificio ultramoderno con forma de decágono, todo cubierto por placas solares.

A la puerta del edificio se encontraban todos los dirigentes de la ciudad, entre ellos Andrea y algunos de los amigos de Marion.

—Presidente, felicidades por su nuevo puesto. Esta es vuestra casa y nosotros sus humildes siervos.

Thomas Franklin inclinó la cabeza y tomó las manos del alcalde de la ciudad.

—Todos somos hermanos —respondió el líder—, yo soy vuestro humilde siervo.

La gente comenzó a aplaudir alrededor. Después entraron en el inmenso vestíbulo y caminaron hasta el salón principal. Allí estaba preparada la cena. En las mesas se encontraban dignatarios y representantes de casi todos los países del mundo.

Thomas Franklin fue con sus dos esposas hasta la mesa presidencial, que se encontraba sobre una amplia plataforma. Cada una de las mujeres se sentó a un lado. Sally a la derecha y Lucía a la izquierda.

—¡Que comience la fiesta! —exclamó exultante el líder de Utopía.

Salieron medio centenar de camareros y comenzaron a servir la comida, mientras en los laterales se representaban bailes y juegos malabares.

Los camareros comenzaron a servir los platos y el vino. La música sonaba por todo el salón y los invitados parecían divertirse con el increíble espectáculo.

—Me siento mal —dijo Sally mientras se tocaba la frente.

—¿Qué te sucede?

—Parece que tengo fiebre.

Thomas Franklin frunció el ceño, pero le dijo que podía retirarse para tomar alguna pastilla, aunque le exigió que regresara de inmediato.

Sally se dirigió hacia una de las puertas y en cuanto entró en el baño Marion la asaltó por sorpresa.

—No regreses a la mesa presidencial.

Sally se giró sobresaltada.

—¿Qué sucede?

—Thomas Franklin tiene que morir. No es la persona que crees: planea matar a millones de personas.

Sally se quedó paralizada.

—No entiendo.

—Será mejor que me acompañes —le dijo Marion.

La joven se llevó a Sally. Ambas subieron hasta una zona alta desde la que se contemplaba el salón. La mesa de Thomas Franklin destacaba entre todas por su altura y decoración.

Marion se comunicó con Andrea y este puso en marcha el dispositivo que habían instalado debajo de la mesa del líder. En unos segundos su vida terminaría y con ella la pesadilla del mundo que aquel loco megalómano había imaginado.

59

El Vaticano, Roma, Italia

La primera reunión del cónclave se reunió como siempre en la Capilla Sixtina del Palacio Apostólico. Aquella increíble sala reformada en el siglo XV por el papa Sixto IV había sido testigo más historia que la mayoría de los lugares del mundo. Los cardenales con sus túnicas blancas y rojas, sentados en filas, eran un espectáculo de una majestuosidad impresionante. La Iglesia católica era sin duda la más fastuosa a la hora de celebrar sus fiestas solemnes.

El cardenal Antonetti se puso en pie. El cuerpo del papa estaba expuesto en la basílica, apenas frío, pero los príncipes de la Iglesia debían determinar cuál era su sucesor. A pesar de la lenta decadencia de la institución, cientos de millones de personas seguían las ceremonias y los fastos en la Plaza de San Pedro o desde sus casas por la televisión e internet. Las deliberaciones dentro de la capilla eran secretas; únicamente se informaba al pueblo si ya habían elegido al nuevo papa haciendo una fumata blanca o negra, pero aún parecía pronto para tomar una decisión.

La mayoría de los cardenales eran octogenarios: los más jóvenes casi nunca bajaban de los sesenta. Los había de todos los países y razas, pero la mayoría seguían siendo occidentales, aunque el mayor número de feligreses se encontraba en América Latina y África.

—Hermanos cardenales, estamos aquí, una vez más, para hacer un gran servicio a la cristiandad. Nuestro amado Santo Pontífice ha muerto. Su cuerpo yace en la basílica, donde será enterrado como todos sus antecesores. Ahora nos corresponde a nosotros elegir con la ayuda del Espíritu Santo a un nuevo Vicario de Cristo, que Dios, la Virgen Santísima y todos los ángeles nos asistan.

El secretario del difunto papa, que también pertenecía al colegio cardenalicio, explicó el sistema de votaciones. En el cónclave no se presentaban candidaturas oficiales. Tampoco se daban discursos. La verdadera elección se hacía en los pasillos, donde unos y otros hablaban de sus favoritos. Poco a poco, los candidatos menos votados se iban retirando hasta que pugnaban por el resto. Solamente podía quedar uno.

—No solemos hablar de los candidatos, ya que dejamos al Espíritu Santo que nos guie, pero estamos en una situación mundial complicada y la Iglesia no puede estar descabezada mucho tiempo. En este momento que nos ha tocado vivir, es necesario que tomemos una decisión rápida y clara, para que la cristiandad no pierda su confianza en nosotros.

Las palabras del secretario molestaron a algunos de los cardenales:

una de sus prerrogativas consistía en la plena libertad de elección sin ningún tipo de coacción.

—Es inconcebible que su eminencia reverendísima intente presionar a esta asamblea —dijo el decano de los cardenales, que ya pasaba de los cien años.

—Cardenal Rossi, usted es el más…

—El más viejo —añadió el cardenal.

—Respetamos sus palabras por su edad provecta, pero el mundo ha cambiado mucho. Se presiona desde las redes sociales y los medios de comunicación. Hace unas horas se ha nombrado al primer presidente Global de la historia de la humanidad y necesitamos estar a la altura.

—Ese hombre es un blasfemo que quiere destruir a la Iglesia de Dios —levantó la voz el cardenal Rossi—. No sé por qué debemos tener tantas contemplaciones con él. Lo mismo pasó con Hitler, Stalin y Mao, pero esa política de apaciguamiento nunca nos ha favorecido. El papa que salga de esta capilla tiene que defender a la Iglesia de esta nueva apostasía.

—Hermano —dijo uno de los cardenales de origen jesuita—, no podemos pronunciarnos a favor o en contra de ningún candidato.

—¿No han dicho que son tiempos excepcionales? El fin se acerca y la Iglesia debe saber estar a la altura —expresó otro cardenal.

En ese momento apareció por el fondo de la sala Raúl Leone. Todos se quedaron sorprendidos: la capilla se cerraba con llave durante las deliberaciones.

—No puede entrar aquí —gritó Antonetti.

—Soy el director de la Santa Alianza y sé algo importante que todos deben conocer.

—Pues comuníquelo al secretario después. Ahora es tiempo de votar.

—Lo que yo diga…, bueno, lo que diga una persona que ha venido conmigo puede determinar lo que suceda aquí.

Un rumor se extendió por toda la sala. Pablo de Roma salió de las sombras y se situó junto a Leone. Muchos lo conocían, pero la mayoría no le tenía mucho aprecio, ya que durante años había sido la voz profética de una iglesia indiferente a la voz de Dios.

—No se puede exponer nada en el cónclave, esto es inadmisible —dijo el secretario.

—A no ser que la asamblea decida que quiere escucharlo —añadió Leone.

—Votemos —dijo Rossi.

La mayoría de las manos se levantaron. El secretario comenzó a ponerse nervioso, pero al final aceptaron que hablase Pablo de Roma.

Trudeau se recostó sobre la silla con cierta indiferencia, como si no temiera por su elección.

—Varones hermanos, me presento ante sus reverendísimas excelencias con humildad. Soy un fraile franciscano, el más pequeño de todos, un pecador que intenta servir a su Santa Madre, la Iglesia, a la Purísima Virgen y a nuestro amado Señor Jesucristo. En los últimos años el mundo ha atravesado uno de sus momentos más difíciles. Además de la terrible pandemia que nos asoló hace poco, el cambio climático, la destrucción de muchas especies, el aumento de la pobreza y la inestabilidad política están a la orden del día. Además estamos sufriendo la crisis moral más grave desde los años veinte del siglo pasado. La juventud está perdida, confusa y guiada por las redes sociales. En medio de todo este caos ha surgido un hombre carismático como Thomas Franklin, que parece ser la solución para todos los problemas del mundo. Un magnate de la tecnología, un visionario aún mayor que Steve Jobs o Jeff Bezos, el hombre más famoso del mundo. Franklin construyó y organizó Utopía, una sociedad idílica en el Caribe, pero tras esa fachada de filántropo y humanista se esconde una mente perversa y maligna. Franklin aprueba y defiende la eutanasia, la eugenesia, el aborto, la manipulación de embriones. Sus empresas llevan años buscando una cura para muchas enfermedades, pero sobre todo retrasar el envejecimiento y convertir al hombre en un ser inmortal. Planea exterminar a dos tercios de la humanidad y someter a cientos de millones a la condición de meros esclavos, además de prohibir todas las religiones a excepción de la que él mismo quiere fundar, mezclando varias creencias. Ese hombre tiene el apoyo del cardenal de Toronto, Trudeau, al que muchos le atribuyen poderes sobrenaturales. No sé si realmente los tiene, pero de lo que estoy seguro es de que no vienen de Dios. Al cardenal Trudeau lo acompañan dos matones de Utopía que asesinaron al capitán de los carabineros vaticanos, Felice Gallo.

Se hizo un largo e incómodo silencio, hasta que Trudeau comenzó a aplaudir.

—¡Bravo! Ha hecho un resumen casi perfecto, pero adornado con imprecisiones y medias verdades. Es cierto que deseo apoyar a Thomas Franklin, pero ¿acaso el papa Pio XII no firmó un acuerdo con Hitler? ¿No fue Pio XI quién llegó a los acuerdos de Letrán con el mismo Benito Mussolini? El mismo papa Pio VII coronó a Napoleón, al que muchos llamaban el Anticristo. Incluso Constantino fue apoyado por Silvestre I y se le otorgó el título de equiapostólico, poniéndolo al mismo nivel que los apóstoles.

—Todo eso es cierto, pero este es el hombre anunciado por las Sagradas Escrituras, es el propio Anticristo —contestó Pablo.

El cardenal Trudeau se puso en pie para decir:

—Anticristo es todo aquel que niega a Cristo. Ha habido muchos

según la Biblia y el mismo apóstol Juan. Lo que yo deseo es controlar a Thomas Franklin antes de que este nos controle a nosotros. De otra manera, la Iglesia sucumbirá, los aliados de Utopía prohibirán nuestra fe y el rebaño de Dios se dispersará. ¿Es eso lo que quieren?

—¡Sois un blasfemo! —gritó Pablo fuera de sí.

—¿Un blasfemo? ¿Por decir la verdad? ¿Acaso no intentasteis secuestrarme y asesinarme? —El fraile agachó la cabeza—. El mentiroso y blasfemo sois vos, fray Pablo de Roma.

—El secretario del papa y su excelencia han matado al papa —le respondió Pablo—. ¿Lo negaréis también?

—El papa ha muerto de causas naturales. Era un hombre de casi noventa años —dijo el secretario en defensa del cardenal.

Los miembros del cónclave comenzaron a alborotarse. De repente Pablo se dirigió hacia Trudeau con un cuchillo en la mano. El cardenal lo vio a cercarse, pero no reaccionó.

—¡Eres la Bestia del Apocalipsis! —gritó el fraile antes de lanzarse contra él.

El cardenal levantó las manos y dio un alarido que no parecía humano. Pablo sintió como si un viento huracanado lo frenase en seco. Después levantó la mano para clavarle el cuchillo, pero su mano se volvió y comenzó a apuñalarse a sí mismo.

Raúl León sacó el arma e intentó disparar al cardenal. El secretario se interpuso y cayó abatido en el acto. El director de la Santa Alianza se quedó mudo, con el arma aún humeante entre las manos.

Trudeau se agachó y puso sus manos sobre el pecho del secretario, que estaba agonizando, cuando este tosió sangre.

Antonetti comenzó a darle a asistirlo, pero de repente el hombre tosió de nuevo y abrió los ojos. Después se puso en pie.

Todos los miembros del cónclave comenzaron a gritar:

—¡Milagro, milagro! ¡Dios lo quiere!

Allí mismo proclamaron a John Trudeau como el papa Juan XXIV.

Mientras Pablo de Roma agonizaba en el suelo, la fumata blanca asomaba por la chimenea de la Capilla Sixtina y la gente comenzaba a gritar de alegría en la Plaza de San Pablo.

60

Nueva Roma, Washington DC, Estados Unido

La fiesta se encontraba en su punto álgido. Parecía que la bebida y la droga habían desatado el desenfreno entre los comensales. Thomas Franklin había caldeado el ambiente para que los dignatarios se acostaran con voluntarias y así tener algo más que los atase a él.

Antes de dar por terminada la fiesta, el nuevo presidente Global se puso en pie y dijo:

—¡Queridos y amados ciudadanos del mundo! Esto son únicamente los antecedentes de algo más grande que está aún por venir. En pocos meses nadie reconocerá al planeta entero. Vamos a invertir miles de billones de dólares para frenar el cambio climático, replantar el planeta, terminar con la emisión de gases de efecto invernadero. Comenzaremos un plan mundial de alimentos y alfabetización. Terminaremos con todas las guerras, el terrorismo y los males que llevan asolando a la sociedad desde que el hombre es hombre. Os prometo que en cien días el Planeta Tierra será la mejor casa que podamos encontrar en la galaxia.

Todos los invitados comenzaron a aplaudir y levantaron sus copas para brindar. Thomas Franklin miró a la silla vacía de su derecha y se enfureció. Lucía se puso en pie con la copa en la mano, a pesar de encontrarse mareada.

Antes de que los labios del nuevo presidente tocasen la copa, sintió cómo una descarga eléctrica le recorría todo el cuerpo. La gente miró horrorizada lo que sucedía. Thomas Franklin soltó la copa y se tambaleó, mientras la electricidad comenzaba a quemar sus órganos internos y la sala comenzaba a oler a carne quemada. El resto de los miembros de la mesa corrieron la misma suerte. Un minuto más tarde, todos los cuerpos se retorcían por los suelos, mientras la gente corría despavorida hacia la salida. La estampida humana hizo que varios murieran pisoteados o aplastados mientras intentaban escapar.

Sally y Marion observaron el dantesco espectáculo. Ellas habían causado esa masacre, pero era sin duda por la mejor de las causas.

61

Ciudad del Vaticano, Roma, Italia

El nuevo papa, Juan XXIV, salió al balcón para saludar a la multitud. La gente aplaudía y gritaba enfervorecida. En las pantallas se veía el hermoso rostro del nuevo papa, un hombre joven y atractivo, carismático y seductor.

—¡Pueblo de Dios! Prometo serviros como un siervo y llevar a la Iglesia de nuevo a la cúspide de su poder. El mundo volverá a ser de nuevo gobernado por la fe y el carisma de la Iglesia. Roma se convertirá de nuevo en el centro del mundo. Nosotros, desde Constantino el Grande, hemos logrado guiar por la senda recta a la humanidad. Evitamos el saqueo de Roma por parte de los bárbaros. También paramos a Atila en las puertas de sus muros. Ni Adolf Hitler se atrevió a destruir el legado milenario de nuestra iglesia.

El público parecía totalmente entregado. Los medios de comunicación de todo el mundo estaban allí representados, hasta que la gente dejó de aplaudir y comenzó a mirar sus teléfonos móviles. Lo mismo les pasó a varios miembros de la curia. El nuevo papa se giró para ver qué sucedía y entonces comenzó a sentir cómo si una corriente lo atravesara y se derrumbó. Dos miembros de seguridad lo levantaron y se lo llevaron hasta un sofá.

—¿Se encuentra bien, Santo Padre?

—Sí, pero ha sucedido algo horrible. Lo he sentido.

El secretario le enseñó la pantalla.

—El presidente Thomas Franklin ha muerto.

El nuevo papa puso un gesto de confusión y negó con la cabeza.

—Eso es imposible. Lo habría sabido: todas las profecías se han cumplido hasta ahora.

—Al parecer ha sido en la sede que tiene en Nueva Roma —le explicó el secretario—. Ha sido un suceso muy misterioso. Todos los miembros de la mesa que presidía murieron electrocutados. Muchos mandatarios escaparon asustados y fueron pisoteados y aplastados. Ha sido una masacre.

En ese momento el papa tuvo una visión. Parecía como si estuviera observando todo aquello desde el aire.

Entonces escuchó una voz en su mente:

«Ve allí, es la hora de otro milagro».

—Tenemos que ir allí de inmediato —le dijo al secretario.

—Eso es una locura.

—Puedo resucitarlo —dijo Trudeau.

—Es imposible.

—Jesús lo consiguió con Lázaro, su amigo, poco antes de morir en

la Cruz —insistió el cardenal.

El secretario seguía sin estar muy convencido, pero lo dispuso todo para el vuelo. En poco más de nueve horas y media estarían en la capital de los Estados Unidos.

El papa salió de nuevo al balcón y levantó las manos.

—Estad tranquilos y observad mi poder. Algo increíble sucederá muy pronto. Después bendijo a la multitud y salió de nuevo al salón. Su sonrisa desapareció enseguida del rostro. No tenía duda de que había escuchado de nuevo la voz, pero resucitar a alguien era lo más atrevido que le había propuesto hasta ese momento. Sabía que no había otra opción: con Thomas Franklin muerto, su amo no podría reinar en el mundo y a él le esperaba la destrucción eterna.

62

El Vaticano, Roma, Italia

El cardenal Antonetti entró en la celda. Raúl Leone estaba tumbado en el camastro, parecía agotado, aunque en realidad se encontraba dolorido por la paliza que había recibido.

—Leone, ¿está despierto?

El hombre levantó levemente la cabeza.

Antonetti le entregó un analgésico y un poco de agua.

—Gracias.

—Creo que hemos cometido un error —le confesó el cardenal.

—¿Y ahora lo dice? Ya es demasiado tarde. Han nombrado papa a eses Judas y han permitido que matara a Pablo de Roma.

—Todos vieron el milagro, y ya sabe cómo es la gente crédula: no le importa de quién venga la señal, lo que quieren es espectáculo.

Leone sabía que tenía razón.

—El papa vuela para Washington —dijo el cardenal—. Han matado a Thomas Franklin.

El director de la Santa Alianza se sentó en el camastro.

—No es posible.

—Sí lo es —dijo Antonetti—. Ha salido en las noticias de todo el mundo. Creo que el papa va a intentar hacer algo. Debe impedirlo.

—¿Yo…? Estoy encerrado y me han destituido de mis cargos.

—Puedo conseguir que suba a ese avión —dijo el cardenal—. Encárguese de que el papa no aterrice con vida en los Estados Unidos.

Leone no cabía en sí de asombro.

—Tenga, es un arma automática. Uno de mis hombres de confianza lo subirá al avión de incógnito. El resto queda de su mano.

Leone cogió el arma y se puso en pie. Se ajustó la ropa. Aquella misión era un verdadero suicidio, pero también una forma de redimir todas sus culpas.

63

Aeropuerto Roma-Fiumicino, Italia

Philip y Aiko acompañaron al nuevo papa hasta el avión, pero, cuando estaban a punto de entrar, la escolta vaticana se lo impidió.

—Pero tenemos que acompañar a Su Santidad —se quejó Aiko.

Intentó echar mano a la pistola, pero antes de que sus dedos tocaran el arma los guardaespaldas los apuntaron.

—Está bien, regresaremos por nuestros medios —contestó Philip levantando las manos.

Los dos hombres se bajaron de la escalinata y retrocedieron por la pista.

El avión cerró las puertas, la escalera se retiró y los motores comenzaron a rugir. Philip y Aiko vieron cómo despegaba en medio de la noche y enseguida llamaron a la oficina central para que les facilitara el primer jet que hubiera por la zona. Media hora más tarde estaban camino de Washington. Aiko se quedó dormido enseguida, mientras Philip leía un poco. Una hora más tarde le entró un sopor que lo sumió en un profundo sueño.

Philip se vio en Utopía. Estaba con Amanda, se encontraban en su lugar favorito, un banco con vistas al mar, junto al acantilado. Los dos se besaban y sonreían, pero de repente el rostro de su novia se convertía en una figura cadavérica. En ese momento se despertó sobresaltado y lo recordó todo. El asesinato de Amanda, la llegada de Sally, su huida de Utopía, el viaje a Nueva York, la fuga hasta Canadá y las interminables sesiones de terapia en Montana. Aquel recuerdo lo había retrotraído hasta el punto en el que se encontraba.

Recordó que Sally se encontraba en manos de Franklin, aunque ahora este había muerto de una manera terrible. En el fondo se lo merecía. Los había engañado a todos para conseguir hacerse con el poder y llevar a cabo sus maquiavélicos planes en práctica. Se prometió que en cuanto pisara tierra sacaría a Sally de Nueva Roma e intentaría desmoronar lo que aún quedaba en pie del imperio de Utopía.

64

Nuevas Roma, Washington, Estados Unidos

El reverendo Clark Kelly había visto el espectáculo en primera fila, pero a pesar de la agónica muerte de Franklin, su espíritu no se encontraba en paz. Sabía que algo maléfico seguía moviéndose de manera sigilosa y que no tardaría en desatarse de nuevo.

La proclamación en Roma de Juan XXIV lo había preocupado. Siempre había desconfiado de la curia católica, pero aquel joven cardenal canadiense era la reencarnación del mismo demonio. Sus milagros y señales eran una razón más para desconfiar en él.

El nuevo papa se había reunido con el resto de los conspiradores. Desde el mismo instante en que se había producido la muerte del líder, todo había empezado a descomponerse rápidamente, sobre todo la seguridad. Un buen número de adeptos había dejado la ciudad precipitadamente, tal vez temerosos de que el caos se extendiera por todas partes.

El presidente de los Estados Unidos había declarado la ley marcial, al igual que en Europa, donde se estaba planteando la posibilidad de un confinamiento. La estabilidad del mundo pendía de un hilo.

Andrea, Marion, Sally y el resto descansaban en una de las salas. El reverendo Clark llamó y un vigilante armado le abrió la puerta.

—¿Dónde estaba? Pensábamos que le había pasado algo.

—No —respondió Clark—, simplemente quería asegurarme de que estaba bien muerto. Los guardias han llevado el cuerpo a una de las neveras de la morgue.

—La descarga que ha recibido habría matado a un elefante —dijo Andrea.

—Ya os he contado que Franklin tenía un espíritu diabólico dentro —dijo el reverendo—, algo más fuerte y duro que el animal más grande sobre la faz de la tierra.

Los jóvenes lo observaron con cierto escepticismo. Pensaban que había perdido la cabeza. Todo aquello no tenía nada que ver con el Anticristo ni con ningún estado espiritual, era simple y llanamente un asunto de poder y ambición.

—Tenemos que estar en guardia —dijo Marion—. Algunos de nuestros informadores nos han comentado que el nuevo papa viene hacia aquí.

Sally parecía perdida en sus pensamientos, como si le costara encontrar la salida al laberinto en el que se había convertido su mente.

—¿Qué viene a hacer aquí? —preguntó Clarise.

Clark se puso en medio y algo enfadado contestó:

—¿Por qué no creéis lo que os digo? El papa Juan XXIV es el falso profeta. De él también hablan las profecías.

Andrea se puso enfrente y le dijo:

—La Biblia es un invento. Otros libros también dicen ser sagrados e inspirados por Dios.

—Entonces, ¿por qué se han cumplido ya seis de las profecías que el mismo Jesús predijo? —dijo el reverendo—. La primera fue la negación de Pedro cuando llevaron a Cristo al Sanedrín para ser juzgado. La segunda, su muerte en la cruz. La tercera, su resurrección. La cuarta, la destrucción de Jerusalén y el templo. La quinta, la diáspora judía. Y la sexta, el regreso de los judíos a Tierra Santa. Aunque aún quedan otras muchas, como la predicación del evangelio en todo el mundo, el arrebatamiento de la iglesia antes de la Gran Tribulación que está a punto de comenzar. Después, el reinado del Anticristo y, por último, el regreso de Jesús.

Marion se acercó al reverendo. Le puso una mano en el hombro para animarlo.

—Respeto lo que cree —le dijo la joven—. Hay cosas que pensé que nunca vería y han sucedido. Tenemos que estar más abiertos a pensar de forma diferente. El mundo se está tambaleando y puede que la muerte de Thomas Franklin lo suma en el caos, aunque su reinado habría sido aún peor para la humanidad.

—A veces no podemos cambiar el destino —dijo Sally inesperadamente.

Todos la miraron sorprendidos. No había abierto la boca en todo el tiempo.

—Esperemos que tu profecía esté equivocada —dijo Marion y después dio un profundo suspiro.

65

Aeropuerto de Washington, Estados Unidos

Miembros del Ejército de los Estados Unidos rodearon el avión del papa Juan XXIV. Al pie de la escalerilla lo esperaba el presidente Preston.

—Felicidades por su nuevo nombramiento —dijo el presidente mientras le daba la mano—. Al menos una buena noticia en estos tiempos de caos.

—Gracias, presidente —contestó el papa mientras ambos caminaban hacia los coches— Quiero ver el cuerpo de Thomas Franklin de inmediato.

—Se encuentra en Nueva Roma —le respondió el presidente—. Washington está protegido por la Guardia Nacional, pero no puedo asegurar su vida si sale del perímetro.

—Tampoco lo hizo con Franklin —le reprochó el papa.

Entraron en el coche.

—Fue terrible lo que le sucedió —dijo el presidente—. Mi esposa y yo lo vimos a pocos metros. Además ese olor a carne quemada…, terrible.

—Necesito ir directamente a Nueva Roma —exigió el papa—. Quiero que venga la prensa, toda la que estaba desplazada en la ciudad por la investidura.

—Eso es imposible, la seguridad…

—Que su jefe de prensa los convoque —insistió el papa—. Vamos a hacer algo que dejará al mundo sin palabras. Estamos en las manos del destino, no lo olvide.

El séquito tomó rumbo a Nueva Roma. Al llegar, en la entrada vieron cómo la gente seguía escapando de la ciudad; pero, al reconocerlos, algunos regresaron, como si estuvieran comenzando a recuperar la esperanza.

Los coches se detuvieron enfrente de la sede del gobierno mundial. Además del papa Juan XXIV estaba el secretario, George Gänswein, y varios de los cardenales y obispos más cercanos al nuevo pontífice.

La comitiva entró fuertemente armada en el edificio y se dirigió a la morgue. Uno de los forenses abrió la nevera en la que estaba el cuerpo, y el papa observó el rostro chamuscado de Thomas Franklin.

—Que le cambien la ropa, después que lleven el cuerpo al salón principal. Allí es donde sucederá todo.

—Pero ¿qué es lo que va a suceder?

—No sea tan impaciente, señor presidente —dijo el papa mientras llegaban a la primera planta y se subían al escenario.

—¿Es segura la sala? —preguntó el secretario a sus guardaespaldas.

—Sí, señor.

Varios miembros del séquito papal prepararon la escena. Aquello iba a verse en todos los continentes en vivo.

Mientras tanto, no muy lejos de allí, los amigos de Marion se habían enterado de que el papa se encontraba en el edificio. Nadie sabía de su participación en los hechos, por lo que se aventuraron a acudir al salón.

Los periodistas y reporteros estaban colocando sus equipos. La expectación era máxima.

Dos hombres trajeron una camilla plateada. Encima se encontraba el cuerpo de Thomas Franklin tapado con una sábana de terciopelo rojo. Lo dejaron enfrente de la plataforma y se colocaron a ambos lados.

—Señores y señoras de la prensa, conecten sus cámaras de televisión y sus teléfonos móviles —dijo el papa mientras levantaba las manos.

El murmullo cesó de repente. Todos estaban con la mirada puesta en el escenario.

El papa levantó ambos brazos y comenzó a decir:

—Convoco a la fuerza de la luz, al poder de la mano izquierda, al ser que liberará a la humanidad de la esclavitud para siempre.

Los dos hombres que custodiaban el cadáver retiraron la tela, y el cuerpo de Thomas Franklin apareció antes los ojos del millar de personas que estaban en la sala y de cientos de millones de hogares de todo el mundo.

El reverendo Clark sintió que una fuerza diabólica comenzaba a flotar en el salón y empezó a orar para reprenderla. Aunque la fuerza del mal era tan potente, que ni la plegaria de miles de hombres juntos habría logrado detener aquel poder maligno.

66

Aeropuerto de Washington, Estados Unidos

En cuanto el jet aterrizó y mientras esperaba en su asiento antes de dirigirse a la puerta de desembarque, Philip se puso en pie y se quedó parado frente al japonés.

—¿Qué sucede? —preguntó el hombre, que estaba mirando su teléfono.

—Lo siento —dijo Philip antes de clavarle una pluma estilográfica en el ojo.

Aiko intentó levantarse, pero su compañero la hundió hasta que le atravesó el cerebro.

En cuanto la puerta se abrió, bajó del avión a la carrera, se dirigió a la salida y tomó el coche que le habían llevado los miembros de Utopía. Pisó el acelerador, quería llegar lo antes posible a Nueva Roma, cada segundo contaba. Si el papa Juan XXIV conseguía su objetivo, todos se encontrarían de nuevo en peligro.

67

Nueva Roma, Washington, Estados Unidos

El reverendo Clark comenzó a correr hacia la plataforma mientras el nuevo papa levantaba otra vez las manos. Una especie de remolino se formó sobre el cadáver, pero aquel embrujo todavía no parecía hacer efecto.

—Por la fuerza de la luz, por el poder del príncipe de la luz, te ordeno que te levantes ahora.

El cuerpo yacente comenzó a temblar. Todo el mundo contuvo la respiración en la sala y en los millones de hogares en los que se estaba viendo el milagro.

Clark llegó justo enfrente de la camilla. Los dos guardias intentaron detenerlo, pero no hizo falta: una especie de fuerza le impedía acercarse.

—¡Levántate ahora! —gritó el papa.

El cuerpo tembló aún más. Después comenzó a incorporarse mecánicamente, como si fuera un cuerpo vaciado.

—¡Ahora! —gritó más fuerte Juan XXIV.

Thomas Franklin se sentó en la camilla y dio un profundo alarido, como si algo entrase dentro de su cuerpo. Después abrió los ojos y toda la multitud comenzó a gritar de emoción.

El rostro del presidente Global parecía aún confuso.

—He aquí el poder de la luz —dijo el papa—. Este es el hombre que viene a salvar a la humanidad. Ha vencido a la muerte y dentro de muy poco todos se inclinarán ante él.

Los adeptos de Utopía fueron los primeros en arrodillarse, y enseguida los imitaron los mandatarios y los periodistas. Marion y su pequeño grupo de amigos fueron los únicos en permanecer en pie.

Thomas Franklin movió el cuello. Después subió a la plataforma y agarró la mano derecha del papa. Ambos levantaron sus brazos.

—Consumado es —dijo Thomas Franklin en alto.

En ese momento el reverendo Clark saltó a la plataforma con un arma y apuntó a los dos hombres, pero no llegó a disparar. El papa extendió la mano y el reverendo salió volando y cayó bruscamente a unos metros. Comenzó a sangrar por los oídos, la boca y la nariz. Tenía todos sus órganos internos reventados.

Las miradas de Marion y Franklin se cruzaron. El hombre soltó al papa y, señalando al grupo, gritó:

—¡Apresadlos!

Sus palabras contenían tanta rabia, que echó espumarajos por la boca.

El grupo comenzó a correr hasta la salida, pero los hombres de

Utopía les cortaron el paso y los apresaron.

El grupo comenzó a correr. Marion mandó el mensaje a los informáticos. Aún quedaba el plan B: un virus que anulara los programas y los servidores de Utopía. Si Thomas Franklin no lograba dominar el ciberespacio, jamás conseguiría extender su poder sobre el resto de la humanidad. Aquel era sin duda su talón de Aquiles.

La gente permanecía de rodillas y con la cabeza inclinada cuando Thomas Franklin comenzó a hablar de nuevo:

—Ahora que habéis visto nuestro poder, no creo que nadie se resista a nuestra autoridad

Las palabras del líder resonaron en todo el mundo. La población de la tierra respiró aliviada al verlo de nuevo con vida. Las profecías estaban a punto de cumplirse. Ya nada podría detener a Thomas Franklin. Tenía en sus manos todo el poder político. Ahora debía obtener el económico y el religioso; entonces comenzaría su reinado de mil años.

Epílogo

Philip escuchó en la radio del coche, en directo, la resurrección milagrosa de Thomas Franklin. Se encontraba a menos de un kilómetro de Nueva Roma, pero salió de la autopista y tomó la dirección contraria. Imaginó que todos sus amigos estarían muertos o cautivos. Tenía que escapar de inmediato y esconderse.

El coche se dirigió hacia el norte. Los bosques de Maine podían ser un buen lugar para apartarse de todo. Ya lo habían encontrado antes, pero ahora se haría invisible si era necesario.

Philip comenzó a llorar mientras conducía hacia Nueva York. Se sentía solo y derrotado, pero no era consciente de que aún miles de personas no habían doblado sus rodillas frente a Thomas Franklin y Juan XXIV. El destino parecía darle otra oportunidad, tal vez la última de todas.

LUJURIA. CRÍMENES DEL SUR 1.

En el centro de la ciudad de Málaga, nadie tiene secretos para nadie. ¿O tal vez sí los tengan?

Hay novelas imposibles de dejar una vez que has comenzado, historias que llevan el suspense a su estado máximo y hacen dudar al lector cada vez que termina un capítulo. En este thriller absolutamente original y adictivo, Mario Escobar rompe los límites de la intriga psicológica con un relato que explora las frágiles fronteras entre la verdad y la mentira.

Amanda Romero es una trabajadora social de la ciudad de Málaga que trabaja en los Servicios Sociales. Su exmarido Arturo es policía, ambos se separaron tras la desaparición de su hija pequeña un año antes. Tras regresar de una baja por depresión, Amanda comienza a investigar una serie de presuntos abusos a menores donde parece que la Jet Set de Marbella está detrás. Junto con la ayuda de su hermana gemela Susana, investigará lo que se esconde entre los bajos fondos marbellíes y, al mismo tiempo, descubrirá unas pistas sobre la desaparición de su hija. Corrupción política, sobornos y trata de blancas son tan solo algunos de los asuntos turbios a los que se tendrán que enfrentar nuestras protagonistas, poniendo en peligro sus vidas y las de sus seres queridos.

AMNESIA

AUTOR CON MÁS DE 800.000 EJEMPLARES VENDIDOS

¿Estás listo para recordar?
Descubre la novela de la que todo el mundo hablará este año.
"A veces la memoria nos pone a prueba y no nos atrevemos a recordar quiénes somos".
Internacional Falls, Minnesota, 4 de julio, una mujer es encontrada inconsciente y cubierta de sangre en el Parque Nacional de Voyager. El resto de su familia ha desaparecido y ella no parece recordar nada. El doctor Sullivan, director del centro psiquiátrico de la ciudad, y Sharon Dirckx, ayudante del Sheriff, intentarán que recuerde todo lo sucedido aunque sin saberlo pondrán en juego sus vidas, su idea de la cordura y los llevará hasta dudar de lo que la paciente le está

contando. El tiempo corre en su contra y cada minuto cuenta para dar con los tres desaparecidos, antes de que sea demasiado tarde.
Con un estilo ágil e imágenes impactantes, Mario Escobar construye un thriller que explora los límites del ser humano y rompe los esquemas del género de suspense. Amor, odio, venganza, terror, intriga y acción trepidante inundan las páginas de la novela.

EL DILEMA
"A veces la verdad es más difícil de aceptar que la mentira".
Es un mal día para el ladrón Atila Haldor. Tras elegir la casa del juez Alan Hillgonth para dar su próximo asalto, descubrirá que el magistrado oculta un secreto terrible. En el sótano de la casa descubre a una joven encadenada y repleta de magulladuras.

Antes de que pueda reaccionar al terrible descubrimiento, escapará de la casa al escuchar que el juez ha regresado con su familia. Atila, tras el golpe fallido no sabe cómo actuar, si denuncia el caso a la policía puede terminar en la cárcel.
Al final decidirá regresar a la mansión para liberar a la chica, pero es demasiado tarde, la joven ya no está en el sótano. Unas semanas más tarde, la desaparición de una nueva adolescente le lleva a sospechar que se trata del mismo individuo, el juez Alan Hillgonth, un hombre casado y con hijos, al que se le considera uno de los pilares de la comunidad de Nueva Orleans.
¿Podrá demostrar la verdadera naturaleza del juez? ¿Se librará de convertirse en sospechoso de secuestro y asesinato? ¿Su decisión de atrapar al asesino pondrá en peligro a su esposa Patty y sus hijos?
EL INOCENTE
"Todos debemos enfrentarnos alguna vez en la vida con nuestra conciencia".
Annette y Jeffrey Green son una exitosa pareja de escritores. Tras varios fracasos sentimentales parecen haber encontrado la felicidad en su maravillosa casa en Lancaster, Pensilvania.
Es verano, mientras toman algo de vino al lado de la piscina recuerdan algunos de sus mejores momentos. Annette se marcha a dormir, pero lo que Jeffrey no sabe es que será la última vez que la vea con vida. Tras un desgraciado accidente, su esposa se cae por las escaleras y muere desangrada. La comunidad parece apoyar al pobre viudo, hasta que una carta anónima relaciona la muerte de su esposa con la de otra mujer, muerta en similares circunstancias en España en los años ochenta. El fiscal acusará a Jeffrey de asesinato y todo su turbio pasado se volverá contra él.
¿Podrá demostrar su inocencia? ¿Logrará que su propia familia le crea? ¿Dos muertes similares pueden ser casualidad?

El Círculo

«Tras el éxito de Saga, Misión Verne y The Cloud, Mario Escobar nos sorprende con una aventura apasionante que tiene de fondo la crisis financiera, los oscuros recovecos del poder y la City de Londres».

Argumento de la novela El Círculo:

El famoso psiquiatra Salomón Lewin ha dejado su labor humanitaria en la India para ocupar el puesto de psiquiatra jefe del Centro para Enfermedades Psicológicas de la Ciudad de Londres. Un trabajo monótono pero bien remunerado. Las relaciones con su esposa Margaret tampoco atraviesan su mejor momento y Salomón intenta buscar algún aliciente entre los casos más misteriosos de los internos del centro. Cuando el psiquiatra encuentra la ficha de Maryam Batool, una joven bróker de la City que lleva siete años ingresada, su vida cambiará por completo.

Maryam Batool es una huérfana de origen pakistaní y una de las mujeres más prometedoras de la entidad financiera General Society, pero en el verano del 2007, tras comenzar la crisis financiera, la joven bróker pierde la cabeza e intenta suicidarse. Desde entonces se encuentra bloqueada y únicamente dibuja círculos, pero desconoce su significado.

Una tormenta de nieve se cierne sobre la City mientras dan comienzo las vacaciones de Navidad. Antes de la cena de Nochebuena, Salomón recibe una llamada urgente del Centro. Debe acudir cuanto antes allí, Maryam ha atacado a un enfermero y parece despertar de su letargo.

Salomón va a la City en mitad de la nieve, pero lo que no espera es que aquella noche será la más difícil de su vida. El psiquiatra no se fía de su paciente, la policía los persigue y su familia parece estar en peligro. La única manera de protegerse y guardar a los suyos es descubrir qué es «El Círculo» y por qué todos parecen querer ver muerta a su paciente. Un final sorprendente y un misterio que no podrás creer.

¿Qué se oculta en la City de Londres? ¿Quién está detrás del mayor centro de negocios del mundo? ¿Cuál es la verdad que esconde «El Círculo»? ¿Logrará Salomón salvar a su familia?

Mario Escobar

Autor Betseller con miles de libros vendidos en todo el mundo. Sus obras han sido traducidas al chino, japonés, inglés, ruso, portugués, danés, francés, italiano, checo, polaco, serbio, entre otros idiomas. Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas.

Publica asiduamente en las revistas Más Allá y National Geographic Historia.

Apasionado por la historia y sus enigmas, ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.

[1] Apocalipsis 1: 9-20.